

Felizmente



conmigo misma

A. R. Cid

Felizmente casada conmigo misma



A. R. Cid

Copyright © 2020 A. R. Cid

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no ha sido intencionada.

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido, almacenado en un sistema de recuperación o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de portada por: A. R. Cid

Editor: A. R. Cid

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309

Impreso en los Estados Unidos de América.

Este libro va dedicado a Mary Rz Ga. Porque eres fuerte y una mujer increíble.

Quiero que sientas este libro en la piel, en el alma. Con todo mi cariño...

Muchas gracias por estar en mi vida.

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Dedication](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)
[Epílogo 2](#)
[Agradecimientos](#)

Prólogo

En mi vida he tenido que enfrentarme a muchas cosas, jamás creí que el amor sería una de ellas. El amor, una palabra inmensa con la que ahora me atraganto, incapaz de aceptar que un hombre de ojos verdes y mirada traviesa sea capaz de volver mi mundo patas arriba.

Sarah ha decidido que si ella tiene pareja yo debo encontrarla también, convirtiendo la búsqueda del afortunado en una carrera contra reloj, no obstante, ella no sabe que mi vida se ha complicado todavía más y casarme no entra en mis planes. La relación más estable que me planteo es con mi consolador.

Siento que desciendo al infierno, lentamente, en una batalla de la que nadie debe enterarse y de la que temo que, en esta ocasión, no saldré victoriosa.

Sarah habla de tener hijos, de que nuestros retoños serán como hermanos, pues podría decirse que prácticamente somos la misma persona. No podría estar más equivocada, pero no lo sabrá por mí.

Mientras el suelo se hunde bajo mis pies, Edgar dice haber llegado para quedarse. Su sonrisa sarcástica, sus ojos verdes y sus artes amatorias, son sus sólidos argumentos. Yo me dejo querer, incapaz de pensar más allá.

El reloj juega en mi contra, cada segundo es una burla cruel que me desgarrar por dentro. Me dejo llevar, no vivo, solo permanezco en pie a la espera de que algo suceda. Todos creen saber lo que es mejor para mí, todos menos yo. En algún punto he olvidado mis sueños, los he enterrado tan profundamente que he dejado de disfrutar.

¿Puede un hombre, un solo hombre, convertirse en todo mi mundo? Yo no quiero ayuda, ni citas a ciegas, ni noches eternas en las que los orgasmos esconden el llanto que se enrolla en mi pecho.

Sin embargo, él no solo me quita la ropa, no solo desnuda mi cuerpo. Se está adentrando en mis entrañas, convirtiendo su presencia en un bálsamo adictivo que reconstruye la mujer que una vez fui. Cuando me mira los defectos se desvanecen, las imperfecciones, y me gustaría poder usar sus ojos cuando el reflejo del espejo se ríe de mí.

El mundo entero ha cambiado, las miradas ahora son de desconfianza y miedo, de terror hacia el aire en el que nada podemos ver, pero se intuye. En este caldo de cultivo hemos de proseguir, adaptándonos a lo que nos ha tocado vivir. Dicen que nosotros tomamos las decisiones importantes, yo lo dudo mucho.

Edgar era mi destino, un destino que puede que no quiera aceptar. En mi carne anida otra decisión que no tomé, demostrándome que es posible que el final de mi historia estuviera escrito de antemano.

¿Triunfará el amor o lo he encontrado para tener que decirle adiós?

Capítulo 1

Dos meses antes

La luna brillaba con fuerza, pero las luces impedían que nadie pudiera disfrutar de un espectáculo tan hermoso. La naturaleza se había cansado de quedar relegada a un segundo plano y decidió, de la forma más cruel, tomarse la revancha.

El nombre de su venganza, coronavirus, una palabra que todos asociaban a muerte, soledad, aislamiento. Se sentía el miedo entrando agazapado en cada hogar, los ojos de todos se giraban hacia los más vulnerables preguntándose si todavía seguirían ahí al final de año, sintiendo la despedida como inminente. El corazón de todos se resentía, lloraba por lo que acontecía o lo que se aproximaba.

Un enemigo que no se podía ver, pero se hacía sentir en el corazón de todos. Por mucho que a primera vista pudiera parecer que las personas se habían adaptado con facilidad lo cierto era que nada volvería a ser lo mismo.

La nueva normalidad... no había mejor forma de expresar la ansiedad que provocaba ahora en la gente salir a pasear o comprar, temiendo que la visita de un familiar, de un amigo, pudiera ser un ataque que no pudiéramos evitar.

¿Cuál fue el resultado? La soledad, incluso hallándose con otras personas, siempre la distancia de seguridad que impide un gesto tan sencillo y reconfortante como un abrazo. Solo el sentir los brazos de otra persona rodeándolos les devolvía las fuerzas, sin embargo, debían ser responsables y mantenerse fuertes. Pensar con la cabeza, relegar la necesidad de contacto, de besar a nuestros mayores, de estar ahí para que sepan que los seguimos amando.

La triste realidad fue que aquellos que siempre estuvieron con nosotros ahora se perdían en cifras, en camas abandonadas por los que debían cuidarlos. Eran las víctimas, aunque no los que se quedaban llorando, con la culpa pendiendo sobre sus cabezas. Quizás los más jóvenes esquivaban dicha inquietud con mayor facilidad, pero el paso de los días hizo mella en todos, en mayor o menor medida.

En medio de una ciudad inestable Noemí caminaba con prisa y estrujaba el bolso entre sus dedos, sus ojos huidizos repasaban a todos aquellos con los que se cruzaba, la soledad le pesaba en el alma mucho más que a cualquier otro. Lo que pocos comprendían era que para Noemí dicha soledad había empezado tiempo atrás, en concreto cuando se convirtió en huérfana. Una palabra capaz de arrancarle la sonrisa y lanzarla a un abismo oscuro, mientras por fuera mantenía la mueca para que nadie se percatase de lo que realmente sentía.

Muchos solos veían a la joven que disfrutaba de las fiestas y el sexo sin control. Sí, sin control, no era tan estúpida para no darse cuenta de que se aferraba a dichos contactos íntimos como tiritas que no hacían más que esconder heridas supurantes, aunque no importaba. Esperaba que el tiempo fuera capaz de anestesiarla, de devolverle la alegría, de hacerla sentir viva de nuevo.

Tocó el timbre, la puerta no tardó en abrirse. Podría haber esperado al ascensor, sin embargo, un huracán se revolvía entre sus huesos y subió las escaleras corriendo, de dos en dos o tres en tres. Un mal paso y se abriría la cabeza, no sucedió y llegó hasta su amigo con la respiración agitada. Lo miró sin explicación posible para su acuciante necesidad de llorar, aunque solo con él se permitía sacar a la niña temerosa que encerraba bajo miles de candados.

Carlos la miró y suspiró. Abrió los brazos y ella corrió, sin preocuparse por lo que no debía hacerse, sin pensar en que, cualquiera de los dos, podría estar contagiado sin saberlo. Apoyó la frente en su pecho y soltó el aire que, sin saberlo, había estado conteniendo.

Las lágrimas la traicionaron, rebeldes se deslizaban por sus mejillas provocando que fuera incapaz de retenerlas. Cuando alzó el rostro, sus ojos castaños brillaban entre unas pestañas largas y negras, capaces de atrapar la mirada de cualquiera.

—¿Qué sucede? Me tenías preocupado —dijo Carlos pasando sus dedos por sus mejillas sin lograr secar la humedad que las cubría. Ella se mordió el labio, rojo e hinchado, su piel estaba tan blanca que el contraste la hacía ver realmente hermosa.

—Se ha enamorado. Mi hermana se irá antes o después con él y me quedará sola —contestó Noemí al tiempo que alzaba los brazos y rodeaba el cuello de su amigo—. Se casará y me olvidará, tengo que dejarla ir y me duele.

—Ella jamás haría tal cosa. Te ama, si se lo pidieras estaría contigo en todo momento, cogiendo tu mano. Quizás es el momento de que le demuestres que no eres de piedra, que la necesitas.

—No puedo, no permitiré que mi debilidad impida que sea feliz. Solo tenías que verla, ese hombre ha conseguido devolverle la alegría y no seré yo quien se lo arrebate. —Noemí alzó la mano y la posó en el mentón de su amigo, rasgó su barba con la punta de las uñas, un movimiento sensual que en ella era un gesto automático, desesperado—. No seré yo la que la ate a la oscuridad.

—Debes dejarte cuidar, te lo mereces. —Las manos de Carlos se colocaron en las mejillas de Noemí y la obligó a que se detuviera en sus ojos azules, quería que viera la verdad que nadaba en ellos, la sinceridad—. No eres de hierro, llevas demasiado tiempo actuando como madre y hermana, llevando sobre tus hombros una carga que terminará por aplastarte. Quizás deberías contarle la verdad a Sarah. —Noemí trató de negarlo con la cabeza, pero él no se lo permitió—. Si no lo haces tú lo haré yo.

—No hablas en serio.

—Lo haré, no permitiré que sigas autodestruyéndote.

Noemí se sintió acorralada, desesperada. El consuelo que había ido a buscar se disolvía entre sus manos. Sus dedos se agarrotaron, se aprovechó del amor que Carlos sentía por ella, un amor que, aunque ambos sabían que nunca terminaría en una relación, había creado un universo extraño entre ambos.

Acercó la boca, a solo unos centímetros. La respiración salada se colaba entre los labios de Carlos, él perdió la capacidad de pensar, olvidando lo que trataba de conseguir.

La veía tan hermosa, tan perfecta, tan increíblemente fuerte. Se sorprendía de que nadie la viera como él lo hacía, sintiéndose impotente por no poder darle la felicidad que merecía. Sabía que debía negarse, poner distancia entre ambos, que lo que se aproximaba no sería más que otra herida que la torturaría con el paso de los días. Sin embargo, Carlos estaba perdido, no se sentía con la capacidad de negarle nada.

—Bésame, por favor. Hazme tuya, oblígame a olvidar.

—Noemí, no debemos... —Aunque por la forma que lo dijo perdió todo el significado. Pues

mientras lo comentaba de pasada él mismo cubrió la distancia que los separaba. La sintió cálida, los labios carnosos de Noemí se adaptaban a la perfección a los suyos, su lengua lo buscó y él gimió con la necesidad contenida gritando por ser liberada.

Ella jugaba con ventaja, ambos lo sabían.

Carlos la trató con la dulzura que un amante demuestra cuando hace mucho más que tener sexo, cuando hace el amor. Cuando cada caricia, mirada, suspiro o gemido es algo que recordará toda la vida. Noemí en cambio actuaba con movimientos erráticos, buscando una intensidad que convirtiera la desazón en placer, forzando emociones que no llegaban o lo hacían con poca intensidad. Noemí era un cúmulo de notas desgarradas que contenían su tristeza en una melodía triste, agónica.

Cuando Carlos la guio dentro, perdido en una nube de placer, ella sabía perfectamente lo que hacía. Carlos la desnudaba con reverencia, besando cada diminuto pedazo de piel que quedaba al descubierto, ella contribuía arrancándole los trozos de tela con rapidez y eficiencia.

—No tienes por qué hacerlo. De verdad, no importa, podemos detenernos y nada habrá sucedido. —Carlos le estaba dando la última oportunidad de retirarse, mientras sus ojos azules devoraban aquellas curvas perfectas, sus pezones erectos, la forma en la que su cuello creaba un hermoso arco cuando estiraba la cabeza para que se lo besara. Era única, una ninfa que penaba por la vida, que regalaba sus atenciones sin ser consciente de que a su paso dejaba a hombres que lo habrían dado todo por retenerla a su lado.

—No quiero pensar. —El susurro de Noemí casi pasó desapercibido, él precisó poner toda su atención para escucharla, centrando sus pupilas en los labios de su amiga—. Por favor... —Las lágrimas de nuevo, quiso consolarla, regalarle una sonrisa perenne—. Hazme tuya.

—Princesa... —rugió él, con el tiempo justo para colocarse un profiláctico.

Cuando las piernas de ella le rodearon la cintura quiso dárselo todo. Lucharía por la felicidad de ella, aunque estuviera muy lejos de allí. No le importaba nada más que saber que estaba bien, no podía seguir siendo egoísta, solo por la posibilidad de que Noemí volviera a él.

La penetró y tuvo que hacer auténticos esfuerzos por no continuar. Se paralizó hasta el preciso instante en el que ella abrió los ojos y lo estudió, preguntándose qué coño pasaba ahora. Aquellos descansos la dejaban fría, le permitían pensar y era algo que no deseaba.

—Haré lo que sea necesario por ti. Solo has de pedírmelo, —Besó la punta de su nariz, se movió despacio. Ella quiso abrazarlo, pero no se lo permitió. Necesitaba decírselo todo, necesitaba poner las cartas sobre la mesa para que ambos pudieran avanzar—. Siempre tendrás aquello que me pidas, aunque sea mi cuerpo. —Y se deslizó con contundencia, saboreando la forma en la que los labios de ella se despegaron y su rostro demostró lo mucho que le había gustado.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, preciosa. Tienes un corazón inmenso, —Ella se revolvió inquieta, él la retuvo recogiendo sus muñecas y colocándolas sobre su cabeza. Expuesta, suya, aunque fuera por unos minutos. En aquel instante y lugar Noemí le pertenecía, era algo que nadie podría robarle, ni siquiera ella—. Me quieres, pero no me amas. Me necesitas, pero podrías vivir sin mí. Yo en cambio te amo, te amo, preciosa. Te amo y por eso sé que esto no puede seguir así.

—No digas eso. Lo superaré.

—Cierto, pero no de esta forma. —Cuando Noemí iba a responder él la acalló con un pico. Un beso que debía ser una caricia y se convirtió en una lucha en la que sus lenguas se buscaron y mezclaron, peleando con sensuales caricias. Le mordió la boca, ella respondió arqueando la espalda, pidiendo que continuara. Quería que la sometiera, él sabía lo que buscaba—. Tu hermana

ha de saberlo, si es necesario que me odies así será.

—No puedes...

Ella trató de alejarse, él no se lo permitió. Había auténtica tristeza, un miedo a perderla para siempre imposible de esconder. Verla, oírle le daba la vida. Contuvo la súplica que ya gritaba en su cerebro, la necesidad de desdecirse, de aceptar lo que ella le regalaba sin poner pegos. No lo hizo, sabiendo que Noemí se encontraba al borde de un precipicio muy peligroso, no la dejaría caer.

—Princesa, esta noche es eterna. No huyas, el sol tardará en salir y la luna nos enconde de mundo. ¿Lo recuerdas? —Ella sonrió y asintió despacio—. Eres hermosa, mírame y no te alejes nunca del todo.

Y le dio lo que le había pedido. Se movió con contundencia en su interior, tomando el control, impidiendo que Noemí se moviera. Vio el placer, habían logrado conocerse tan bien que se compenetraban a la perfección. Ella se revolvió cual serpiente cuando estaba rozando el orgasmo, él quiso que llegasen juntos. Necesitaba el recuerdo, memorizarlo todo.

Besó sus labios, la soltó y aferró sus caderas al tiempo que lo daba todo. No podía más, no había poema en el mundo que pudiera recitar para retrasar el final.

Carlos se deshizo en sus brazos, ella lo abrazó contra sus pechos mientras sonreía cansada. Los párpados le pesaban, se dejó ir sin preocuparse de que él saliera de su interior o cuando sintió que la tapaban.

Alguien la recogió, la llevó hasta una cama y besó su frente. No le preocupaba, confiaba en él, tenía fe ciega en un hombre que podría haberse aprovechado en múltiples ocasiones y nunca lo hizo. Nadie podría hacer que dudase de Carlos.

Cuando la cama se hundió a su lado ella se arrastró hasta que lo notó, cálido. Apoyó la mejilla sobre su corazón y sonrió al sentir sus brazos acogiéndola, aceptándola. Se sintió querida, protegida, guarecida del exterior.

Carlos olió su pelo sabiendo que era una despedida. Disfrutó de las horas en las que ella bajaba la guardia, mostrando la mujer tierna, necesitada de amor. La misma que había erigido un muro tan grueso a su alrededor que había dejado de ver la belleza del exterior.

Las estrellas tintinearón sobre sus cabezas, pues por mucho que quisiera el tiempo pasaba y el sol saldría. Ella despertaría y no le quedaría más remedio que verla marchar, despedirse de la única mujer que se sentía capaz de querer. La misma que se autodefinía como fría, insensible y mordaz. La amaba y supo que aquel día debía enterrar un sentimiento tan hermoso, a la par que doloroso.

Capítulo 2

El aroma del café la recibió y ella sonrió remolona. Se desperezó sin preocuparse por sus pelos o el maquillaje que, seguramente, había convertido su rostro en un borrón.

Cogió una camiseta de Carlos y se la colocó sin preocuparse de ponerse unas bragas o que él pudiera verla. A su lado la desnudez no importaba, no había nada que no hubiera visto, tocado o saboreado antes. Sonreía mientras iba a su encuentro, se sentía en paz.

Lo encontró en la cocina y lo observó durante unos minutos, aprovechando que todavía no se había percatado de su presencia. Disfrutó de su espalda ancha, de los músculos definidos y su pelo corto y negro como el carbón. Disfrutó de sus gestos desenvueltos, de la manera en la que relamía la mermelada del cuchillo o cómo cruzaba los brazos cuando esperaba que las tostadas saltasen, listas para ser devoradas. Le habría gustado amarlo como se merecía, sabía que podía ser feliz con él y si hubiera sido egoísta le propondría ser pareja, no lo era, no lo ataría a alguien como ella. Él merecía más.

Dio los últimos pasos y besó su hombro mientras envolvía su cintura. Él gruñó sorprendido, ella se planteó otro asalto. Su refugio eran los brazos de Carlos, sentirse querida de verdad, aunque fuera por unos minutos. Él era importante, ¿por qué no era suficiente?

—Buenos días. Huele de maravilla, ¿todo esto es para mí? —preguntó remolona, mordisqueándolo suavemente, disfrutando de su olor.

—Debo hacerte engordar un poco, necesitas todas las fuerzas que puedas reunir. —Se giró y su sonrisa la calentó por dentro. Era tan atractivo, tan perfecto, ella se dejó perder en el azul más claro que había visto antes. Besó sus labios sin pensar, la sonrisa triste de él al terminar la dejó atontada—. ¿Una taza con dos cucharillas de azúcar?

—¿Tan predecible soy? —inquirió con una tostada entre sus dedos —¿Jugamos un poco? —prosiguió inspeccionándolo, no sería la primera vez...

—No vayas por ahí.

—¿Por dónde? Hoy estás raro. —Y lo temía, los silencios de Carlos no traían nada bueno, al menos nada que fuera a agradarle. Quiso aferrarse a aquel ficticio paraíso con uñas y dientes, el exterior era demasiado aterrador.

—Deja de fingir. Siéntate, comamos y hablemos. Hablemos de verdad.

—No estoy preparada.

—¿Y cuándo lo estarás? No puedes seguir posponiendo eternamente este momento. —Carlos se dejó caer sobre el taburete sin dejar de mirarla, mostrando una frialdad que estaba muy lejos de sentir. No obstante, sabía que, si la consolaba, si se permitía tocarla, ella haría cuanto quisiera con él. No tenía la voluntad suficiente para decirle que no, necesitaba la separación que la isla de la cocina marcaba entre ambos—. Ella debe saber lo que sucede, la has protegido de la realidad durante demasiado tiempo. Sarah es fuerte y lo sabes, ¿por qué entonces no permites que te tienda la mano, que te ayude?

—No es tan fácil.

—Sí, lo es —la contradijo él. Le dolía ver la lucha interna que se desarrollaba en aquel momento en el interior de la mujer que amaba, de la misma que siempre estuvo ahí cuando la necesitó. Lo cierto es que nunca vio que le hubiera negado su ayuda a nadie.

—No, no lo es. Ahora es feliz, tiene la oportunidad de comenzar de nuevo al lado de alguien que la ama. ¿No es lo que todos deseamos? Aun no conozco al tipo, pero no seré yo la que ponga preocupaciones en su mente. Puedo soportarlo sola, al igual que la última vez.

—¿Engañándola? Ella debería sujetarte la mano, apoyarte ahora que lo necesitas. Si le quitas esa posibilidad te odiará siempre. —Carlos estiró el brazo y cogió la suya con delicadeza. Tan blanquecina, tan delicada como una muñeca de porcelana que si la aprietas demasiado puede romperse—. Yo estaré contigo, pero no es a mí a quien necesitas.

—¡No necesito a nadie! —gritó encolerizada, furiosa porque en el fondo, o quizás no tan en el fondo, ella también sentía que le fallaban las fuerzas. Se veía incapaz de seguir mostrándose despreocupada. Cansada de vivir siempre con la sonrisa en el rostro cuando tenía ganas de dejarse caer y hacerse pequeña —¡No la necesito! —añadió en un tono mucho más bajo. Su rostro cayó, el pelo tapó su cara en forma de cortina sedosa que le dio la intimidad suficiente para que pudiera soltar parte de lo que se fraguaba en su interior —¿Para qué preocuparla cuando todavía no sé los resultados?

—Esta vez no podrás luchar tu sola. Vi lo que te hizo la última vez y...

—Ella es feliz... —Y el llanto la envolvió, no podía evitarlo. Llorar era lo único que acudía cuando pensaba en la posibilidad de que el resultado de la prueba fuera positivo. Todavía podía recordar lo mal que lo había pasado la última vez, y eso que solo habían precisado operarla, pues el cáncer estaba encerrado en un bulto de aproximadamente 5 centímetros. Tembló solo de pensar en ello—. Esperaré, no importa.

Testaruda hasta el final, se mantendría en pie sin que nadie pudiera hacerle cambiar de opinión. Todavía recordaba las vacaciones que se habían inventado para que Sarah no sospechase la última vez, solo que en lugar de estar en una playa tostándose al sol estaban en un hospital, él rezando. Ni siquiera había pestañeado cuando Sarah la acusó de irresponsable por saltarse los exámenes finales.

“¿Acaso no me conoces? Hay que disfrutar de la vida y el descuento que me han ofrecido no se presenta todos los días.” Le había dicho mientras lanzaba biquinis a su maleta sin control, demasiado aprisa.

“Estás destrozando tu futuro por descerebrada. ¿Acaso no puedes dejar de pensar con tu entrepierna?” Noemí solo había sonreído con altanería, como tan bien le salía a ella. Miró a su doble, a la persona que más amaba en el mundo y sonrió, sintiendo que si la conversación proseguía lo suficiente no podría hacer otra cosa que confesar. Estaba a solo unos segundos, un abrazo, una caricia, habría sido suficiente para que se abriera en canal, para que le pidiera que la acompañara. No obstante, las palabras de Sarah la devolvieron a su plan inicial con una bofetada que Carlos había consolado. “Me alegro de que mamá no sea testigo de la mujer en la que te has convertido. Espero que entres en razón antes de que pierdas el año entero. No tenemos dinero suficiente para malgastarlo en tus tonterías.”

Noemí sabía que había sido el cabreo y la preocupación los que había hablado por los labios de su hermana, eso no lo hacía menos doloroso. Se encogió sobre sí misma cansada, pero de nuevo la sonrisa estaba ahí.

“Hermanita, por mucho que me vaya a disfrutar de unos buenos maromos aprobaré. Tú, en cambio, sí que deberías estudiar.” Y le guiñó un ojo como despedida. Prácticamente salió

corriendo del piso, acudió directamente a Carlos.

Y es que lo último que necesitaba entonces era una despedida semejante, teniendo en cuenta la posibilidad que existía de que la operación a la que se había enfrentado saliera mal, dada la zona en la que el tumor se encontraba.

Aquel día Carlos trató de reconectar los pedazos y su amor por Noemí hizo que la amistad que mantenía con Sarah se resintiera, nunca volvió a mirarla de la misma manera. Por más que Sarah trató de averiguar los motivos él jamás se lo dijo. Poco importaba que fuera injusto, Carlos siempre creyó que Sarah, mejor que nadie, debería saber ver bajo la superficie de su gemela.

Entonces Carlos tomó una decisión, esperando que no provocase perderla para siempre.

Capítulo 3

La mañana pasó rápido y, dado que Carlos tenía que ir a trabajar en menos de una hora, Noemí decidió que era la hora de irse. Recogió la chaqueta de cuero, que tanto le gustaba, y lo miró sobre su hombro.

—Gracias, ¿nos vemos el viernes? —inquirió sintiendo que, en caso contrario, él no haría nada por quedar. Algo en su interior la avisaba, aquella mañana sucedía algo extraño. El silencio de Carlos tampoco ayudaba.

—Eso espero, con lo que está sucediendo nunca se sabe.

Noemí asintió sin ganas, se detuvo en la puerta. Abrió espacio y lo miró, los ojos azules de Carlos escondían algo, no se sintió con fuerzas para preguntar.

—¿No me vas a despedir como siempre? —Y más que una pregunta era un ruego, una súplica que dejaba entrever la fragilidad que escondía, lo que una negativa por su parte podía provocar.

Ella salió al descansillo, él la siguió. Con la mano en su nuca la acercó a él, la sintió tentadora, cálida, perfecta contra su cuerpo. Encajaban, una pena que solo él lo viera de esa manera.

—No es una despedida. Nunca podrás deshacerte de mí —aseguró él.

—Eso espero.

La puerta del 2c se abrió, Noemí no le hizo caso.

Carlos reclamó su boca, ella se la dio. Lo buscó con desesperación, lo abrazó contra su cuerpo queriendo fundirse con él, sabiendo que, aunque no podrían ser algo más, el perder lo que los unía hasta entonces dolía y dolía muchísimo. No lo permitiría, se dijo, eran amigos y pensaba recordárselo si el capullo no aparecía el viernes.

La dejó ir tres minutos después, ella caminó hasta el ascensor, que estaba abierto, sin mirar hacia atrás. La puerta de su amigo se cerró y ella abrió los ojos al fin, descubriendo que había un mundo más allá de Carlos.

—¿Baja? —preguntó un hombre alto, de ojos verdes y sonrisa ladeada. La miraba con desdén, un gesto que parecía reprobador y no le gustó en absoluto.

—¿Qué?

—Joder... —Edgar se pasó las manos por el cabello castaño con frustración—. Comprendo que su amigo no la haya dejado dormir en toda la noche, pero llego tarde y no tengo tiempo que perder. ¿Baja o se quedará aquí suspirando para ver si le dan una segunda vuelta?

—¿Qué? ¿Perdón? ¿Qué? —Noemí boqueaba sin comprender el motivo que llevaba a un completo extraño a hablarle de aquella manera. Vale que llevase un diminuto vestido rosa, un vestido que siempre había usado para salir a cazar de noche, un vestido que los hombres amaban, pero eso no le daba derecho a juzgarla de esa manera. ¿Quién era él, un santo? Odió a aquel hombre, mentira, los odió a todos. Ella tenía tanto derecho como cualquiera de ellos a disfrutar de su cuerpo, aunque una voz queda en su interior añadió que quizás ella lo hacía demasiado. Se odió también a sí misma.

—¿No es capaz de entenderme? ¿He de hablar más despacio? —Edgar se inclinó ligeramente y se colocó a la altura de Noemí, pues fácilmente le sacaba diez centímetros. La estudió despacio y fue entonces cuando Noemí recordó el maquillaje corrido, que apenas había tratado de limpiar con un poco de papel higiénico, así como recordó que no había podido lavarse los dientes. Era un misterio por qué le importaba, pero lo hacía.

—Gilipollas.

—Cierto, bombón, pero hay personas responsables que deben trabajar y no pueden pasarse un día de cama en cama. No me malinterpretes, ya me gustaría. Es más, yo mismo podría hacerte un par de favores —¡Y le guiñó un ojo! ¡¿Pero qué se creía?!—

—Ni en tus sueños —siseó Noemí.

Ninguno de los dos le había dado al botón para bajar, ni tenían pinta de ir a hacerlo en breves. Ella lo retaba con la mirada, los ojos de Edgar en cambio brillaban entre divertidos y molestos, no se decidía por ninguna de las dos emociones. Lo cierto era que el taller era suyo y nadie le pediría explicaciones, igual de cierto era que Edgar era un maniático del orden y la puntualidad. No obstante, después de repasarla mejor, bien valía retrasarse un poco más. Era hermosa, jodidamente hermosa.

—Muchas han suplicado por entrar en mis sueños, bombón —aseguró él, por algún motivo Noemí no lo dudó. Se puso nerviosa, ¡nerviosa ella por un hombre!

—Quítate, molestas. —Noemí trató de llegar hasta el panel para pulsar el botón, pero él se interpuso. Acabó dando con su pecho, las manos de Edgar la sujetaron por los hombros con suavidad, sin ejercer demasiada presión.

—¿Tanto deseas tocarme? Solo dilo, creo que hoy es festivo y no me había enterado.

—¿De verdad? ¿Ves a una tía dándose el lote con otro y tu mejor idea es tirarle los trastos? ¿De verdad? ¿Tan necesitado estás? —Tenía que ser por todas las horas que se había pasado llorando, se dijo, pues le costaba pensar. El aroma de aquel hombre la desconcentró, su tono de voz tan grave, la forma en la que la miraba... Era el primero que no caía a sus pies—. Lo comprendo, estás necesitado, no obstante, no te tocaría ni con un palo.

—Mientes —aseguró inclinándose un poco más—. ¿He de entender que eres una mujer comprometida?

—Soltera —soltó antes de que de su cerebro saliera orden alguna. Demasiado rápido, fue una bala que provocó otra sonrisa más en Edgar—. Aunque... eso no importa.

—¿No lo hace? —La mano derecha de Edgar la soltó, para trazar con el índice el arco de su cuello y llegar a su mentón. La obligó a alzar el rostro. Noemí no se creía lo que sucedía, por el mero hecho de que algo extraño le ocurría cuando él la tocaba. Entraba en calor, ya fuera porque tenía ganas de patearle los huevos o porque la idea de demostrarle que ella era adictiva, que no era una más a la que seducir en un ascensor, era demasiado atractiva. Quería verlo suplicarle, arrastrarse a sus pies por más—. Si supieras todo lo que sé hacer te atarías tú misma a mi cama. Me esperarías desnuda y disfrutarías complaciéndome.

—Jamás —aseguró negándose a que pudiera convertirla en alguien capaz de relegar su placer por otro. No había hombre en el mundo capaz de convertirla en su marioneta—, no eres mi tipo. Me gustan más fuertes, con músculos vamos. También me gustan inteligentes y no un baboso que menea la colita ante cualquier mujer que se le aproxima.

—Una pena, te aseguro que lo que me falta de músculos —gruñó recalcando la última palabra— externos lo suplo con la lengua. ¿Sabías la capacidad tan inmensa que esconde y lo desentrenada que la tienen la mayoría?

—¿Cómo...? —Noemí se atragantó, era un descarado cuando menos. Sus ojos se abrieron con

fuerza, la sorpresa y el interés nadaban en sus rasgos. ¿Interés? Sí, porque algo en sus palabras directas, en la arrogancia y la seguridad que desprendía, impedía que lograra apartarse. Mandarlo a la mierda y largarse era lo que debía hacer, en su lugar colocó las manos en el pecho de él empujándolo ligeramente. No debió hacerlo, tocarlo debía ser la última opción, lo supo cuando lo sintió moverse bajo las yemas de sus dedos. Quizás no era excesivamente fuerte, pero tampoco lo rodeaba la grasa—. ¿Y tú eres bueno con la lengua?

—Muchos creen que lo mejor es meterse entre las piernas de una mujer.

—¿Y no lo es? —preguntó Noemí interesada, sintiendo que ya no tenía sentido negarlo. Aquella conversación sin sentido había logrado que olvidase, al menos por unos momentos, sus preocupaciones. La muerte llevaba pendiendo sobre su cabeza los últimos ocho días. Parecía poco tiempo, no obstante, había pasado muy, muy despacio.

—Lo mejor son los gemidos que consigues, si eres lo suficientemente bueno, arrancarles. Deslizar la lengua por sus piernas, por sus caderas, por sus pechos y...

—Ya lo he comprendido.

—¿Sí? No había llegado a la parte más interesante. Ahí es donde debo detenerme, catarla como al mejor de los vinos. Las mujeres son complejas, hermosas, perfectas. —Y la devoró despacio, solo con los ojos, Noemí reaccionó mordiendo en labio inferior. Esperaba más, él se detuvo.

—En... —Noemí carraspeó para aclararse la voz—. En cambio, te dedicas a insultarlas en el ascensor porque llegas tarde para, a continuación, comportarte como si tuvieras la eternidad a tu disposición.

—Y funciona. Aquí estás, manteniendo una conversación con un tío que no te conoce de nada, aunque desea meterse en tus bragas. ¿Tú también me deseas? No tienes que contestar ahora, puedes darme tu número y responderme otro día. Además, me encantaría conversar contigo sin tenerte cerca, que solo escuchases mi voz mientras ambos fuésemos conscientes de que te tocarías pensando en mí. Lejos, pero cerca el uno del otro.

—Todo un poeta, ¿cómo es que sigues soltero? —La ironía de Noemí hizo que Edgar se cerniera más sobre ella, habría sido muy sencillo rozarla, tentarla un poquito más, no lo hizo. Disfrutaba de la tensión, del deseo no culminado. Edgar sentía la corriente y quería intensificarla hasta que no fuera necesario tocarla para sentir el placer más arrollador, que le quemasen los dedos por sentirla y saber que sucedería, pero no cuándo.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Tienes pareja?

—No, puedo ser muchas cosas, pero no infiel. Además, cuando elija a la indicada no tendré que irme con desconocidas, pues convertiré su cuerpo en mi lugar favorito. Siempre puedes postular para el puesto. Comprenderás que tendría que ponerte a prueba. —La mano izquierda de Edgar descendió por su cintura y llegó a su cadera. Con un movimiento seco la pegó a él, esperaba un bofetón que nunca llegó. Ella no se movió, aunque se tensó lista para atacar.

—¿A prueba? No sé si me siento más insultada ahora o cuando despegaste los labios por primera vez. ¿Te escuchas a ti mismo? —¿Desde cuándo era Noemí la voz de la cordura? Fue extraño ponerse al otro lado, aunque tampoco es que lo fuera a juzgar muy duramente. A ella le gustaba colocarse en el filo, hacer todo aquello que los demás reprobarían, le gustaba saltarse las normas pues no soportaba la idea de encajar. Ella llevaba mucho tiempo furiosa con el mundo, consigo misma. Cansada de buscar algo que nunca encontraba, demasiado cansada.

—Flexibilidad, iniciativa y, sobre todo, me gustan multiorgásmicas. Me gusta superarme a mí mismo.

—¿Me escuchas cuando hablo? —Noemí pestañeó, retrocedió varios pasos hasta que su

espalda tocó la pared del ascensor. Él avanzó hasta que se convirtió en la otra pared. Por algún motivo no tuvo miedo, algo en él le decía que no le haría daño, aunque no bajó la guardia del todo. La entrepierna de Edgar estaba siempre en el punto de mira de su rodilla si, en algún momento, trataba de ir más allá de donde ella fuera a permitirle.

—Intento no hacerlo cuando lo que me dicen no me interesa lo suficiente. ¿Puedo probarte?

—¿Probarme? —¿Quería tirársela allí mismo? Vale que era una mujer liberal, pero todo tenía un límite. Tampoco negaría que él había conseguido encenderla, el olor masculino que emanaba los había rodeado a ambos. ¿Es que nadie más usaba aquel aparato infernal?

—Un beso. Tus labios son tan rojos que me recuerdan a las fresas, parecen deliciosos. ¿Puedo probarlos?

—Te comerías las babas de otro —lo avisó, Edgar se encogió de hombros.

Noemí no era Sarah, a esas alturas de su vida ya no esperaba la típica historia de amor en la que todo es perfecto. Iba dando bandazos por la vida, sin caminar nunca por el camino marcado. No se reconocía cuando miraba el espejo, objeto que odiaba más que nunca ante la posibilidad de que la quimio pudiera ajarla y convertirla en un fantasma de sí misma. ¿Volverían a verla atractiva de nuevo? ¿La pararían para piropearla o sería alguien a quien tendrían lástima? ¿Los hombres la desearían?

Era guapo, le gustaba y le apetecía. ¿Lo demás? ¿Por qué debería haber algo más a tener en cuenta?

Asintió y él se sintió vencedor.

Acarició su mejilla antes, con suavidad, recorriendo su piel con auténtico placer. Ella esperaba algo que no llegaba, él la miraba y se movía tan despacio que la estaba poniendo muy nerviosa. Se relamió cual lobo, Noemí se sintió como cualquier presa antes de ser devorada, ansiosa y temerosa. Era solo un beso, pero su manera de mirarla, se sentía tan extraña...

—¿A qué esperas? —inquirió ella con la boca seca. Lo deseaba con la misma intensidad que había sentido instantes antes de recibir su primer beso. La novedad al respeto hacía mucho que había quedado atrás, aunque era refrescante volver a sentir que el corazón no seguía su ritmo habitual.

—¿Te pongo nerviosa?

—No.

—Pues es una pena —reconoció Edgar, que no lograba apartar los ojos de ella. Se removía inquieta, casi se atrevería a decir que tímida. Le gustó verla transformarse, quiso descubrir mucho más de ella —, ¿puedo seguir intentándolo?

Y las últimas palabras las pronunció sobre su boca. Ella entreabrió los labios para conseguir respirar, necesítándolo. Él absorbió el aire que ella dejaba ir, Noemí fue consciente en todo momento, le pareció un acto sumamente erótico. Sencillo, cargado de una sensualidad que la impactó.

Primero besó su labio inferior, ella se quedó quieta. Después pasó al superior, antes de asaltarla por completo e introducir la lengua. Sabía besar endemoniadamente bien, pensó Noemí. A su lado se sentía una inexperta o era porque generalmente actuaba por instinto y con Edgar su mente trabajaba a mil por hora.

Se rindió a él, suspiró y se dejó besar con los ojos cerrados, recreándose en las sensaciones cálidas que la mantenían deseando que nunca se terminase.

Cuando se retiró quiso pedirle que se quedara.

—Tengo que irme —soltó él como si nada. Noemí estaba algo más aturdida—. ¿Me das tu número de teléfono? Aunque ya sabes donde vivo.

—Cierto, sé dónde puedo encontrarte. —Se echó el pelo para atrás de un manotazo. La sonrisa fría llegó a sus ojos y volvió a mostrar a la mujer acostumbrada a dejar hombres destrozados bajo sus tacones de aguja—. Una pena que no haya sido tan memorable para hacer que te busque.

—No perderé la esperanza. Si necesitas encontrarme pregunta por Edgar. Espero que si vienes a mí no llegues cuando estoy ocupado.

—Tranquilo, nunca he sido celosa y menos por algo que no me pertenece, ni quiero.

—Preciosa, si sigues rechazándome acabaré creyéndote y cuando vengas seré yo el que ya no esté interesado. —La posibilidad la hizo reír, con fuerza, quizás más de la necesaria. Estalló cual volcán, sin poder explicarle los motivos. Lo miró, él veía a una lunática, ella a un hombre que podría llegar a gustarle, ¿cuánto tiempo? Antes o después se cansaría y no se encontraba con fuerzas para dar más oportunidades. Ciertamente no recordaba que un solo beso la pusiera tan nerviosa, pero aquel no era un día cualquiera. En cualquier momento su teléfono sonaría y le darían cita para sacarle una muestra para analizar, estaba demasiado cansada, demasiado agotada para pensar en otra cosa.

Noemí lo miró y suspiró. El mundo era complejo, ¿veríamos la oportunidad de ser felices cuando finalmente se presenta?

Capítulo 4

1 mes y medio más tarde

En el piso Sarah la esperaba delante del ordenador. Sus ojos brillantes, su sonrisa inmensa y aquella facilidad de palabra, síntomas de que había estado de magreo con su prometido poco antes.

Aún no había dejado las llaves sobre la mesita cuando Sarah ya la había acorralado, tenía mucho que contarle, pero la mente de Noemí era incapaz de procesar tanta información de golpe. Se sirvió un café frío, lo paladeó como si se tratase de un manjar y no de agua chirria.

—Vale —respondió de pasada queriendo encerrarse en su dormitorio, dormir algo más. Dormir era la respuesta.

—No me estás escuchando —la acusó su reflejo interponiéndose en tu camino—. Es guapo y amigo de Martín. Lo he conocido y es encantador. —Sarah cerró los ojos y se pasó los dedos por los labios, Martín... era como mentar a su súcubo personal. Noemí seguía sin comprender cómo le había gustado tanto aquel hombre, no haría tal pregunta. Se alegraba por ellos, se repitió por enésima vez. La envidia era una emoción nociva que trataba de desterrar, sin éxito por el momento.

—Me alegre.

—¡Ves como no me escuchabas! He organizado una cita doble para que puedas conocerlo, no quiero que te sientas presionada, no obstante... si pudieras darle una oportunidad... Comprendo que no es el tipo de hombres que te gusta, tiene mucho más en la cabeza que sexo.

Noemí asintió sin querer girarse, comenzaba a cabrearla con ella, sus sermones constantes, la crítica que nadaba bajo la superficie.

—No me apetece. Prefiero quedarme con mis descerebrados, los mismos que tienen la experiencia suficiente para satisfacerme —dijo Noemí, aunque no era cierto. No se quedaría con nada. Puede que nadie quisiera volver a tocarla, puede que incluso la muerte se la llevase en breve.

—Pues lo harás —aseguró Sarah—. Estoy cansada de verte salir y ligar sin control con hombres que nunca te...

—¿Y quién eres tú para opinar?! ¿Acaso te he pedido algo? ¿Te molesto mucho? —Los ojos de Noemí lanzaban fuego, Sarah no estaba acostumbrada a aquel tipo de reacciones por su parte. No comprendía su arrebato, tampoco se dejó amilanar.

—Dale la oportunidad. —Sarah cambió de táctica. Se acercó y abrazó a su gemela, la sostuvo con suavidad, besando su mejilla cual mariposa. Noemí cerró los ojos, un instante, retuvo la tristeza y sonrió. Ella no era esa, no iba a dejar que una mierda de enfermedad la venciera. Y todavía quedaba la posibilidad de que la prueba fuera negativa, aunque sentía en los huesos que tendría mala, muy mala suerte.

—Si eso hace que cierres el pico vale, pero te aviso. No me interesa. Digamos que no tenemos los mismos gustos.

—¿No? Pues tú hiciste que Martín y yo nos conociéramos, quiero devolverte el favor.

—El mundo no es tan sencillo.

—Pues debería serlo —aseguró Sarah con alegría. Se alejó casi corriendo, se lanzó en el sofá y abrazó el cojín con fuerza. Estaba que no cabía en sí misma, contaba los días que faltaban para ser una mujer casada, soñaba con despertarse cada mañana al lado de Martín, que fuera lo primero que viera todos los días.

—Sabes que haré lo imposible por espantarlo, a él y a todos. —Y es que Noemí tenía mucha imaginación y todo un repertorio de trucos para hacerlos salir por patas cuando ya no le interesaban. Su mente no dejaba de trajinar nuevos planes, cada cual más divertido que el anterior.

—Lo intentarás, pero recuerda que soy más tozuda que tú. Lo pondré bajo aviso.

Noemí se sacó el teléfono del bolsillo y buscó la grabación. Sarah rio rememorando, sintiendo que aquel había sido el primer día de su nueva vida.

—¿Lo recuerdas, hermanita? Con Martín funcionó, salió con el rabito entre las piernas.

—Pobrecito. —Sarah reía sin control mientras pateaba el aire y mantenía el cojín abrazado—. Pasaré años recompensándolo por toda la paciencia que demostró.

—No lo dudo... —Puso los ojos en blanco.

Capítulo 5

Actualidad

La llamada con los resultados llegó, no quisieron entrar en detalles, pero era necesario operar. La muestra que le habían extraído no dejaba lugar a dudas, la lucha había comenzado. Noemí se dejó caer sobre la cama con el teléfono apretado entre los dedos. No supo cuánto tiempo se quedó mirando el techo, no sentía ganas de nada más. Se perdió en la oscuridad.

Aunque había una ligera diferencia. Apenas había escuchado lo que le contaban después de que sería necesario que recibiera varias dosis de quimio para tratar de que el tumor se redujese. La idea la hizo colapsar, no había mañana.

“Debe pasarse por la consulta y hablaremos del plan a seguir. Es preciso actuar con premura para evitar que su situación empeore” La doctora se lo había dicho con un tono dulce, no obstante, eso no eliminaba la crueldad de su destino.

Sarah golpeó la puerta tres veces y esperó, pero ante la falta de respuesta abrió como un huracán listo para llevárselo todo por delante.

—Ponte guapa, tu cita llega en una hora —la informó sin dar otra opción. Noemí no se dignó a mirarla, ni siquiera a moverse—. ¿No me escuchas?

—Creo que viajaré de nuevo. Toda esta mierda del coronavirus me trae de los nervios y prefiero estar cerca de una playa, en algún paraíso tropical. Me largaré tan pronto las autoridades lo permitan. —Sarah apretó las manos molesta, dispuesta a presentar batalla. Noemí no había terminado—. No sé durante cuánto tiempo estaré fuera.

—¡No puedes largarte! ¡No puedes dejarme sola el día de mi boda o en los preparativos!

Noemí sintió que se le revolvían las entrañas, las ganas de vomitar lo poco que había comido eran inmensas. Apretó los labios y respiró con calma.

—Lo siento... Aquí me ahogo, debes comprenderlo.

—¿Comprenderlo?! ¡Soy tu hermana y vas a abandonarme de nuevo! Pensé que me querías, que nadie impediría que me cogieras de la mano el día más importante de mi vida, pero de nuevo demuestras que no eres más que una egoísta —escupió Sarah, no había terminado—. Estoy cansada de justificarte, si tu coño vale más que mi felicidad lárgate, sin embargo, piénsalo bien. Si me dejas sola ese día no te molestes en volver.

—No digas eso... —gimió Noemí girando el rostro. Su hermana era buena, tierna, cariñosa, pocas veces decía una sola palabra destinada a dañar, aunque lo estaba haciendo. Noemí soltó el aire despacio, quiso llorar, vomitar, se sentía demasiado mareada —Regresaré a tiempo.

—Pero te largarás.

—Debo hacerlo —siguió insistiendo Noemí.

—¿Debes hacerlo?! ¡Pero tú te estás oyendo?! —Sarah saltó sobre la cama, se colocó a horcajadas sobre su reflejo. Quería golpearla, pelear como cuando eran niñas. Aferró los hombros

de Noemí y la zarandeó, la respuesta que esperaba no llegó, pues ésta se dejó hacer. La movía como una muñeca vacía, sin vida—. ¿Te da igual? ¿Es eso? ¿Acaso sientes algo por Martín?

—No, puedes estar tranquila. Tu hombre está a salvo de mis malas artes. —Noemí sonrió y aferró el pelo de Sarah en una mano—. Hermanita, si no te bajas te daré un par de azotes.

—Eres mi única familia. No tengo a nadie más, solo nosotras dos contra el mundo. ¿No lo recuerdas?

—Nunca podría olvidarlo. Te quiero mucho, estúpida. —Tiró de ella y la aproximó. Sarah se dejó llevar hasta que sus rostros estuvieron tan cerca que sus narices se rozaban—. Jamás te dejaría sola el día de tu boda, pero debo irme unos días. Por favor, no me pidas explicaciones solo apóyame.

—Siempre lo hago —lloriqueó Sarah. Apretó tanto los labios que se convirtieron en una fina línea—. Estoy muy nerviosa, con lo que está pasando ni siquiera sé si haremos una fiesta. Quizás solo seamos tú, sus padres y nosotros. No soportaría sentirme sola, necesito tu apoyo...

—Perdona, te prometo que, pase lo que pase, estaré ahí, a tu lado. Te cogeré de la mano y te entregaré a Martín. Serás la princesa más hermosa que jamás se haya visto. ¿Recuerdas cuando éramos niñas y soñabas con ese momento?

—Lo hago, aunque también recuerdo que tú te negabas en rotundo. Ni marido, ni niños. Deseabas viajar, querías llegar a las montañas más altas y saltar en paracaídas. Recuerdo que cogías la espada que mamá te había regalado por navidades y, al grito de “Xena la princesa guerrera”, me perseguías por toda la casa. Yo con los zapatos de tacón de mamá y tú con su falda. —Ambas rieron. Iguales por fuera, diferentes bajo la piel.

—Sigo queriendo saltar en paracaídas y hacer escalada. Quiero vivir y lo haré, no esperaré a mañana. No puedo hacerlo —sentenció en un arranque que trató de esconder—. Y debemos darnos prisa, tú quieres sorprender a nuestro invitado y yo divertirme un rato.

—No seas mala, es un buen chico.

—No sigas así, cuando pienso en un hombre que ha de visitar mis bajos no tengo en mente a un niño que tenga que proteger. El hombre que me haga arder la sangre tiene que tener carácter, ser ingenioso y saber sacarme la sonrisa cuando la haya perdido. Un pelele no me sirve. —Noemí sabía que dicho hombre no existía, aunque cuando se dormía ese hombre sin rostro compartía su cama. No era la primera vez que tenía un sueño erótico, había tenido miles. En todos ellos siempre estaba el mismo protagonista, en ocasiones llegó a plantearse si era posible enamorarse de alguien que nunca había existido. Un ser sin rostro, con un cuerpo dorado y una voz grave capaz de hacerla gemir. En sus sueños él lo sabía todo, la tocaba y rozaba conociendo las sensaciones que provocaba. ¿Era posible que eso sucediera en el mundo real?

—El chaval es guapo, inteligente y buena persona. Te encantará, confía en mi buen gusto. — Sarah se incorporó, Noemí soltó su pelo. Mientras Sarah caminaba hacia la puerta, Noemí se giraba para buscar un vestido capaz de convertirla en el deseo de un hombrecillo que estaba a punto de tratar de domar a una fiera. Ella tenía pensado devorarlo y escupir los restos sin compasión.

Capítulo 6

Carlos no dejaba de mandarle mensajes de wasap, quería saber si le habían dado el resultado. Noemí veía su teléfono encenderse y vibrar sin intención de responder, aunque su corazón se mecía cada vez que recibía otro nuevo.

Terminó de maquillarse con rapidez y una habilidad pasmosa, había logrado ocultar sus ojeras y sus preocupaciones. La mujer del espejo era todo lo que pudieran desear, todo menos real. El maquillaje escondía su falta de color, la sombra de ojos y el rímel le daba matices a sus iris que no se debían a la alegría o interés, pero los convertían en el centro de su rostro.

Se dio por satisfecha y se puso los tacones, aun sabiendo que no saldrían del piso. Eran las anfitrionas y se comportaría como tal.

Para Noemí los tacones eran mucho más que unos zapatos, un tacón alto, fino, era capaz de convertirla en esbelta, hacerla sentir liviana y seductora. El color, el corte, eran capaces de hacerla volar, aunque por dentro pisaba con fuerza.

Ya los sentía fuera conversando, se hizo esperar a propósito. Cuando asomó la nariz Sarah la miró desaprobando su actitud, Noemí le lanzó una sonrisa radiante en la que los dientes blancos contrastaban contra el rojo de sus labios.

—Martín, que alegría volver a verte, aunque apenas te reconozco con tanta ropa —dijo Noemí con un ácido sentido del humor, algo demasiado común en ella. Sarah le pellizcó el brazo al pasar—. No obstante, no he tenido el placer de conocer a tu amigo.

—Yo tampoco te recordaba tan formal —replicó Martín divertido, al tiempo que aprovechaba la llegada de Noemí para seguir a su prometida hasta la nevera. Mientras Sarah trataba de poner la mesa Martín se mostraba más interesado en revisar su cuerpo, besar sus labios y tratar de seducirla. Jamás tenían suficiente, para Martín aquella cena era una tortura por no poder poner a su prometida sobre la mesa y degustarla a ella. No obstante, para Martín hacer feliz a Sarah merecía el esfuerzo de mantener sus manos y su... también a buen recaudo.

—Cierto, hablamos muy poco —Noemí lo gritó antes de presentarse ella sola al hombre de ojos castaños que la observaba y centrar en él su atención—. Soy Noemí.

—Antón. Podría decir que eres hermosa, pero ya lo esperaba después de conocer a tu hermana. Es sorprendente el parecido entre ambas.

—Ya, es lo que tiene que seamos gemelas. ¿Qué esperabas, que tuviera tres ojos? —Noemí no quería ser desagradable, tampoco le quedaba paciencia que gastar con él. No debió coger el teléfono, vibró entre sus dedos y no pudo evitar mirarlo. Era Melanie.

“Carlos me lo ha contado. Contesta ahora mismo si no quieres que vaya ahí y te obligue a hablar por las malas” Directa, como siempre, acompañando sus palabras con un montón de caritas enfadadas.

“Estoy ocupada. Te llamo más tarde” respondió Noemí sin dejar de mirar de reojo a su invitado. Él no era precisamente discreto a la hora de revisar la mercancía. Ciertamente que el vestido

de Noemí dejaba a la vista un escote generoso, pero podría dejar de otear tratando de detectar la posición exacta de sus pezones. Para la ‘presa’ aquello solo significaba una cosa, era un tío demasiado desesperado para su gusto. Un baboso, alguien que no merecía una oportunidad siquiera.

Por cada uno de los mensajes de Noemí le llegaban dos. Sarah terminó de poner la mesa y Noemí tomó asiento para seguir contestando los wasaps, dejando de lado la conversación que se desarrollaba entre los que la rodeaban.

—¿Y bien? ¿Te apetece? —preguntó Sarah tocando el brazo de su hermana. Ésta saltó en la silla, la miró sin comprender.

—¿Perdón? Lo siento, estaba contestando unos mensajes. ¿Qué me decías? —El cerebro de Noemí trataba de mantener un ojo sobre ellos y otro en el teléfono. La discusión que en él se desarrollaba ganaba intensidad, sus dos amigos querían información y no se detendrían hasta obtenerla, aunque no era un tema que quería discutir justo allí, rodeada. Así se sentía.

—Si quieres ver una película después. Si es que te dignas a probar la comida. —Sarah la estaba regañando con los ojos, una mirada que prometía venganza.

—Claro. —Se llevó el tenedor a los labios, aunque quedó ahí, esperando mientras con la otra mano bajo la mesa, leía un texto increíblemente largo, teniendo en cuenta lo poco que habían tardado en escribirlo—. Voy al baño un momento.

Se levantó de golpe y se encerró con llave en cuestión de segundos. El teléfono sonó casi al mismo tiempo.

—¿Sí o no? Es bastante sencillo —dijo Melanie tan pronto le descolgó.

—Melanie, Sarah ha decidido concertarme una cita, con el hombre que ella considera adecuado para ser mi esposo, si me mantienes encerrada en el baño susurrando provocarás que me arranque los ovarios de cuajo.

—Mejor ella que yo, siempre he sido mucho más sádica —susurró su amiga con impaciencia.

Noemí sabía que estaba preocupada, de igual manera que conocía lo que harían si confirmaba lo que ya todos sentían. Si la respuesta hubiera sido buena ya se la habría dado. Si no actuaba con celeridad y cabeza tendría a dos histéricos en su puerta, dos histéricos que pondrían sobre aviso a su hermana.

—Dame una hora y te llamo, os lo contaré todo con pelo y señales y podréis torturarme a gusto. Siempre puedes ponerle ojitos a Carlos y dejar que te monte. Le he enseñado un par de trucos nuevos que seguro que disfrutarías.

—No seas cerda, sabes que este gilipollas no me gusta de esa manera. Antes me hago monja.

Noemí había conseguido exactamente lo que buscaba, por algún motivo su, siempre cariñosa, Melanie sacaba las uñas cuando insinuaba siquiera que entre ella y Carlos pudiera existir algo más. Siempre mantenía cierta distancia entre ambos, aunque Carlos no parecía percatarse de nada.

—¿Seguro? ¿Y si te dijera que se ha hecho un nuevo tatuaje?

—Noe, déjalo. Él es un cateto incapaz de ver lo que... —Se detuvo. Noemí se preguntó qué era exactamente lo que había estado a punto de confesar—. Tengo pretendientes mejores y más dispuestos. Sabes que él te ama.

—Lo nuestro es imposible. Para mí es un amigo, incluso como un hermano.

—A un hermano no te lo tiras. —El tono de voz de su amiga no le gustó. ¿Había una crítica escondida? ¿La estaba juzgando? No era algo propio de Melanie.

—Voy a volver antes de que se impacienten. No me toques las narices con más mensajes y ya hablaremos. —Noemí abrió el grifo unos segundos. Miró su reflejo de pasada y asintió despacio—. Os buscaré, no obstante, necesito algo de tiempo. Quiero putear un poco al tonto que me han

traído para distraerme.

—No seas dura con él, no tiene la culpa de lo que te está pasando. —Cierto, ya le había dado la respuesta.

—Unas risas y poco más. Lo prometo.

Colgó con rapidez y corrió de vuelta a una comida que seguía sin ella, aunque todos la esperaban ocultando la impaciencia en una conversación que a ninguno le atraía en absoluto.

—¿Ya le habéis preocupado qué talla de preservativo usa? —preguntó Noemí dejándolos a todos atónitos. El protagonista, el único que, por el momento, conocía dicho dato casi se ahoga con el vino. Tosió varias veces en un intento de recuperar el aliento.

—¡Noemí! —gritó la buena de Sarah escandalizada, mirando de reojo a su prometido que, por lo visto, ya estaba curado de espanto.

—¿No me lo habéis traído para que lo conozca? Es una información relevante. Digamos que hay un mínimo aceptable, tampoco quiero perder valiosas horas de mi tiempo en alguien para después tener que despacharlo con paños rápidos. ¿Veinte? ¿Veintiséis? —El pobrecito no sabía dónde podía meterse o cómo salir con dignidad de su ataque—. ¿Menos? ¡No me jodas!

—¡Noemí! —Sarah no sabía qué le pasaba, solía ser “graciosilla”, pero para todos. Nunca había convertido a nadie en su diana de una forma tan desagradable.

Noemí cogió el cubierto y jugó con la pasta. La miró y se llevó un bocado a los labios. La incomodidad del resto creaba un ambiente tenso, Noemí giró la cabeza y se mordió el labio.

—Perdón, aunque siempre he sido curiosa. ¿Qué os parece si pringamos todos? Todos tendríamos que contestar con sinceridad o... hacer lo que otros propongan. Tampoco me parece tan cruel, ¿tenéis algo que ocultar? —El interés del resto del grupo le gustó. En el fondo el sexo era su comodín, el deseo, aquella oscura emoción que nadie podía pasar por alto. Era difícil encontrar a alguien capaz de hacer volar las horas sin que se tratase de un camino que habría de desembocar en un coito. Noemí no tenía interés ni intención de darle un final feliz a su encuentro con... ¡Ya ni recordaba su nombre! Noemí quería más, estaba cansada de aceptar el consuelo efímero de hombres, cuyos nombres se iban de su mente con más rapidez que ella los largaba de su cama. ¿Lo peor? Los rostros de algunos también comenzaban a difuminarse, un efecto secundario del alcohol.

—Mejor vemos la peli...

—¿Por qué no? Siempre me han gustado los retos —intervino Antón. Ya se sentía ganador, aquel juego podría darle la oportunidad de seducir, impresionar y tentar. Sarah miró al susodicho molesta, no le gustaba que la cortasen. Lo pasó por alto por su prometido, aunque algo le decía que su opinión sobre Antón no iba a hacer más que empeorar.

—No tenemos ni que dejar de comer. ¿Puedo empezar yo? —Los ojos de Noemí echaban chispas. Era libre de ser como quisiera y sin embargo se sentía atada, atada por las necesidades de otros, por no hacer daño cuando nadie parecía pensar en lo que ella deseaba realmente. Para ser sincera tampoco Noemí lo tenía muy claro. Tras sendos asentimientos Noemí paladeó las mortíferas palabras que podría usar, quería llegar al alma de todos los presentes y hacerlos temblar. Quería a su hermana, no obstante, si se cabreaba le dejaría un poco de espacio, algo que sentía que últimamente le faltaba—. Elijo preguntar a Antón. —Chasqueó la lengua—. ¿Te importa realmente a cuál de las dos te tires mientras puedas hacerlo? —Con un movimiento de cabeza señaló a Sarah—. ¿Por qué ponéis esas caras? ¿Acaso no somos iguales? Siempre he tenido curiosidad, ¿importaría mucho?

—Sois iguales por fuera, pero no os parecéis en nada. Sarah es tierna, divertida, amable, sensible y da luz a todas las habitaciones en las que entra —soltó Martín como todo un poeta,

alguien capaz de poner una máscara de idiota en su prometida y ofender a su hermana de una sola sentada. La insultada se hizo la tonta, escondiendo su malhumor tras una férrea determinación, usaría su ingenio para joder al cabrón—. Sí que importa.

—Pensé que se lo había preguntado a Antón, ¿me equivoco? ¿Tienes miedo de que desee a tu prometida? —Noemí alternó de uno a otro, Sarah le dio una patada bajo la mesa, fue un dolor que le supo a gloria y no hizo que se moviera ni un ápice—. ¿Y bien?

—Como dice Martín siempre importa. Además, nunca podría estar con la mujer de un amigo. —Muy correcto todo y Noemí supo que dicha afirmación estaba destinada a encauzar la conversación a un terreno mucho más seguro y aburrido, eso no iba con ella.

—Pensé que no mentiríamos. ¿Acaso por ser la mujer de alguien deja de ser hermosa, divertida e inteligente? Verla, tenerla cerca como uno más y hacerse el ciego, fingir que se trata de un tío más. Lo cierto es que se puede desear y mantener dicho deseo bajo llave, esconderlo y disfrutar de los roces despistados que se convierten en únicos. ¿No creéis? Acabas de conocerla y a mí también, somos iguales. Si yo te parezco atractiva ella también. ¿No te gusto? —Al tiempo que hablaba se pasaba los dedos de la mano derecha por el escote, trazaba líneas invisibles que Antón seguía inconscientemente. Ella podía convertirlo en su marioneta, jugar con un hombre que creía tener experiencia suficiente para batear en las grandes ligas, sin embargo, Noemí no era como las mujeres que había conocido antes.

Quizás se trataba del hecho de que era la segunda vez que se enfrentaba a la muerte, hecho que la había llevado a una verdad universal. Le importaba una mierda lo que opinasen de ella, que la tachasen de deslenguada o incluso puta. Diría lo que atravesaba su mente en cada momento, incluso aunque eso la hiciera perder.

—Me encantas, —Antón sonrió con ganas, sin prestar atención a nadie más que a aquella que se creía más lista—. aunque has conseguido que olvide tu físico.

—¿Cómo es eso? —Sarah contuvo el aliento, mantuvo silencio mientras la curiosidad de todos crecía exponencialmente.

Sarah era consciente de que la postura de su gemela no era precisamente relajada. Estaba tensa como la cuerda de una guitarra, por algún motivo quería pelea, sangre incluso. Lo veía en su mirada fiera, en su mentón apretado. Los últimos días tenía la impresión de que ya no la conocía, cuando se cruzaban era como mirar a una extraña que le había robado el cuerpo a la hermana que siempre había adorado.

Sarah se dijo que eran impresiones tuyas, aunque sentía una inquietud que no conseguía apartar. Solo había guardado silencio por no parecer estúpida al no poder argumentar al respeto.

—Respondiendo a tu primera pregunta en esta ocasión no me importa que seáis iguales, me gustas tú.

—Te gusto yo y solo yo. —Con delicadeza tomó la copa de vino y se la llevó a la boca. Bebió con calma y, sin soltarla, jugó con el vino blanco meciéndolo ante sus ojos—. Te gusta lo que sé hacer, te gusta que no me postre a tus pies. ¿Por qué habría de interesarme alguien tan desesperado para aceptar presentarse en una encerrona?

—Me pudo la curiosidad, sino fuera porque dijo que erais gemelas habría jurado que tenías que ser horrenda para necesitar que otros te concertasen las citas. —Vale, puede que ahora cierto interés hubiera despertado en Noemí, no era muy sencillo conservar su atención.

—Soy horrenda. Si me quitas el maquillaje, los tacones, el vestido y...

—Es mejor que no sigas. Me lo estoy imaginando y creo que con cada palabra enfermo un poco más. ¿Te lo imaginas? No quiero que continúes con las pestañas y termines con que ni siquiera tienes dos piernas.

—¿Cómo?! —Noemí rio suavemente, un sonido que hizo que el joven quisiera proseguir, quería repetir y llenar la noche con ese tono tan melódico. Sintió que su pecho se elevaba y sus pulmones se llenaban de aire mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Hay mujeres que son como los playmobil. Tienen tantos complementos que, cuando termina la noche y las ves a la luz del día, no se parecen en nada a aquella que te has llevado a la cama. Aunque no lo creas hablo por experiencia y no suelen ser sorpresas nada agradables —le relató Antón, demostrando que su voz conseguía atrapar a los oyentes. Todos estaban pendientes de que continuara, como si de un monólogo se tratase.

—¿Cuántas veces te ha pasado eso? —inquirió Martín.

—Dos o tres, pero la peor fue cuando abrí los ojos porque algo rozaba mi mejilla. Si se me pasaron muchas cosas por la cabeza no acerté con ninguna. Seguro que no lo acertáis ni en mil años. —¿Y se detuvo! ¿De verdad esperaba que trataran de adivinarlo?

—Un condón. —Cuando todos se volvieron hacia Noemí ella alzó las manos en señal de rendición y puso cara de niña buena—. ¿Qué? Nunca se sabe dónde se ponen esas cosas cuando se repite. Pasa como con las bragas, si las lanzas en medio de la nube de pasión éstas desaparecen. —Se inclinó ligeramente y los miró bajando el rostro. Los observó de la misma manera que lo haría si fuera a relatarles una historia de terror capaz de helarles la sangre—. Cuentan las malas lenguas que la ropa interior, de los incautos que cierran los ojos mientras la lanzan lejos, se siente tan ofendida ante tamaña desconsideración que se abre un agujero espacio—temporal que la transporta a un mundo perfecto para ella. El mundo de la ropa interior, un lugar en el que no han de soportar fluidos extraños ni ningún tipo de insulto cuando, tras proteger las partes íntimas de los humanos, son tratados como si de una molestia se tratase a la hora de copular. Lo cierto es que las bragas también tienen su corazoncito y sufren ante los tirones de los amantes más inexpertos.

—Ninguna de las dos. ¿Se trataba de un mechón de pelo! Con tan mala suerte de que era del mismo tono que el mío. —Se pasó la mano derecha por la cabeza con rapidez—. ¿Podéis imaginaros la escena? No es que me obsesione la idea de quedarme calvo, pero tampoco me apasiona. De repente, abro los ojos y entre mis dedos un mechón entero de pelo. Había tanto que creí que había pasado directamente de cien a cero. Me imaginaba como una bola de billar, me veía a mí mismo como en las películas de terror que empieza a tirar y se queda con toda la cabellera en las manos. Ya veía mis hermosos pelos cayendo como alfileres a mis pies sin que ningún médico pudiera explicarlo.

Las risas se intensificaron, y es que mientras lo contaba se veía en su cara que todavía sentía cierta inquietud al respeto.

—No jodas, eso tiene que dar un cague de la hostia —soltó Martín entre carcajadas que lo dejaban sin aire. Yo preferí alejar la inquietud de mi pecho.

—¿Y que lo digas! Me quedé pálido. Vale que estaba medio grogui y había bebido de más pocas horas antes, pero no recordaba a la tía que me había llevado y no es algo que te esperes encontrar en la almohada. Porque si la idea de haber perdido mi pelo era aterradora tampoco era mucho más halagüeña la idea de que la tía que, cuando llegó, era lo suficientemente atractiva para entrar en mi casa, se hubiera convertido en Smigol.

—¿Y qué sucedió después? —inquirió Noemí.

—Pues que tras una inspección ante el espejo decidí que todo seguía en su sitio y comencé a tratar de darle una explicación. Incluso se me ocurrió buscar debajo de la cama alguna rata que decidiera mudar de pelo, aunque tanto... Me imaginaba todo tipo de animales, calvos en su mayoría, pero el que me encontré sabía hablar.

—Pobre chavala. Debió ser vergonzoso para ella —dijo Sarah, aunque también tenía una

somrisa que trataba de ocultar.

—¿Solo para ella? Ni era morena, ni tenía largas pestañas, ni una cintura de avispa. Una pestaña había pasado a transformarse en ceja, dándole una expresión siniestra. Sin contar que parte de su barriga había decidido salir de la prisión del corsé sin que éste se soltase. Creaba un flotador natural que evitaba que se ahogase en caso de naufragio.

—No tenía dinero para cirugía estética —soltó Noemí, mirando a su hermana de reojo añadió—. Todos tenemos nuestros trucillos, yo prefiero usar maquillaje y una plancha de pelo. Hay ciertas imperfecciones con las que me siento a gusto. —Se calló que temía convertirse en aquella chica.

—Digamos que es mejor que involucionar entre las sábanas de otro, la situación puede tornarse incómoda para ambos. Aunque ahora no me digáis que a vosotros no os han pasado cosas extrañas tras un ligue de una noche.

—A mí no, aunque Martín... digamos que el amor se esconde tras la puerta equivocada. Creo que tendré que pensar muy bien mi discurso para el brindis. —Antes de que alguien pudiera molestarse trató de aplacarlos—. Lo cierto es que me alegro mucho. Sois felices y de otra forma quizás nunca os habríais cruzado u os habríais dado una oportunidad.

A pesar de sus palabras, Noemí le echó una mirada rencorosa a Martín. Para él Noemí había pasado a ser poca cosa, la sombra de Sarah y, aunque ella comprendía que amaba a su hermana con todo su corazón, eso no impedía que la comparación fuese molesta.

—Por eso he aceptado en cierta manera la encerrona de la que hablabas, busco algo más estable —comentó Antón de pasada.

—Toda una declaración, es una pena que yo no. Lo digo solo para que no pierdas el tiempo. No me interesa atarme a nadie. —Mentira, una mentira que la quemó por dentro. El no tener a alguien que la mirase como Martín lo hacía con su hermana, que la antepusiera a todos los demás, hizo que lo ansiase con todas sus fuerzas.

Cierto que Carlos la quería, no obstante, tenía que ser recíproco. Una emoción compartida, un sentimiento que los haría crecer y convertiría el miedo que sentía ante su, más que posible, muerte en algo que podrían enfrentar juntos.

Noemí trataba de esquivar el recuerdo de la llamada, lo que eso significaba. Quería que la muerte no fuese una constante en su vida, que no se pasase las próximas semanas rumiando sobre una enfermedad que se había pegado a su piel y en concreto a su pecho. No quería que la dejasen desfigurada, no quería mirarse a un espejo y extrañar un trozo de su cuerpo.

Un pecho, algo que siempre había amado por su forma, por su tamaño, porque la hacía sentir sensual. Tomó aire, habría dado cualquier cosa por no saberlo, quizás, si el final era el mismo, seguir como si nada y simplemente no despertarse un día, habría sido lo mejor. No tuvo suerte, una oportunidad para luchar, era lo que todos pensaban, pero ¿y si no tenía ni fuerzas ni ganas para hacerlo? ¿Y si no era tan valiente como todos pensaban?

—Es cuestión de encontrar a la persona adecuada. Cuando eso sucede no importa nuestra intención, no podemos evitarlo. —Sarah, tan romántica siempre. Ella creía que el final feliz, que sus películas pastosas prometían, era posible. Quizás para Sarah sí, sin embargo, no todos tenían la misma suerte.

—Las hay que se conforman con un par de buenos orgasmos. El mundo es inmenso y no digo que no exista mi media naranja, no obstante, es más que probable que haya nacido en la otra punta del planeta y nunca lo llegue a ver. Tal vez es esquimal y está ahora mismo intentando echar una meada sin que se le congelen los huevos. Poco importa, lo cierto es que no voy a cambiar de idea. —Noemí se imaginó ante aquel que dijera que la amaría siempre, si es que lo hallaba antes de su

mutilación. Sus ojos, en los mismos que una vez hubiera visto amor, mostrarían pena al observarla desnuda. ¿Cómo no hacerlo cuando en lugar de su pecho derecho no encontrarían nada? Ella sí que habría de convertirse en un playmobil, solo que uno incapaz de provocar deseo en los hombres.

—Tampoco es que vea nada malo en los orgasmos. —Martín miró a su amigo y se rio. Sarah no sabía dónde meterse—. Es parte de la seducción también.

—¿Crees ser tan buen amante que con una noche conseguirías que fuera incapaz de olvidarte? No creo que eso sea posible, nadie causa tal impresión, y menos en mí. —Pero la mirada desafiante de Antón hizo que sintiera curiosidad.

La copa de vino estaba ya vacía, aprovechó para servirlos a todos y siguió bebiendo. El alcohol ahogaba sus demonios, los mandaba al interior de sus huesos, recubiertos por duras carcasas que hacían de barrera y les impedía salir al exterior. Noemí no estaba preparada para muestras de cariño, no quería romperse. Se ahogaba ante la posibilidad de sobrevivir y morir la hacía marearse. Sobrevivir y tener que sobreponerse a no ser la de siempre, a quedar marcada de por vida. Decían que había cirugía, era una posibilidad, la única que conseguía mantenerla en pie. La dejaba como el comodín, uno que la quemaba, aunque también uno que le permitía seguir respirando.

Podía parecer superficial, no le importaba. Noemí sentía que si no acababa con ella la quimio lo haría la cirugía.

—Lo creo. —Antón casi lo gritó, ella quiso llevárselo a su habitación solo para escupirle en el rostro una verdad que ya sentía como cierta, una vez hubieran terminado.

Aquel hombre la dejaba fría y no comprendía lo que había visto su hermana en él, no era que no fuera atractivo o buena persona, sencillamente le faltaba ese algo, esa chispa que no era ni capaz de explicar.

Recordó el día en el que su madre le había contado, tras la pérdida de un par de dientes y su consecuente llanto, pues temía no recuperarlos, que la belleza es algo efímero. La sintió cerca, ojalá estuviera allí. Ella siempre tenía la respuesta.

— *No me gusta, mami. Ahora soy fea —había soltado, incapaz de apartar los ojos de la niña desdentada del espejo que se negaba incluso a hablar para no ver los huecos que ahora tenía. Ella, que había pasado horas ante su reflejo, que se quedaba absorta oteando los colores que bailaban en sus iris, el rojo de sus labios, que se sentía a gusto con la piel que había nacido. Ella temía transformarse, pues sentía que antes ya era perfecta.*

— *¿Lo eres? Yo solo veo a una niña incapaz de mirar más allá.*

— *Se reirán de mí. Tania se puso gafas y ahora todos se meten con ella —había confesado pues, aunque ella no se había unido nunca a la burla, si era cierto que había creado un abismo entre ambas, impidiendo que Tania pudiera acercarse.*

— *Pues eso está mal y me esperaba más de ti. —Noemí bajó el rostro avergonzada—. Todos cambiamos, es el toque del tiempo. Lo tuyo es temporal, volverán a crecerte dientes nuevos y seguirás siendo la niña más hermosa del mundo. No obstante, has de saber que el tiempo dejará en tu rostro arrugas y canas que se quedarán acompañándote. Llegado el momento tendrás que aceptar que tu piel ya no sea tersa o tus músculos ya no resistan lo mismo que antaño.*

— *No. Yo soy fuerte y doy saltado muy alto.*

— *Lo sé cariño. —Había acariciado su pelo con tanto amor... Las manos de su madre eran cálidas, tenían la facultad de apartar los miedos, de curar heridas, su voz la tranquilizaba. Solo el tenerla cerca, el saberse observada por ella, hacía que Noemí se sintiera a salvo—. Pero debes aceptar que nada es eterno, —Antes de que pudiera protestar su madre quiso explicarse—. eso es lo que lo hace especial. Seguirás creciendo por dentro y tu cuerpo se lo*

enseñará al mundo en forma de arrugas. Cada mella será una historia que podrás contar, un beso, una caricia, una sonrisa. Eso es lo importante y, más que eso, existirán personas que seguirán viéndote siempre hermosa porque te amarán. No importa que pierdas los dientes definitivamente. —Había acariciado su boca y besado su mejilla a continuación. El amor, la delicadeza que siempre había demostrado con ellas... era la mejor madre que podrían haber tenido—. Si una persona te ama amará tus defectos e imperfecciones hasta el punto de que no cambiaría nada.

Fue como despertar de un sueño, cuando regresó de su recuerdo todos habían ido tomando asiento en el sofá y ella misma se había levantado. Discutían sobre la película que elegirían, de terror en consideración a los machos de la zona. Seguramente Sarah se pasaría más tiempo con la cabeza enterrada en el hombro de su prometido dando grititos que mirando la pantalla, pero dudaba que le importase mucho a Martín.

La luz se apagó, el sonido de la televisión los envolvió. Querían crear el aura perfecta para disfrutar del miedo que debían sentir, el misterio, la emoción. Noemí, como era de esperar, solo encontró sitio a la vera de Antón.

“Dicen que los monstruos no existen, que la oscuridad no esconde nada, pero lo dicen los mismos que encienden la luz de las mesillas de noche, que esconden los pies debajo de la sábana sin pensar antes de cerrar los ojos” La voz tétrica marcaba el comienzo, un resumen que se aproximaba a un cuento, una narración que, para Noemí, era casi lo mejor de todas las películas. Esa voz, con las palabras perfectas para crear expectación, para despertar la imaginación de los que la escuchaban.

Y es que la imaginación es un recurso del que todos se aprovechan, pues da más miedo lo que nunca se llega a ver que aquello que pueden captar nuestros ojos. El saber que hay algo ahí, pero no somos capaces de tocarlo, solo lo sentimos, pero al mirar nuestros ojos no son capaces de capturarlo. Eso es lo que causa auténtico pavor.

“...no siempre fue así, no siempre fue un asesino. El hombre que ahora se erigía sobre sus víctimas como el más cruel de los verdugos fue, en otro tiempo lejano, alguien que rezaba por ser salvado. Nadie podía imaginar que...”

—¿Te gusta? —preguntó Antón casi sobre el oído de Noemí. Ella lo sintió acercarse despacio, con cuidado para no provocar su rechazo —Si es demasiado fuerte para ti siempre podemos poner otra cosa —susurró provocándola.

—¿Para mí? —Se giró y esperó a que sus ojos se acostumbraen a la oscuridad para examinarlo—. ¿Pretendes ponerme como excusa? No quería que gritases mucho y los vecinos se preocupasen.

—Tú verás... —Y pasó una mano por el hombro de Noemí tratando de que ella no se percatase hasta que, aprovechando el grito agudo de una de las mujeres de la película, dejó caer los dedos sobre el hombro derecho de su cita. Ella tembló y sonrió con maldad, lo miró y él apartó la mano con cara de culpable—. Lo siento, no he podido evitarlo.

—¿Te ha gustado? —Noemí se giró lo justo para apoyar la mano en el pecho de Antón, la oscuridad los escondía. Lo empujó suavemente y descendió, acercó el rostro hasta que él estaba convencido de que lo besaría, pero se quedó en un amago—. Eres muy... gracioso.

Y fue dibujando una línea recta hacia el sur. Antón no podía creerse la buena suerte que tenía, aunque estaba un poco cohibido, al fin y al cabo, no se encontraban solos. Quizás podría sugerirle, si la situación se calentaba demasiado, que se retirasen al dormitorio de Noemí. Nadie se escandalizaría demasiado.

Ella llegó hasta su cinturón, Antón se removía inquieto. Por mucho que le encantaba lo que ella

se proponía no podía evitar mirar a su izquierda, temeroso de que pudieran descubrirlos. Se sentía nervioso, pletórico e incluso podría decirse que efervescente.

Noemí, disfrutando del poder, del miedo de Antón, tosió con fuerza. Antón contuvo el aliento y se aproximó a ella para susurrarle.

—Van a descubrirnos.

—¿Eso harán? ¿Te preocupa? Quizás deberías tratar de no hacer ruido —recomendó ella, sus dedos jugaron con el cierre. Lo removió, incluso pasó las uñas por la fría superficie—. ¿Lo notas? Se trata de la adrenalina corriendo por tus venas, el miedo se mezcla con el placer y se convierte en una sensación adictiva.

La mano de Antón se detuvo sobre la de ella. Apretó y la mantuvo quieta, la miró y disfrutó de saber que una belleza como ella fuera a poseerlo. Sabía que iban a ser unas horas que no olvidaría, estaba tan excitado que le dolía.

—Si no quieres que nos descubran deberías guardar el máximo silencio posible —recomendó Noemí de nuevo.

—¿Por qué lo dic...? ¡Ah!

Y es que Noemí se soltó y acabó agarrándole los huevos.

No había mejor forma de decirlo, ella tenía sus huevos en sus manos, aunque el susodicho sintiera que la nueva ubicación de ellos era ahora su garganta, pues con un mal movimiento podría provocarle un dolor atroz que no quería saborear.

—¿Te encuentras bien? Te noto inquieto, ¿se trata de la película? —preguntó ella con dulzura, con su mano libre, es decir, la izquierda, levantó el mentón de su cita a ciegas —No deberías haber jugado con fuego. Ahora solo necesito apretar despacio para que hagas cuanto yo desee. Los hombres sois muy, pero que muy fáciles de manejar. —Apretó ligeramente, él gruñó y contuvo el aliento. La miraba, solo la veía a ella—. Hoy no ha sido un buen día y me estaba aburriendo, aunque debo agradecerle la distracción. ¿Te molesta si me retiro ya o pondrás alguna objeción? No me gustaría nada que te sintieras insultado por mi falta de educación.

—No, no. Tranquila.

—Así me gusta. Quizás otro día puedas invitarme a un café, no me gusta que me sepan como una presa segura. —Besó su mejilla—. Estoy algo loca, debieron haberte avisado.

Lo soltó al tiempo que se ponía en pie. Se estiró con ganas y sonrió al ver que Sarah pegaba un respingo.

—Martín, me voy a dormir por lo que, como me despiertes porque has decidido tener sexo y no eres capaz de guardarte tus gemiditos para ti solo, vendré y te patearé las pelotas —soltó Noemí queriendo irse por la puerta grande. No había otra manera para ella—. Hermanita, después de tanto miedo pídele que te consuele.

No esperó una posible respuesta.

Capítulo 7

La noche anterior había elegido el silencio. Lo hizo al apagar el teléfono, no sin antes mandar un mensaje para quedar con sus dos amigos en el piso de Carlos. Al hacerlo recordó su encuentro con Edgar en el ascensor y quiso repetirlo, incluso se descubrió sonriendo. Un encontronazo no tenía que ser algo malo.

Por algún motivo esa mañana se despertó temprano y escogió su vestido más bonito y alegre. Acompañó sus andares con unas cejas y un maquillaje sencillo, natural. Se miró al espejo y se preguntó dónde se encontraría Edgar. ¿Por qué desde que lo había conocido se colaba en sus pensamientos una y otra vez? Se sintió tentada a acudir a él, a ceder a su deseo, aunque eso significase demostrar que lo necesitaba. Pero él era demasiado arrogante, demasiado seguro de sí mismo y ella también. No era una buena combinación y había conseguido retener sus ansias.

Solo fue un beso, ¿cómo era posible que la misma que decía que se necesitaba mucho más para enamorarse se hubiera obsesionado?

—No lo estoy —se dijo ante el espejo—. Son los nervios. —Y que el tipo sabía usar, como él muy bien había recalado, la lengua. La curiosidad era una tramposa y Edgar había sabido plantarla en la imaginación de Noemí.

Caminó hacia el piso de Carlos sin pensar en ellos, queriendo correr y postergar el momento con igual intensidad. Mirando el sol y quejándose internamente por tener que llevar la mascarilla, aunque para ella, que en breve tendría las defensas bajo mínimos, era algo bueno, lo cierto era que se trataba de una cadena más a portar.

Cuanto más quieres que el camino se extienda más corto se hace, sucede lo mismo con el tiempo. Se trata de una broma cruel del universo que llevó su cuerpo en automático hasta el ascensor. Cuando tocó el botón del piso, deseaba toparse al objeto de su deseo al mismo tiempo que las puertas del ascensor se abrían.

No sucedió, aunque en su imaginación era una posibilidad realista lo cierto es que se halló ante un descansillo sumido en la oscuridad.

No había acercado los dedos al timbre cuando la puerta se abrió y ahí comenzó el huracán Melanie, con Carlos taciturno detrás. Él se veía decaído, apenas se atrevía a mirarla. Supo que había hecho algo que no iba a gustarle.

—Entra, ven aquí... — Melanie abrió los brazos lista para dar todo el amor que sentía. En sus ojos brillaban unas lágrimas listas para ser lanzadas al vacío.

—Chicos, no es para tanto. Sentémonos con una buena cerveza y hablemos sin tanta tontería — sugirió Noemí, que ya comenzaba a emocionarse también.

—¿Una tontería? Tú sí que eres tonta, pero necesito que lo digas en voz alta. Es cáncer, ¿verdad? Bueno, no, da igual. No importa. —Melanie tomó aire, para llorar con fuerza y enlazar los brazos tras el cuello de su amiga—. Tengo tanto miedo... ¿Y tú? ¿Cómo estás tú? No puedo creerme que nos esté pasando esto.

—Melanie, déjala respirar un poco. —Carlos prácticamente arrancó a Melanie de los brazos de Noemí. Lejos de guardar silencio, como solía hacer, Melanie presentó batalla. Lo miró como si lo odiase, soltado un rencor que ninguno de los dos presentes supiera que existía.

—¿Por qué? ¿Solo tú puedes tocarla? —escupió soltándose del agarre de Carlos con un manotazo —No me toques si no quieres que te de una bofetada que te salte todos los dientes.

—Son los nervios los que hablan —trató de aplacar Noemí, mirando a Melanie sin creerse lo que estaba diciendo.

—¿Los nervios? ¡Ja! Este imbécil se cree mejor que yo, pasa por mi lado sin mirarme siquiera. ¡Existo! ¿Lo sabías? Ella es mi amiga y yo puedo hacer lo que se me pegue la gana —siguió sin control. Avanzó hacia Carlos con el índice clavado en su pecho, Carlos retrocedía sin saber cómo podía actuar para sosegarla—. Debo hacerme la loca mientras babeas por ella, sentarme a un lado cuando la tocas y ella se deja hacer. ¿He de cerrar siempre los ojos cuando para Noemí no eres nada?

Noemí cerró la puerta y caminó en trance hasta el sofá.

—Nunca fue mi intención incomodarte —balbuceó Carlos. Cuando trató de agarrar el brazo derecho de Melanie ella saltó, lo hizo como si el contacto le quemase, como si los dedos de él estuvieran hechos de lava líquida.

—¡No me toques!

—No comprendo qué es lo que está sucediendo...

—¡Claro que no lo comprendes! No lo comprendes porque estás ciego, porque yo nunca fui suficiente. La amas, ¿se lo has dicho ya? ¿Te aprovecharás de que se encuentra perdida para convencerla? —La acusación le dolió, las dos pudieron ver cómo el semblante de Carlos se contraía.

—Melanie, por favor... —pidió Noemí mientras tocaba el cojín que había a su lado, deseando que su amiga cogiera la indirecta y tomase asiento. Aquello era lo último que se esperaba que sucediera.

—Lo siento, Noe. Estoy cansada, harta de tener que soportar su presencia. Es estúpido y no comprendo por qué lo sigues aguantando.

—Mel... —Noemí quería evitar que dijese algo de lo que se arrepentiría, de eso estaba convencida. Si de algo estaba segura era de que Melanie apreciaba a Carlos, que se preocupaba por él, quizás demasiado... ¡No era posible! ¡Se habría dado cuenta!

—No importa —dijo Carlos yendo hacia la cocina por algo de beber.

—Claro que no importa, nada de lo que yo haga lo hace. Si fuera ella ya estarías consolándola —replicó Melanie, aunque lo suficientemente bajo para que nadie la pudiera escuchar.

No era el momento adecuado, no pudo evitarlo. Melanie miró a su amiga con culpa, más culpa de la que ellos imaginaban porque, aunque la quería también sentía envidia. Le habría gustado que Carlos la mirara con tanto amor que, aunque solo fuera una vez, se girase y le sonriera. Tenerlo una noche, besarlo, sentirlo cerca. Lo veía tan próximo y lejano que quemaba, siempre ahí sin llegar a tocarlo... La estaba destruyendo por mucho que tratase de evitarlo.

—Melanie, ¿te encuentras bien? —Noemí cogió sus manos y las apretó ligeramente. Melanie respiraba agitadamente y asintió con fuerza.

—No importa.

—A mí me importa —insistió Noemí.

—No, no lo hace. Soy una egoísta, yo preocupada por tonterías cuando tú estás... Lo lamento. No soy capaz ni de decirlo. —Carlos las observó en silencio, no podía quitarse los gritos anteriores de Melanie de la cabeza. Las miró a ambas, tan diferentes por fuera y parecidas por

dentro. Fuertes, luchadoras, sinceras, pero, sobre todo, fieles la una a la otra. Había entre ellas un vínculo que sabía que nadie sería capaz de romper. Quizás era por eso por lo que no lograba comprender la forma en la que Melanie había hablado—. Tienes que sentir tanto miedo...

—Estoy acojonada. Quieren empezar con la primera dosis de quimio, es más, me han dado cita para dentro de tres días. —Y sentía que la fecha se aproximaba como quien camina a la guillotina—. No voy a ir. No puedo. —Tembló ligeramente y Melanie la abrazó. La apretó con todas sus fuerzas sin que ninguna se quejase al respecto. Quiso absorber sus penas, ahogarlas y darle una fortaleza que no tenía. Noemí sintió su cariño y con la misma velocidad sus lágrimas. Lloró en silencio, cansada, aturdida por la velocidad con la que avanzaba todo.

—No puedes faltar, pero no estarás sola. Iré contigo, te tomaré de la mano y...

—Con lo que está pasando no creo que te dejen entrar —comentó Noemí sintiendo su voz tomada, las lágrimas seguían deslizándose como culebras que la quemaban y avergonzaban. Cada una de esas gotitas saladas dejaban patente una debilidad que la asqueaba, ella no era alguien que se dejase vencer por las adversidades, pero ya había luchado una vez y había perdido tan pronto el cáncer regresó. Ya entonces creyó que no habría final feliz, no se sentía con fuerza para pasar por todo de nuevo, solo que en esta ocasión mucho peor.

—¿Y qué más da eso? Te esperaré en la puerta, te mandaré mensajes y te llamaré. Estaré ahí, aunque no pueda tomarte de la mano. —Miró hacia Carlos, Melanie sintió que sus entrañas lo deseaban, que él era perfecto y si solo la viera a ella... si sintiera un poquito del deseo y el amor que le prodigaba a su amiga... se habría conformado—. Estaremos los dos, estoy segura de que tu príncipe no querrá dejarte sola.

—No hace falta, de verdad.

—Claro que sí, —Carlos miró a Melanie mientras ella trataba de convencer a Noemí. Se fijó en sus bucles dorados, en la forma en la que sus cejas se movían dándole una expresividad a cada una de sus palabras pasmosa. Era única, la miró y se sorprendió. ¿Cuándo se había vuelto tan bonita? —nos necesitas y para eso están los amigos. No te dejaremos sola, aunque creo que deberías contárselo a Sarah.

—No.

—Noe, ya hemos hablado de eso y... —intervino Carlos.

—He dicho que no y no conseguiréis convencerme.

—Entonces mucho me temo que me odiarás siempre. —La voz de Carlos apesadumbrada la estremeció, lo que sus palabras implicaban...

—¿Qué has hecho?! —aulló Noemí levantándose de golpe del sofá y mirándolo con furia. Se enfrentó a él sin percatarse de que seguía llorando, sus ojos lo hacían mientras su mente trataba de hallar respuestas —¿Qué cojones has hecho?!

—Lo que debí hacer entonces. Quizás piense que mereces mucho más, que no tienes que soportar pasar por esto sin su apoyo. Puedes odiarme, eso no me hará cambiar de opinión.

—¿Dime que has hecho!

—Le he mandado un correo con los resultados y se lo he contado todo. Si es tan maniática como siempre lo estará leyendo ahora.

Noemí se mareó, no había forma humana de llegar a tiempo para impedirlo. Dio varios pasos, el suelo se movía bajo sus pies. No le había hecho eso... no era su decisión. Él no podía haberle fallado, no él. ¿Acaso no comprendía por qué había guardado silencio?

Se aferró al respaldo del sofá para no dejarse llevar por la realidad y hacerse un ovillo en el suelo.

—Jamás te perdonaré —siseó enardecida.

—Es algo con lo que habré de vivir. —Aunque también habría de hacerlo con el dolor, la sensación de que acababan de atravesar su pecho con un hierro ardiente. La mujer que amaba, la misma que quería que fuera feliz, lo enfrentaba con la cara descompuesta y manos temblorosas. Su mirada se estaba quedando vacía, perdida, se alejaba de todos para encerrarse en un lugar al que temía que nadie pudiera acceder—. Tienes que comprenderme, ¿qué sería de ella si tú no lo superases? Jamás podría perdonarse no estar a tu lado.

—No lo haces por ella, ni por mí. Lo haces por ti, porque necesitas sentir que me proteges, que sabes lo que me conviene.

—No es cierto.

—¿No? ¿Te has parado a pensar en lo que eso significa? Antes podía enfrentarme a la muerte sabiendo que Sarah no estaría al otro lado de la puerta sufriendo por la incertidumbre, llorándome mucho antes de conocer el resultado. Podía recuperarme sin tenerla al lado de mi cama vigilándome, posponiendo su felicidad durante semanas sin motivo. Nada de lo que ella haga cambiará el final, sin embargo, yo habría sido más feliz sabiendo que Sarah estaba con Martín, disfrutando de su nueva vida —le explicó Noemí con tono ácido, sintiendo, casi paladeando el dolor que le había causado.

—Tú mereces que te apoyen, ella podrá hacer todo lo que dices cuando te recuperes —siguió insistiendo Carlos sintiendo que su seguridad, la seguridad de que había hecho lo correcto, se tambaleaba y amenazaba con derrumbar sus buenos propósitos sobre su cabeza.

—Y yo no tenía derecho a decidir...

—He visto lo que te sucedió la última vez. Casi te rindes, ¿lo has olvidado? ¿Has olvidado que fui yo el que te encontré?

Melanie cerró los ojos, Noemí apretó los dientes.

—No quiero hablar de eso.

—¿No quieres? No me importa, no cuando pienso en tu cuerpo frío, tus ojos idos y tu sonrisa enferma. ¿No quieres? ¡Me importa una mierda lo que quieras si el que ella esté a tu lado impide que hagas una locura! —aulló Carlos, gritándole por primera vez.

—No lo comprendes, estaba muy cansada y... creí que si ese iba a ser un final inevitable no tenía por qué postergarlo. No podía más. No encontraba descanso en nada. —Noemí echó la cabeza atrás, las lágrimas seguían ahí, no tenían fin. Quería consuelo, pero los que podían dárselo se habían transformado en enemigos, incluso Melanie por no haber intervenido para darle la razón.

Si alguien recordaba aquel momento oscuro, en el que nada tenía valor, era Noemí. Sabía lo que era desear cortar su piel, aunque solo fuera para sentir algo. La idea era aterradoramente reconfortante, pero logró resistirla. No obstante, las pastillas eran engañosas, podía tomárselas preguntándose qué hacía realmente, escondiéndose de las posibles consecuencias de ingerir tal cantidad. Dormir, cierto, solo quería dormir, sin embargo, despertarse no era algo que le preocupase.

Noemí, siempre risueña, siempre lista para presentar batalla, estaba cansada de mostrarse fuerte, de mantener la espalda erguida y la sonrisa en el rostro. Se aferraba con uñas y dientes a lo que los demás veían, a la devoradora de hombres, a la chica despreocupada que se emborrachaba y reía como loca cuando salía, se aferraba a dicha visión pues la que realmente se escondía en su interior estaba tan cansada que, si dejaba de fingir, no quedaría nada.

—Noe...— Melanie la cogió de la mano, tiró de ella. Lo más preocupante era que no hubo nada, ni estallido ni críticas. La siguió mansamente y se dejó sentar. Miró al frente y, aunque estaba con ellos en cuerpo, su mente se había alejado a un lugar en el que las preocupaciones no

existían.

¿Cómo volver a su piso, al lugar en el que Sarah pediría explicaciones? ¿Qué explicaciones podía darle? No le quedaba ninguna.

—Noe, Noe míranos. No pasa nada. Lo siento, ¿vale? Si quieres hablo yo con ella o te puedes quedar aquí —soltaba Carlos todo aquello que cruzaba su mente, pensamientos que trataban de ser una solución sin acercarse siquiera.

—Me voy —susurró Noemí levantándose.

—No puedes irte así. Quédate al menos un rato. Noe, por favor. No te encuentras en condiciones para salir, al menos deja que te acompañemos —pidió Melanie sin soltarla, sus dedos se habían convertido en esposas que rodeaban las muñecas de Noemí. Ella los miraba sin comprender qué hacían ahí, por qué todo se le iba de las manos.

—Suéltame... —dijo casi sin vida, sin alegría, sin emoción.

—Noe... —gimió Melanie.

—¡Suéltame! —bramó colérica. Durante un minuto sintió que podría golpearlos a ambos sin control, que podría destrozarlos para, acto seguido, mirarlos y negar con la cabeza. ¿Cómo había sido capaz de pensar tal cosa? —Déjame ir. —Las lágrimas ahí, siempre ahí. ¿Acaso no se agotaban? Melanie también lloraba, sentía que le había hecho daño a su amiga, a su hermana, y no había forma de volver el tiempo atrás.

La dejaron por miedo a empeorarlo todo. Carlos y Melanie se miraron sabiendo que lo habían jodido bien, que tendrían que darle tiempo, un tiempo que los golpeaba con cada segundo transcurrido, pues no había otra cosa que desearan más que estar con ella, que quererla como se merecía. En el fondo, lo que ambos temían y no se atrevían a decir en voz alta era perderla y no haber aprovechado cada minuto a su vera.

El luto era algo extraño, algo que había comenzado desde el mismo instante en el que Noemí enfermó por primera vez. Ambos amigos la trataban como si fuera a romperse pues, aquel día, comprendieron que Noemí era un tesoro que no deseaban perder. La amaban a su manera, uno con un amor carnal y terrenal, otra uno mucho más dulce y lento. Ambos la sentían bajo la piel, en el corazón.

Noemí los dejó atrás tan pronto la puerta se cerró a su espalda. Daba pasos cortos, sus cuñas se arrastraban por el suelo, con las manos palpaba la pared sin terminar de decidirse a dejar todo su peso en ella.

La puerta se abrió y aquel que había esperado encontrarse se presentaba cuando menos lo deseaba. Nadie debía verla en ese estado, elevó los ojos y quiso sonreír, tampoco ningún milagro podría evitar que viera las señales del llanto.

Edgar no llegó a cerrar, se hizo a un lado invitándola a entrar. Podía ser un asesino o un violador, tampoco importaba. Lo siguió pues no sabía en qué otro lugar podría estar mejor, no encontraba en su mente un sitio en el que le gustase estar.

Cuando lo rebasó él cerró. Cuando dio un paso más las manos de Edgar estaban en sus hombros, besó su cuello y apoyó la frente en su nuca. Ella miraba al frente, sin intención de moverse, de negarse. No sentía nada, aunque esos gestos habían retorcido su interior y el llanto se intensificó hasta que se hizo sonoro, pues sus labios emitían grititos de un dolor que, aunque invisible, la estaba destruyendo.

—¿Te ha dejado? —preguntó Edgar con suavidad, como si temiera que Noemí pudiera salir corriendo. Sus manos descendieron hasta la cintura de la joven para guiarla hasta el sofá. La dejó ahí, ella no llegó a tomar asiento pues él no se lo había pedido. Se quedó allí de pie, sin saber qué hacer mientras Edgar corría a la cocina a prepararle un café —Todavía no me has contestado, ¿te

ha dejado?

—Ojalá... —Y entonces se dejó caer sobre la alfombra, de rodillas. Bajó el rostro y, tras esconder la pena tras una cortina de seda, se mordió el labio—. Me ha traicionado —añadió.

—No importa —La taza humeante entre sus dedos, la dejó sobre una mesita para tomarla entre sus brazos y sentarla sobre su regazo. Fue apartando los mechones húmedos de sus mejillas contándolos, disfrutando de un gesto tan sencillo. La miró emocionado, temiendo decir algo imprudente, caminaba sobre aguas movedizas que podían engullirlo—. Aunque ahora creas que es el fin del mundo llegará un momento en el que lo recuerdes y no sientas nada.

—Me ha traicionado. —Y lo que uno pensaba que eran cuernos la otra sentía que era el final de una era. La soledad venía de la mano de un acto que Carlos creía que era el correcto, ¿cómo podía estar tan seguro? —Creí poder confiar en él...

—No es tu culpa si no ha sabido valorar lo que tenía.

—Nunca me tuvo porque no soy de nadie. Soy lo que ves y dentro de poco ni siquiera eso. — Se levantó de pronto, dejando un golpe en el mentón de Edgar que hizo que la soltase.

Se plantó ante un desconocido y comenzó a quitarse el vestido, él no lograba comprender lo que se le pasaba por la cabeza, no creía que estuviera bien y no era el momento de aprovecharse, él no era esa clase de tíos. Debía detenerla, joder... ¡qué putada no poder cerrar los ojos y disfrutar de una belleza como ella!

—No es necesario. Ahora crees que te hará sentir mejor, pero no es cierto. —Estiró las manos, quiso agarrarla para conseguir que dejase la cremallera en su sitio, llegó tarde.

El vestido cayó a los pies de Noemí, que lo lanzó lejos. Su lencería era hermosa, sensual, creada para envolver sus pechos, para convertir su piel en leche líquida e invitaba a quitársela con los dientes. Edgar tuvo que repetir la tabla del nueve para tratar de contener la excitación que sintió palpitando en su entrepierna.

—Hermosa por un tiempo. Mis pechos, ¿los ves? ¿Te gustan?

—Sí, pero de verdad. No es necesario, podemos hablar, ver una peli o sencillamente quedarnos en silencio y tomar un café. No tienes por qué quitarte la ropa, el sexo por despecho no es sano.

—Suaves, redondos, quizás no muy grandes... —seguía Noemí. Sus dedos trazaron la curva, iba a desabrocharse el sujetador cuando Edgar saltó, de nuevo, del asiento listo para detenerla.

Edgar estaba nervioso, muy, muy nervioso. Se sentía como un adolescente pues, ¿quién tenía la fortaleza para negarse a darle placer a una diosa de ojos castaños que lo tentaba en su lento y seductor striptease? Quizás no fuera la intención de Noemí, pero ver sus dedos moviéndose sobre su cuerpo mientras se deshacía de las pocas prendas que la cubrían lo estaba poniendo taquicárdico.

—Muy hermosos sin duda alguna, no es necesario que me muestres los pezones que los acompaña para que te crea —dijo Edgar mientras retenía las manos de ella entre las suyas. Noemí lo miró sorprendida de encontrarlo tan cerca, por un momento había olvidado, en parte, su presencia.

—Y suaves. ¿Los notas? —preguntó en trace mientras llevaba los dedos masculinos al valle que formaban sus pechos. Él tragó saliva, se sentía inquieto, tenía que ser un caballero y no ceder a sus instintos. Ella merecía que razonase por ambos, a todas luces no se encontraba bien —¿Soy bonita? —La súplica que escondían los ojos castaños de Noemí cuando lo miró lo atravesó. Se quedó sin respiración, asintió cual niño—. Ya no me siento así, nunca volveré a hacerlo.

—No es cierto. Si el gilipollas ese te engañó es porque está ciego. Te aseguro que eres preciosa, una de las mujeres más bonitas con las que he tenido el placer de cruzarme. —Se acercó

al rostro de Noemí, dejó que sus labios rojos por el llanto, tan carnosos y succulentos, le hablasen. “Solo un besito, un beso no le hará daño”, ¿quién era él para contradecirlos? —Si no fueras impresionante no sería tan jodidamente complicado mantenerme los pantalones puestos. Puedo asegurarte que ahora mismo me los arrancaba hasta con los dientes de ser necesario.

Y la besó. No metió lengua, que se conocía... sin lengua era mucho más seguro para ambos.

Cuando puso distancia, volviendo al sofá, la miró sintiendo su respiración agitada. Ella lo seguía con los ojos sin decir nada, su silencio cayó sobre él como una losa que lo dejó más inquieto todavía.

—Ya no soy capaz de sentir nada, ya no tengo nada más.

—No digas eso. —No es que al caballero se le diera precisamente bien consolar, al menos no iba a dejarla sola—. Sentémonos y tomemos un café caliente, siempre me ayuda a ver las cosas de otra manera. —Ella no se movió.

—Los he mirado y acariciado, los he memorizado para recordar siempre como son —siguió Noemí. Y cuando ya parecía haberla convencido, ¡se sacó el sujetador! Edgar no sabía si había perdido la cabeza, pero era la loca más hermosa que había visto nunca.

—Cordura, ¿para qué te quiero? —se preguntó para sí mismo. Volvió a su lado y la llevó hasta el sofá. Recogió una mantita y la envolvió para que no cogiera frío. Aunque sintió cada roce con su piel desnuda como un latigazo, era tonto, tonto, tonto —No me necesitas, no necesitas a nadie para ver que lo que hizo tu ex es una cabronada, pero no tiene que ver contigo. Eres única, todos lo somos, solo importa lo que tú opines. Debes amarte y acabarás encontrando a alguien que lo haga con la misma intensidad.

—Al final eres un romántico —comentó Noemí, regresando en parte a la realidad y sonriendo despacio. Sorprendida por haberse desnudado ante él sin invitación, por su negativa a aprovechar la oportunidad, aunque no había llegado a ofrecérsela—. Me has recordado a alguien.

—Espero que sea un buen recuerdo, aunque ahora no me meta entre tus piernas quiero la revancha. Después de verte desnuda deseo degustarte.

—Cierto, tienes una lengua ávida por catar las distintas pieles del mundo. Dicen que todas las mujeres tenemos un sabor único, un olor capaz de atraer a los hombres y condenarlos antes de verlos siquiera. Sois nuestros y todavía no lo sabéis. —Se apoyó sobre el respaldo del sofá y levantó las piernas, guardándolas bajo la manta. No trataba de seducirlo, hablaba como quien cuenta la lección memorizada de pe a pa, pero que no comprende realmente su significado.

Aún recordaba Noemí cuando creía que el mundo había sido injusto con su madre, cuando sentía que la enfermedad era un enemigo invisible que se reía de ella desde las esquinas. Ahora era doblemente cruel, pues su cáncer era una herencia, un regalo no deseado que las uniría en un destino que no podría evitar. ¿Qué sucedería si lo superaba esta vez? Regresaría, lo haría una y otra vez hasta que no le quedasen más que los huesos, hasta que la hubieran troceado tanto que solo sus ojos siguieran intactos.

Miró a Edgar y lo vio atractivo, sumamente atractivo. No como a ella solían gustarle, pues era algo más delgado y su pelo largo le rozaba los hombros. Ese aspecto descuidado, sin embargo, lo dotaba de un algo, no era una belleza de hombre, pero sí capaz de hacer que su piel lo quisiera cerca. No llegaba a comprenderlo, desde luego no se aproximaba nada al que creía que era su prototipo.

—¿Tienes curiosidad? No puedo follarte pues eso estaría mal, pero sí que puedo darte una muestra como en los supermercados para que vengas a comprar el cerdo entero.

—¿El cerdo entero? —sonrió y él prosiguió.

—En mi caso se aprovecha mucho más que unos gramos. —Le guiñó uno ojo y sonrió antes de

acercarse a su boca. Ella lo miró sin moverse, intrigada más bien. Extrañamente tranquila, teniendo en cuenta su desnudez y que lo deseaba—. La lengua, la polla y las manos. Si me fuerzas creo que el culo también es aprovechable, muchas mujeres dicen que lo tengo bonito.

—¿Eso dicen?

—Cuando las dejas hablar... suelen tener la boca ocupada. Antes de que pienses mal debería comentarte las reglas de mi piso, hoy será la excepción, pero para la próxima has de ser más considerada y cumplirlas.

Mientras Noemí apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá y lo miraba, él prosiguió imparable. Recogió una de sus manos y se la llevó a los labios, dejó un beso en la punta de cada uno de los dedos contando de esa manera las reglas que iba desperdigando por la sala. Una serie de normas que, la mayoría de ellas, se le ocurrieron en ese preciso momento.

No podía, ni quería, dejar de mirarla. Era feliz con tenerla ahí, deseando besarla y sin hacerlo, deseando provocar sus gemidos y disfrutando de sus ojos brillantes, que habían detenido el caudal de agua que, hasta entonces, descendía por sus mejillas. Le habría cruzado la cara al que la había llevado a aquel estado si no fuera porque era el mismo que había propiciado un encuentro que no tenía pensado desaprovechar.

—La primera y más evidente es que la ropa se deja en la entrada y he de quitártela yo. No me gusta que las mujeres hagan mi trabajo, soy bastante concienzudo en eso.

—¿Es una crítica?

—Podría serlo. —Y la besó en los labios de golpe. Ella se dejó querer sintiendo que no había una necesidad explícita de excitarse, de follárselo, que estaba ahí y sus caricias, sus atenciones, lo estaban consiguiendo por sí solas. Introdujo despacio la lengua y, justo cuando ella se unía al juego, se retiró pasándose la mano por el pelo—. No hagas eso, jodida. Si cooperas acabarás por provocar que se me gangrene.

—Pensé que te gustaría...

—La segunda regla es venir con el estómago vacío.

—¿Te gusta que las mujeres pasen hambre?

—No, me encanta darles de comer. Quiero que coman mucho, mucho. Yo también lo haría sobre sus pechos, su cintura, su sexo. Recorrería cada pliegue recogiendo los trocitos de comida, dejaría que los sabores se mezclasen despacio hasta que no pudiera diferenciarlos. ¿Alguna vez lo has probado? —inquirió él, usando la mano izquierda para recolocarse a su amiguita, que se estrangulaba contra el bóxer.

—Sin comida. —Ella sonrió—. No es gran cosa.

—¡Cómo puedes decir eso!

—Pero soy realmente buena. Los pobres acaban con las piernas temblando, me miran y sé que me darían todo lo que tienen si se lo pidiera.

—¿Tan buena eres entonces con la boca? —Estaba mucho más que interesado. Si su intención era despistarla, por el camino perdería la salud. Le quemaban los dedos por tumbarla sobre el sofá y trazar su cuerpo con la punta de la lengua, quería internarse en su interior mientras no dejaba que su boca se sintiera olvidada. La deseaba como hacía mucho que no deseaba a nadie.

—¿Y tú con la lengua?

—Podría demostrártelo si no sintiera que, al hacerlo, me aprovecho de ti.

—¿Lo haces? ¿Y si no te diera nada a cambio? Podría relajarme con un buen orgasmo, hace tiempo que no encuentro a nadie a la altura. También es verdad que creo que es el momento de probar con las mujeres, quizás ellas, al conocer mejor la anatomía femenina, puedan encontrar los trocitos de carne adecuados porque teniendo en cuenta que no cambian de lugar, pocos saben

dónde están. Creo que para muchos el clítoris es un mito, para otros un amigo que, en lugar de tratar con dulzura, espolean hasta convertirlo en alguien que desea esconderse. —Estiró el pie y lo posó sobre el regazo de Edgar. El pie iba seguido de una pierna blanca y larga, tonificada, perfecta. El pie, con su manicura perfecta, apretó suavemente aquella protuberancia extraña, arrebatándole el aire a su nuevo amigo.

Edgar se echó hacia atrás, el sofá lo contuvo. La miró y se planteó pedirle que se fuera, era lo único que se le ocurría para no acabar en llamas.

“Recuerda que está jodida, recuerda que te odiará si ahora la tomas. Tú mejor que nadie sabe que lo que ahora cree que necesita y lo que realmente debes darle son dos cosas muy diferentes”, se repitió. La voz de la razón estaba ahí, otro asunto era que quisiera escucharla.

—¿Y la tercera regla? —Edgar tuvo que poner todas sus neuronas a trabajar para poder crear palabras que significasen algo. Las sílabas se conectaron despacio, lo único en lo que lograba concentrarse era en el pie que se movía suavemente.

—La...la tercera es sencilla. No existe el mañana, no hay más mundo que el que contienen estas cuatro paredes. Creo que había más, te las iré contando según las rompas. Me gustan las mujeres traviesas.

—Entonces soy tu tipo. —Y tras empujarlo con fuerza volvió a esconder su piecico bajo la manta, para disgusto del hombre que la acompañaba—. Me siento extraña, no tengo ganas de hablar de lo que ha sucedido, no obstante, tampoco quiero guardar silencio. Mis labios buscan moverse sin control, ¿lo comprendes?

—No tengo que hacerlo. ¡Ya sé! Cuarta regla, lo que sucede aquí se queda aquí. Como en las Vegas, con la única diferencia de que si nos emborrachamos no tenemos a un cura de pacotilla que pueda unir nuestras vidas. —Edgar se aproximó y besó su hombro, no podía evitarlo durante mucho tiempo, tocarla era una delicia, aunque fuera con inocencia.

—¿Me llevarías el desayuno a la cama? —preguntó ella imaginándose, distanciándose de su vida y creyéndose otra persona diferente.

—Y te despertaría besándote el cuello. No me detendría hasta que separases tu cuerpo del colchón, arqueándolo por puro placer. —Le prometía una imagen tan hermosa, la posibilidad estaba ahí, ellos estaban uno frente al otro. En otras circunstancias ya habría saltado sobre él, pero en otras circunstancias no sentiría el hormigueo en su abdomen o la boca seca, necesitada de sentirlo.

—No sería una más, sería la única. Me consentirías y verías solo a mí, me amarías sin importarte que cometiera errores, nunca me juzgarías. —Aunque era una petición al cosmos, al destino. Quería que llegase ese momento, cambiar no era tan mala idea después de todo.

—¿Has venido a echarme el lazo? —Ella sonrió y apoyó la mejilla en el brazo que estiró en su dirección.

—Nunca he querido algo parecido, no creo que sea capaz de convivir tanto tiempo con alguien, ni siquiera conmigo misma. ¿Alguna vez has tenido la sensación de no reconocerte? Te miras y no reconoces la mirada que te devuelve el espejo, no sabes lo que siente esa mujer. ¿Cómo podría hacer que alguien me amase cuando no sé ser yo?

—Piensas demasiado, ¿no crees?

—Me han acusado de muchas cosas menos de eso. Pensar nunca ha sido uno de mis defectos, me defino más por actuar. Me lanzo de cabeza, me sumerjo con rapidez en cuanto me rodea y nunca lo consigo, es como tratar de hundirse en el mar, pero que éste siempre te devuelva a la superficie.

Edgar besó su brazo.

—¿Lo has sentido? —Noemí asintió —¿Y esto? —Y pasó sus dedos por encima de su piel, provocando que se le erizara—. Eres tú, estás ahí agazapada, escondida del resto del mundo. Dolida, triste, ahora te lo cuestionas todo, pero sigues siendo tú.

—¿Y si ya no quiero serlo?

—¿Y en quién querrías convertirte? —preguntó Edgar mirando la manta, deseando lanzarla lejos y comérsela despacio, muy despacio. Consolarla era algo que necesitaba, hacerla sonreír y olvidar algo necesario. Era hermosa, se mantenía distante y frágil, tenía la impresión de que podía romperse en cualquier instante.

—¿Me besarías si fuera otra? Si hubiera llegado aquí tras una cita, si llevase un vestido despampanante y hubiésemos entrado entre besos húmedos, ¿me besarías?

—Lo haría, aunque llevases un chándal andrajoso y tuvieses el pelo sucio. —Edgar moduló la voz para parecer escandalizado ante tal posibilidad.

—¿De verdad? —sonrió ella.

—Lo haría, aunque te faltasen un par de dientes y estuvieras calva.

—¿También? Creo que tienes el listón muy bajo... —gimió despacio, sintiendo que había otra posibilidad horrenda que acudía a su cabeza. ¿Y si se hubiera convertido en la mitad de una mujer? ¿Y si al besar o tocar sus pechos solo consiguiera llenar una mano? ¿Y si se encontrase con la sorpresa de que nada había en su pecho derecho más allá de una horrenda cicatriz que lo cruzaría? ¿Qué haría entonces? ¿Seguiría queriendo besarla? Noemí apretó los labios, no era capaz de hacer una pregunta tan concreta, tampoco creía que dijese la verdad, probablemente se lo tomaría a broma.

—Lo haría, aunque llegases llorando, apenada por un estúpido y decidieras desnudarte. Lo haría, aunque tus ojos me gritasen que me necesitas, pero tuviera que contenerme para que mañana no me odiases. Lo haría en mi mente pues sabría que quiero volver a verte. Me gustaría que fuera posible.

—Yo...

—Lo siento, he sido demasiado intenso.

—No, no es eso. —Noemí se apartó el pelo, jugó con él para ganar algo de tiempo. Quería explicarse, pero se había sentido conmovida, jamás ningún hombre había pensado en el mañana con ella. Era como si siempre quisieran repetir, pero no la vieran realmente. Excepto con Carlos ningún otro humano con pene se había tomado tantas molestias y él le gustaba. Descubrirlo la sorprendió, se preguntó por qué no podía quedarse allí siempre, volver y unir su vida a un desconocido. ¿Por qué debía seguir los pasos tradicionales? Nunca había deseado tanto algo como quedarse a su lado, escuchar su voz, dejarle que la distrajesse del “dentro de tres días”—. Quizás el mañana no existe, no valgo tanto. Te agradezco tu consideración, aunque quizás es mejor así. No volveremos a vernos y quedará esta mañana en nuestros recuerdos como perfecta. Podremos asirnos a esta conversación cuando el resto del mundo nos falle.

O cuando ella ya no estuviera sobre el mundo más que como un cuerpo sin vida, pensó Noemí. Un pensamiento funesto que se colaba cada vez que podía, la muerte. ¿Estaba en paz consigo misma? La posibilidad de irse la aterraba, pero si una vez la había buscado, ¿por qué entonces temblaba al pensar en ello? Quizás porque la otra vez no había querido realmente morir, ¿tenía eso algún sentido cuando se había tomado toda la caja de pastillas?

—No puedes decirme algo parecido sin que tenga ganas de raptarte y obligarte a que te retractes.

—¿Por qué no lo haces?

—No piensas con coherencia, sufres y el dolor nos lleva a hacer estupideces. —Y él sabía

mejor que nadie lo cierto que era eso. No en vano había acabado pegado a la botella durante meses cuando su padre falleció. No era algo extraño, era un hombre mayor que amaba demasiado fumar y beber. Podría haber vivido mucho más, no obstante, había escogido vivir a todo trapo. Edgar lo había odiado y se había dejado engullir por esa nociva emoción, que aderezó con mujeres que ya apenas lograba recordar. El dolor no era un buen consejero, cada uno se enfrenta a él de distinta forma, pero todos buscan consuelo—. Ahora harías cualquier cosa por no estar sola...

—No me sentiré ofendida porque hablas con la verdad. Necesito que me consumas, que me des buenos recuerdos. Temo que en breve solo me quede eso.

Apartó la manta para que la mirase, él cerró los ojos, ella se acercó y acarició su rostro. No era de rasgos cuadrados, pero le gustaba mucho. Tenía un algo especial que le faltaba al resto, una manera de hablar, de mirarla, de contenerse y demostrarle al mismo tiempo que la deseaba con tanta intensidad que dolía. ¿Era el deseo lo único que aspiraba a provocar en un hombre?

—No lo hagas...

—Mírame, por favor.

—No me pidas eso. Si lo hago me odiaré, no podré detenerme. No me queda tanta fuerza de voluntad, de verdad que duele un huevo. Llevo tanto tiempo empalmado que creo que tendré que ir a urgencias para no perderla. —Quiso quitarle hierro al asunto, pero cuando sintió los labios carnosos de ella besando la comisura de su boca...

Se mostraba tímida, insegura porque él todavía no se hubiera lanzado. Edgar experimentó un terremoto bajo sus pies, la sintió mover todo su mundo y quiso darle la confianza que ella necesitaba. En su mente prodigiosa no se le ocurrió otra forma que, tras abrir los ojos, agarrar su mano y llevársela al paquete para que comprobara en primera persona que no mentía. Podría taladrar cemento sin problema.

—Te daré lo prometido. Usaré solo la lengua, nada más. Siempre puedo ser el entrenador de la tuya. Quiero que sea diferente, podrás mandarme a la mierda en cualquier momento. Desde ahora para ti soy “postura69”.

—¡Cómo te complicas! Con lo sencillo que sería preguntarme directamente si me apetece...

—No soy un tío sencillo. Es el momento perfecto para ser unos ciudadanos perfectos y cumplir la ley, ¡la ley de mi piso! —Y casi la lanza al suelo cuando se levantó y comenzó a quitarse la ropa. Daba saltitos para hacer volar el pantalón lejos mientras por la cabeza sacaba la camiseta.

En algún punto Edgar se quedó literalmente atascado, la camiseta le mantenía los brazos alzados y el hecho de que no lograra que sus pies dejaran ir al pantalón, acabó provocando que el pantalón se convirtiera en la cuerda que habría de hacerlo caer.

Noemí se rio despacio, fue ganando intensidad progresivamente cuando él comenzó a exagerarlo y girar sobre la alfombra, ganando una batalla imaginaria, pero a una velocidad de tortura. Las carcajadas hicieron el piso más amplio y luminoso. Finalmente, ella se limpió los ojos y suspiró tranquilizándose.

—¡Listo! —soltó Edgar al fin. Se levantó hinchando el pecho y con los brazos en las caderas. Su miembro erecto era el báculo que la señalaba sin ningún pudor. Edgar se sentía más que cómodo en la piel que mostraba —Ahora es el momento de encargarse de las braguitas. —Y corrió hacia ella como si fuera a atrapar a una niña traviesa.

Aunque fuera extraño, el impulso de Noemí fue escapar, escapar deseando que la pillase. Quería correr sin hacerlo, reía mientras las manos de él se topaban con sus costillas y le hacían cosquillas.

Por primera vez Noemí no tenía un plan trazado de antemano cuando pensó en estar con él, se

dejaba llevar. Él la atrapó, ella se sintió con la confianza suficiente para permitir que la alzase y envolvió su cintura con las piernas.

—Contigo es sencillo —confesó ella. Él la miró y besó su mentón, mordisqueándolo después.

—Ahora eres mía, me gusta... —Y atrapó el lóbulo de su oreja, tiró de él mientras la dejaba sentada sobre la isla de la cocina. Ella quiso alejarse al sentir el frío contrastando con la calidez de su piel. Tiritó suavemente, él no se lo permitió—. Vamos a ver... —Abrió la nevera y escogió un bote de nata. Ella lo miró temblando ante la idea de que dicha substancia la tocara, solo podía pensar en lo pegajosa y sucia que se sentiría después. No le gustaba jugar con comida, no terminaba de verlo tan romántico como lo pintaban en las películas.

—Eso no me va.

—No es a ti a quien tiene que gustarte —soltó él sin darle importancia a su oposición. Sabía que tan pronto lo sintiera, cuando comenzase a degustarla y usase su lengua para dibujar todo un universo en su clítoris no habría impedimento alguno. Ella misma se ofrecería para comprar otro bote más, se volvería adictiva a su sabor cuando la besase al terminar.

—Yo no...

—¿Tienes miedo? —Y el orgullo la hizo callar.

Edgar se acercó, tiró de sus rodillas para exponerla. Hizo que se mostrase ante él, la ayudó a levantar el culito para retirar la única tela que le quedaba encima. Hizo girar la braguita en el índice ante ella como si fuera una cuerda y él un vaquero, un vaquero que estaba listo para echarle el lazo.

—¿Qué pretendes hacer?

—Tengo hambre. —Volvió a abrirle las piernas y se convirtió en su ginecólogo particular. La inspeccionó primero con los ojos, poniéndola muy nerviosa pues no sentía nada más que su aliento. Cálido, débil—. Vamos a jugar a leernos la mente. Dicen que hay mucho más que lo que vemos, que lo que sentimos. Somos dos motas de polvo en el infinito conectadas por millones de hilos de plata invisibles, energía que nos mantenía unidos desde mucho antes de que nos hubiéramos visto por primera vez. ¿Crees que es posible? —le preguntó para distraerla. Quería que dejase de pensar o lo hiciera en algo que no fuera lo que había provocado sus lágrimas.

—Si acertase sería como lanzar a un dardo e ir hacia la respuesta más probable. Mero azar.

—¿Eso crees? ¿Y si subimos las apuestas? —preguntó soplando suavemente —¿Y si tu placer dependiera de que acertases las preguntas que te hiciera? Lo divertido es que si tienes razón las respuestas huirán de ti y yo me veré en la obligación de cumplir mi palabra y negarte tus orgasmos.

—Jajaja. Vas de farol. —La cabeza se le cayó sin fuerza cuando él estiró la lengua y, con la punta, solo con la punta, golpeó su clítoris un par de veces.

—¿Cuál crees que es mi color favorito? —Recogió el bote de nata—. Las posibles respuestas son tres. —Echó con fuerza una cantidad bastante generosa en sus labios más húmedos, aquellos que no esperaban dicho ataque y la hicieron gritar sorprendida. Quiso apartarse, acercó las manos para limpiarse, sin embargo, Edgar lo evitó con rapidez. La retuvo, así como la quería, disfrutando de su forma de retorcerse, los pezones de Noemí le pedían que los atendiera—. ¿Rojo? —Pasó un dedo recogiendo un poco y se lo llevó a la boca—. ¿Verde? O... ¿Azul?

—¿Qué importancia puede tener...?

—¡Mal! —Y con el mismo índice la penetró sin aviso, lo introdujo en ella en un certero movimiento que la acalló al momento—. ¿Quieres volver a intentarlo?

—¿Y si me equivoco?

—Tendré que castigarte. Tranquila, cada uno de tus infructuosos intentos tendrá un incentivo

adecuado para que no ceses en tu empeño por desentrañar los recovecos de mi mente. Debes adentrarte en el laberinto que forman mis pensamientos para conseguir adelantarte a mi siguiente movimiento. —Y bajó la boca. La convirtió en su pastel favorito. Se tomó unos minutos y el silencio se esparció entre ambos, aderezado por suspiros largos que la llevaron a estirarse, a dejar que sus manos reposasen sobre sus ojos concediéndole la oscuridad que le permitía concentrarse en la lengua de Edgar, sus dedos, su sonrisa contra sus labios internos cuando ella no logró retener el suspiro.

Él sabía lo que hacía, primero puso su nombre. Su lengua trazó una E, una D y continuó hasta que la marcó como suya. Aun sabiendo que nadie más podría verlo siempre sería suya en parte, en un punto del tiempo se encontrarían eternamente en su cocina, disfrutando uno del otro sin que el mañana existiera.

Después deletreó el nombre de ella.

—¿Rojo?

—¿Es el que más te gusta a ti? Casi me da pena que hayas acertado.

—No es difícil saber lo que piensas ahora mismo. Quizás no podría acertar otra tarde cualquiera, aquí soy yo tu único pensamiento. Desnuda, anhelante, tratas de encontrar algo que no provoque que te corras mientras buscas que yo lo haga primero. Necesitas saber que me has dado placer para permitirte perderte en el tuyo —aseguró ella, aferrándose al borde de la encimera para sentirse cerca de algo.

Y él se centró en enseñarle que, si lo que buscaba era su orgasmo, no tenía por qué postergarlo demasiado.

Movimientos lánguidos, perezosos. Edgar abrió el cielo y ella se fue despegando de su cuerpo despacio. Sintió el placer y después tristeza. Cuando la ola la arrolló no quedó nada, nada más que una pena inmensa que volvía sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Edgar.

—Cansada —replicó Noemí mirando su miembro erecto, sabiendo lo que él esperaba. Sin embargo, ya no se sentía tan dispuesta a continuar con dicho acto. Era egoísta, no le importaba. Estaba demasiado tranquila. Ya no había diques que contuvieran el miedo al saber que los días terminaban con rapidez y la enfermedad seguía creciendo en su pecho, extendiéndose. Solo había una cosa que pudiera hacer, pelear... —, es mejor que me vaya.

—¿Ahora?

—Dijiste que podría irme cuando quisiera —le recordó ella.

Y él, como buen hombre de palabra le tendió la ropa, la ayudó a prepararse para abandonarlo.

La vio marcharse sin saber si lo buscaría de nuevo, si acudiría a él. Cuando iba a pedir su teléfono algo lo detuvo, bueno, algo no, fueron sus ojos carentes de emoción o vida. La dejó marchar como quien ve que su alma se aleja, buscando algo que probablemente jamás hallará.

Capítulo 8

Cuando llegó al piso, lista para imponer su voluntad, encontró a Sarah risueña, mirando la tele con su prometido colgando de su brazo. El portátil en el mismo lugar que el día anterior, suspiró más tranquila, aunque solo sería cuestión de tiempo. Si hubiera tenido algún conocimiento de informática habría tratado de hackearlo, no era tan estúpida para perder su valioso tiempo en eso.

Recordó la primera vez que su madre se sintió mal, como escondía las náuseas o se maquillaba para que nadie viera que su piel ya no solo se había vuelto blanca, sino que había adquirido un color amarillento preocupante. El hígado fallaba, también, aunque al inicio nadie lo sabía. De lo único que Noemí estaba completamente convencida era de que el dolor lo llevó por dentro, guardado bajo capas de sonrisas y miradas felices que estaban más destinadas a tranquilizar a sus hijas que a mentirse a sí misma diciéndose que lo superaría.

Su madre lo había sabido, de alguna forma estaba preparándose para el final desde el inicio, varios años antes de que expirase por última vez. ¿Qué debía hacer ella? ¿Escribir una carta por si no lo superaba? No era algo que le agradase sobremanera.

—Menos mal que llegas, ya me estaba preocupando. No me dijiste que saldrías hoy, siempre me avisas para que no me preocupe —le recordó Sarah como si ella no lo supiera.

—Pensé que estarías ocupada y no me interesa mucho descubrirlos en pleno éxtasis. Tranquila, no me he escapado aún. ¿Necesitabas algo más? —Sarah se levantó, se aproximó y se paró a pocos centímetros. La miró como cuando eran niñas, sentía que algo no iba bien y cargaba sus esperanzas de que confesase en un ataque ocular.

—Estás cansada, últimamente no duermes mucho. Deberías tratar de salir menos y centrarte en terminar la carrera. —Noemí miró a Martín, avergonzada de recibir una reprimenda en su presencia.

—Yo no te digo cómo has de vivir tu vida.

—Noe, nunca me has hablado así. ¿Qué te sucede? —Al ver que su gemela giraba el rostro decidió cambiar de tema. Sentía que la perdía, que cada vez estaban más distanciadas y no podía evitar pensar que se debía a que ella estaba con Martín. Lo amaba, lo amaba con todo su corazón, sin embargo, la idea de perder a su hermana por él no la dejaba ser feliz. Se preguntó a cuál de los dos sería capaz de renunciar si fuera necesario. Miró a su hermana y supo que ella jamás estaría completa sin su otra mitad. Oteó de reojo a Martín y comprendió que sin él se cerraba su posibilidad de ser feliz—. He invitado a un compañero de clase a cenar, me gustaría que nos acompañases.

—¿Es otra de tus encerronas?

—No, solo quiero disfrutar un poco y que nos acompañes. Es divertido y creo que te caerá bien —refutó Sarah.

—Una forma muy educada de decirlo.

De nada sirvió el portazo, ni su silencio cuando le avisó que llegaría en media hora. A las diez

arribó, en el barco fantasma que Sarah llamaba hogar, un nuevo invitado. Esta vez Noemí ni se tomó el tiempo de tratar de memorizar su nombre, no lo necesitaba.

Lo miró y supo que lo olvidaría pronto. Cogió la botella de vino y se sirvió una copa mientras lo veía sonreírle y tratar de entablar conversación. Se estaba esforzando, un punto por el chico.

—¿Y a qué te dedicas? —trató el invitado de nuevo.

—Ahora mismo a beber. En un rato trataré de ver una película insulsa mientras me cago en el coronavirus por no poder salir de fiesta. Estoy encerrada y solo me queda esto —soltó Noemí meciendo la botella.

—Sí, lo que está pasando es una mierda. Nunca creí que me sentiría como si estuviera preso en mi casa. A veces solo nadar un poco me tranquiliza. —Noemí bufó y dio un trago.

—¿Nadar? Tienes suerte. Yo, como no escale el cabecero de mi cama o bucee en la bañera, estoy jodida. —Meció el líquido que había en la copa sintiendo que debía rellenarla, aunque aún le quedaba la mitad. Quería emborracharse de tal manera que olvidase, lo miró sabiendo que para borrarlo a él no precisaría tal cosa.

—No quería decir que... —trató de excusarse él.

—No le hagas caso, está molesta y se comporta como una niña pequeña. Se le pasará. —Sarah pasó por su lado levantando la bandeja para evitar golpearle la cabeza, Noemí tentada estuvo a ponerle la zancadilla para verla caer rodeada de croquetas, empanadillas y patatas. Todo un succulento menú.

—Y ella, como la vieja aburrída que es, ya ha decidido los nombres de sus nietos. Puag. —Y tragó con fuerza el líquido carmesí que conseguía paliar sus males. En muy poco tiempo ya no podría beber, no tendría fuerzas para bailar, no tendría belleza para follar. Sonrió ante la ironía de que pronto Sarah tendría a la hermana que parecía desear. Otro trago más...

—¿Os apetece un karaoke? —preguntó Martín, colocándose en medio para que Sarah no le arrancase todos los pelos a su hermana. Noe le sacó la lengua sintiéndose victoriosa, pero aceptando uno de los micrófonos cuando se lo tendieron.

Elegió la canción sin pensar, no se concentró en la letra hasta que sintió las notas rasgando su propia garganta...

“con el vestido azul

Que un día conociste

Me marchó sin saber si me besaste antes de irte...”

Una canción de la oreja de Van Gogh que la traspasó, se sintió unida a la protagonista con la copa de vino en la mano, tentada por hacerla estallar entre sus dedos y sentir los cristales contra su piel.

“He rasgado mi vestido

Con una copa de vino...”

Podía ver, sentir la sangre y el dolor supurando de cada nota. Su voz se detuvo, la miraron, no le importó. Le lanzó el micrófono al invitado yendo hacia la mesa y llenándose la boca con una croqueta. Tomó aire, lo dejó marchar cuando el susodicho se aproximó, ciertamente algunos tíos no entendían un no por respuesta.

Pesado, pesado, pesado. Lo pensó, Noemí fue lo suficientemente educada y paciente para mirar el reloj y contener el exabrupto que casi sale expulsado por sus labios cuando se colocó tan cerca que podía oler su colonia. No le gustaba, pensó al compararla con la de Edgar.

No se dio cuenta, pero el recuerdo de su último amante le había sacado una sonrisa tranquila, una sonrisa que hizo que Sarah la mirase y frunciere el entrecejo.

—¿Te gusta pintar? He visto varios cuadros colgados.

—Son de Sarah. Yo soy la que no hacía nada bien, pero se colocaba delante cuando aparecían los matones. Dicho esto, ¿qué te ha prometido para que aceptes venir?

—Nada... solo me ha invitado a cenar. —Ni siquiera sabía mentir. Noemí aceptó sus palabras y se sentó, él colocó las manos en sus hombros y apretó como si fuera a darle un masaje.

No debió hacerlo. ¿Quién se creía que era para tomarse esas libertades?

Cuando Noemí dijo lo de los matones no mentía. Ella era la que peleaba, a la que no le importaba pegar un par de puñetazos si los creía bien merecidos. Su rasero de cuándo estaban merecidos había descendido mucho, lo miró de reojo, cual serpiente siseante, pero le faltaba el cascabel.

—¿Te gusta? —Sarah quiso aproximarse ante el tono de su hermana. Los miró y supo que estaba en un punto muy inestable —¿Le gusta lo que toca?

—¿Perdón? Yo solo pensé... —Quiso excusarse él, aunque sin soltarla ni alejarse. Sonreía de medio lado, seguro de que conseguiría convencerla. Podría invitarla a su casa de la playa o a navegar, a todas les gustaba navegar. Él tenía el poder de llevarlas a sitios que pocas veces podrían permitirse, enamoraba a golpe de talonario, pues creía que, en el fondo, todas lo negaban en alto mientras disfrutaban de ser agasajadas.

—¿Quieres hacerme una revisión más a fondo? —Dejó la copa, lo miró con una sonrisa. Él ya se sentía vencedor, ella contuvo el ansia de golpearlo para saborear cuando se dejase llevar.

—Noe... —Y la pesada de Sarah tratando de evitar que se divirtiera. ¿Acaso no la conocía? No permitiría que nadie la cambiase.

—¿Me toca? —inquirió Noemí.

No necesitó respuesta. Él se sentía pletórico, siempre había deseado a Sarah y ahora la tenía, no le importaba que la mujer fuera otra por dentro. Era preciosa. Estaba acostumbrado a conseguirlo todo, nunca había recibido un no por respuesta, la posibilidad sacaba de él un lado que muy pocos conocían.

Noemí agarró sus joyas reales, apretó y apretó. Ya era la segunda vez en pocos días que tenía la descendencia de un hombre en sus manos, empezaba a convertirse en una experta a la hora de enfriar sus intenciones. Uno de los pies del invitado se elevó mientras trataba de juntar las piernas.

—Suéltalos. Suéltalo —gritó el afectado con voz de soprano. ¿Creía que hablaba con un perro?

—¿Yo? ¿Te encuentras bien? —Noemí se hizo la tonta, Sarah tiraba de su hombro en un intento de hacerla entrar en razón. Un último apretón... —Ya no tengo hambre. —Lo dejó ir.

—¡Está loca! Sarah, tu hermana está pirada.

—Por favor, tranquilízate... —La voz de Sarah no surgió efecto.

—¡Me largo!

—Puedes irte a...

—¡Noemí! ¡No lo empeores más! —la avisó Sarah.

—¿O qué? Quizás así comprendas que no me interesan tus intentos de convertirme en una copia tuya. Quizás seamos iguales, pero no me parezco en nada a ti —escupió—. La próxima vez será peor, deja de tocarme los huevos con tíos que ni siquiera tú tocarías con un palo.

—¿Cómo te atreves?! —aulló el aludido, rojo como un tomate. Casi se podía ver el humo saliendo por sus orejas.

—¡Que os den!

Y la que se encerró fue Noemí, que se tapó vestida y se acurrucó. ¡Qué los jodieran a todos! Estaba cansada de ser siempre la oveja negra y que no la escuchasen nunca.

Capítulo 9

Y llegó el día.

Antes de que dieran las nueve Melanie ya entraba por la puerta, Carlos no tuvo los arrestos de acudir, aunque le mandó un largo mensaje de wasap que no se dignó en leer.

No se maquilló ni peinó, se puso una coleta y unos vaqueros rotos. Se ocultó con una gorra y suspiró al salir como los ladrones de su propio hogar. No quería ser vista, ni encontrarse con nadie. Fue consciente de que le aterraba el dolor que sentiría, las náuseas.

No se sentía valiente cuando dejó en la puerta a Melanie y siguió a la enfermera, tampoco cuando estiró el brazo para que allí le colocasen la vía. Cerró los ojos sabiendo que lo mismo que debía hacerla mejorar primero la destrozaría, habría de tratar de mantener los pedazos de quien era unidos, aferrarse a su necesidad de sobrevivir para no perder el ánimo.

— ¿Necesitas algo más? —le preguntó la enfermera rolliza, con sus hermosos y grandes ojos castaños fijos en ella. La miró sin comprender cómo estando rodeada de tanta tristeza, viendo como hombres y mujeres lloraban impotentes cuando ya no le quedaban fuerzas para continuar, podía mostrar una sonrisa tan bonita y radiante. Era un rayo de sol en una sala gris, solitaria. Ahora ni siquiera podría contar con la compañía de alguien, que le habría dado conversación. Ahora, gracias al coronavirus, la puerta se cerraría y la dejaría con sus pensamientos, consigo misma, y no era precisamente la mejor compañía.

—No, gracias —gimió Noemí mirando cualquier punto de la habitación menos su propio brazo.

Y sin querer, escapando de su realidad, de su aterrador presente, volvió a los momentos más hermosos de su vida. Volvió a los besos de Edgar, a lo cómoda que se sintió, como si fingir o aparentar no tuviera sentido a su vera. Él la miraba sin condenarla, supo que esconder sus miserias era una elección sin sentido.

Y de él volvió a su primer beso, a cuando todavía era una niña ingenua en la piel de una adolescente, cuando lejos de saber lo que debía hacer, de otearlo todo con ojos fríos y calculadores, se apretaba las manos inquietas, nerviosa por quedar mal ante el que provocaba mariposas en su vientre.

Sintió el frío corriendo por sus venas, le habían dejado una piruleta y la tomó nerviosa, la desenvolvió con dedos trémulos. Su teléfono vibró y lo miró sin ánimo.

Melanie “¿Cómo vas?”

Noemí “Jodida. Tengo muy mal sabor de boca. La sala es vieja y me han dejado sola.”

Melanie “Estoy aquí. Tengo una caja de bombones esperándote, ¿no es aliciente suficiente?”

No se dignó a contestar, estaba demasiado aturdida para comprender que Melanie la esperaba, que dicho silencio aumentaría su nerviosismo.

Entrecerró los párpados, se acurrucó sobre sí misma. Volvió a su madre, a los detalles que había pasado por alto y la sintió cerca.

Aquella mañana hacía frío, el invierno se había desatado con rapidez, sin darles tiempo a

prepararse. De lo que fue un suave otoño saltaron al aire gélido y la oscuridad constante. Era un paisaje triste el que observaba desde su ventana, con los árboles desnudos y el parque abandonado. Fue como ver el mundo desnudo, con todos los que lo poblaban escondidos en sus hogares, ante la chimenea.

Sin embargo, no todos tenían la misma suerte. En la casa de Noemí apenas quedaba dinero, la enfermedad de su madre, la única familia que tenían y la única con edad suficiente para traer dinero con el que mantenerse, provocó que tuvieran que recurrir a la caridad de los que habían tenido mejor fortuna.

Noemí se había puesto el abrigo con rapidez, revisando por undécima vez que su hermana estuviera dormida. Regresó a la vera del lecho de su madre para darle un beso antes de irse, para recoger sus palabras y dejarla lo más tranquila posible. Veía la tristeza bajo su mirada, la culpa por tener que hacer crecer con tanta rapidez a su hija.

— Ponte el gorro y la bufanda. —Su madre miró hacia la ventana, se tocó la frente y dejó caer el brazo cansada—. No hables con nadie, llévate el carro de tela rojo. Cariño... —Noemí acudió a ella, besó su mejilla y juntó sus frentes como tantas veces su madre había hecho con ella antes de dormir—. Yo... lo siento tanto...

— No pasa nada, mamá. Volveré enseguida. Estaré bien.

Noemí ya tenía catorce años, no era algo tan extraño que saliera sola. Aunque a su edad no estaba preparada para la vergüenza que sintió. Nadie la había preparado para las miradas que recibió cuando acudió ante una señora y pidió comida. Era el lugar adecuado para ello, llevaba todos los papeles necesarios aferrados a sus crispados dedos, pero las miradas... La pena que mostraban las que la ayudaron, las que dejaron incluso un par de chucherías y una caja de bombones en sus brazos, causaron mucho daño en una joven orgullosa que veía todo lo que les estaba ocurriendo como la mayor de las injusticias.

Jamás hicieron nada malo, su madre era una mujer buena y generosa, fuerte e independiente. Pero no tenían a nadie más, los que debieron apoyarla la dejaron sola y ahora era Noemí la que debía asumir que su madre ya no podía más. Tan sencillo como eso, debía bajar la cabeza y tragar aquella bola de vergüenza que se enredaba en su vientre.

Para entrar necesitó media hora, para marcharse segundos. Prácticamente corrió el primer kilómetro hasta que estuvo segura de que, si se encontraba con alguien, no sabría de dónde venía. Para los ojos de los demás simplemente había ido a comprar, pero la navidad se acercaba y no habría regalos bajo el árbol. Tampoco le importaba, solo había una cosa que desease con todas sus fuerzas, algo que no sucedería...

Melanie “¿Estás bien? ¿Por qué no contestas? ¿Me necesitas?”

Melanie la sacó del recuerdo de cuajo. Noemí tomó el teléfono y lo miró adormecida. Sus dedos estaban congelados.

Noemí “Voy a tratar de dormir algo. Tengo la impresión de que llevo años sin hacerlo.”

Y regresó al recuerdo, quería hacerlo. Su madre, la única capaz de comprender sus miedos, de ver bajo lo que escondía. ¿Estaría avergonzada de la mujer que era ahora?

Aquella tarde Sarah estaba feliz, pletórica. De alguna manera su madre había sacado fuerzas para hacerles un par de vestidos. Con sus manos, como ya no se hacía. A medida, de un hermoso color rosa. Sarah no dejaba de sonreír mientras danzaba por la casa, Noemí en cambio...

— ¿Qué te ocurre? ¿Acaso no te gusta? —Le había preguntado Sarah a su gemela con voz chillona. Noemí despegó los ojos con lentitud de la puerta del dormitorio de su madre para volverlos hacia ella. La estudió unos segundos y volvió a vigilar el dormitorio materno. Noemí

estaba atenta a cualquier sonido, presintiendo que en cualquier momento la necesitaría y no quería estar demasiado lejos para escucharla—. ¿Hola? ¿Me oyes?

— Es bonito... —susurró sin prestarle mayor atención.

— ¡Si ni te lo has probado! Eres una desagradecida, ¡con lo que le ha costado a mamá hacerlo!

— Pues deberían haber sido negros. —Una vez lo dijo se odió por ello. Habría borrado cada palabra de haber podido. Apretó las manos sobre sus rodillas, la televisión hablaba de felicidad, de familias inmensas y de magia. Un final feliz que a ellas se les escurría entre los dedos, no era necesario mucho para que Noemí fuera dichosa, no obstante, la realidad que le había tocado vivir era mucho más cruel.

— No digas eso —pidió Sarah con lágrimas listas para ser derramadas.

— Lo siento, tienes razón. —E hizo algo que no deseaba, pero era preciso. Se probó el vestido y dejó que Sarah la peinase y la pusiera guapa.

Se pusieron a bailar y acabaron ante madre, con sus sonrisas y actuación trataron de hacerla olvidar. Ante el lecho de su madre, con movimientos nerviosos y risas agudas que trataban de emular una felicidad demasiado exuberante.

Ese día Noemí cambió, sin ser consciente de que lo hacía.

Noemí pasó a ser todo sonrisas y locura, dejó que cada vez que el mundo le hacía daño las carcajadas y la búsqueda de cariño excesivo la guarecieran, se refugiaba como podía.

Todavía conservaba el vestido rosa que madre les había hecho, aunque a Sarah le dijo que lo había tirado. Estaba colgado en su armario para que todos los días pudiera verlo.

Dos horas y media parecen mucho tiempo, pasaron más rápido de lo que Noemí había pensado.

Capítulo 10

Iban caminando despacio, hablando de cualquier cosa y mirando los escaparates, cuando su teléfono comenzó a sonar. Era Sarah, Noemí tuvo un mal presentimiento, sin embargo, tras ignorar seis llamadas ya estuvo segura.

—Creo que debo volver para enfrentar mi destino —le dijo a Melanie tras darle un beso en su mejilla. Melanie buscó prologar la despedida, Noemí se escabulló de sus brazos y se alejó a paso rápido.

Agradecía que no la dejaran sola, pero no llegaba a saber si lo que necesitaba era compañía o que la dejaran tranquila. Pensar, poner en claro su mente.

Los coches eran más escasos que normalmente, a pesar de que ya se podía salir de nuevo, el miedo mantenía las actividades normales bajo mínimos. Los pocos con los que se cruzaba preferían guardar las distancias y no le dedicaban atención a la mujer que se pasaba los dedos por el pelo nerviosa.

Cuando llegó encontró a Sarah caminando por el salón, las paredes eran un estorbo, barreras que delimitaban su camino. Corrió hacia Noemí sin importarle la renuencia de la última.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? —preguntó Sarah llorando sobre su hombro, a pesar de saber la verdad seguía siendo ella la que precisaba consuelo, la que acudía a Noemí para descargar sobre ella su tristeza y, como siempre, Noemí sacó una sonrisa y aguantó el tirón.

—No es para tanto.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes cuando sabes lo que le pasó a mamá? No puedes dejarme sola, no puedes hacerlo...— Noemí se pasó los dedos por el pelo y la acunó. La dejó enterrarse en su pecho, la llevó hasta el sofá y suspiró, pues sabía que sería precisamente eso lo que sucedería.

—Soy fuerte, tonta. Por eso no debías saberlo. ¿Puedes hacer algo por mí? —Sarah la miró sintiéndose culpable, le había fallado. Asintió con fuerza—. Vive y sigue tus planes de boda. Supongo que ahora no tiene sentido que me vaya de vacaciones. —Sonrió sin ganas.

—¿Cómo puedes pedirme eso? Estaré contigo y...

—No conocemos el futuro, sin embargo, de lo que estoy segura es de que no quiero detener mi vida ni la tuya. No perderé el tiempo ni dejaré que el cáncer nos deprima. Serás feliz y yo lo seré porque tú estarás bien.

—No digas eso, me haces sentir egoísta. —Sarah se tocó la mano, en la misma que descansaba su anillo de compromiso, hermoso y sencillo. Lo giró despacio.

—¿Lo recuerdas? Madre fue apagándose, pero fue feliz al sabernos felices. Estás conmigo, eres mi familia y me lo debes. Has de ser fuerte por ambas.

—No estoy preparada. Eres joven, eres como yo, podría haber sido yo... —comprendió entonces.

—Pero no has sido tú. No pienses más en eso, no tiene sentido. Vayamos a tomar algo, creo que

hace tiempo que no estamos juntas de verdad —sugirió Noemí.

—¡Por tu culpa! Porque eres una egoísta que me apartó de su lado. —Ante la mirada de aviso de Noemí Sarah se achicó. Tomó el bolso y juntas volvieron a salir.

Caminaron como antes, como cuando se vieron solas en el mundo e hicieron piña. Descubrieron que mientras se tuvieran mutuamente nadie podría con ellas, incluso siendo tan diferentes como el día y la noche.

Noemí apoyó la cabeza en su hombro y caminaron perdiéndose en una ciudad que conocían demasiado bien. Recuerdos que mantenían alejados, momentos que parecían tan lejanos como si le pertenecieran a otra persona.

—¿Recuerdas nuestro primer cumpleaños solas? —inquirió de pronto Sarah mientras atravesaban un pequeño parquecito y se sorprendían al no ver a nadie. Por unos instantes habían olvidado que el coronavirus había sido cruel con todo el mundo, convirtiendo a los niños en los más olvidados, pues debían encerrar sus anhelos de libertad, de jugar, de encaramarse a los árboles. La energía efervescente de la juventud estaba siendo aplacada por una enfermedad que había golpeado todos los corazones en mayor o menor medida.

—Muy poco...

—¿Poco? Trajiste a un boy disfrazado de nosotras. Lo sentaste en medio de la sala y me tapaste los ojos. —Noemí sonrió traviesa, lo cierto era que siempre había encontrado maneras muy imaginativas de pasar el rato—. ¿Lo recuerdas ya?

—Apenas...

—Yo no conseguía concentrarme, lloraba a todas horas y me escapaba siempre que podía a la tumba de mamá. Entonces decidiste que, aunque jodiera, era el momento de dejar de hablar de ella. Durante meses cada vez que la mencionaba te cabreabas. —El rostro de Sarah se ensombreció. Noemí apretó el paso y tiró de ella.

—No deberías pensar en eso.

—Aquel era nuestro día y, por primera vez en meses, la mencionaste. Dijiste algo como que mamá habría querido que lo festejásemos como si ella estuviera con nosotros. ¡Por todo lo grande! —aulló Sarah llevándose consigo las miradas asombradas de los viandantes. Encontraron varias cafeterías en el camino que habrían servido, no se detuvieron. Habían olvidado momentáneamente el propósito inicial que las había llevado a abandonar la casa.

—Te oía llorar por las noches. Cerrabas la puerta, pasabas el cerrojo e intentabas sofocar los sonidos de tus lágrimas, pero yo te escuchaba —le relató Noemí, Sarah sintió que no habría podido expresarlo mejor ni desde el interior de su cabeza—. Siempre quise ir a buscarte y tratar de consolarte, pero no lo hice. Temía que si me acercaba te encerrases más en ti misma, te dejé pues necesitabas soltar la pena.

—Tú jamás lo hiciste, Noe.

—Poco importa lo que hice ni que la nombrásemos. Estaba muerta y así sigue. Lo único que nos queda es lo que vivimos a su lado, te merecías mucho más que perder lo que estaba a tu lado por ser incapaz de verlo. —Una visión un poco tétrica, cierto, pero realista. Noemí ayudó a salir a Sarah de su cascarón y ella fingió hacerlo, llevándolo siempre al extremo—. Nuestro cumpleaños era el mejor momento para cambiar, para luchar y ser feliz.

—Y lo palpé hasta que encontré la sorpresa.

—¿De verdad necesitabas llegar al paquete para notar la diferencia? ¿Desde cuándo tengo unos brazos tan musculosos? Además, tengo más tetas, muchísimas más tetas.

—Notaba ligeras diferencias —reconoció Sarah.

—¿Solo ligeras? —Y rieron juntas, el muro de los secretos que las había ido distanciando

había sido dinamitado por el correo que Carlos le había mandado a Sarah, las piezas encajaron con rapidez después de eso.

Al final no se tomaron nada, sus pasos los llevaron de regreso a la tumba en la que sus desgracias comenzaron. Juntas quisieron dar sus respetos, pero no pudieron entrar en el campo santo ya que, a causa del coronavirus, estaba cerrado. Se quedaron con las manos puestas en los barrotes y en silencio, la familia volvía a estar junta. Por unos minutos se sintieron de nuevo como las niñas que fueron antaño.

Capítulo 11

Tres semanas más tarde

Varias sesiones de quimio después, descubrió que lo peor eran las náuseas. Vomitar hasta que no quedaba nada e, incluso entonces, seguía sintiéndose mal. Se escondía de todos, se había recluido tanto que Sarah ya no sabía cómo hablarle sin que terminasen discutiendo. Daba igual cuánto tratase de aguantar, la paciencia escaseaba entre los muros de aquel diminuto piso. Dos guerreras que, a ese paso, se destruirían mutuamente.

—¡Debes cuidarte! —repitió por millonésima vez Sarah mientras Noemí devoraba un donut de chocolate. Masticó con más ímpetu todavía, dejando muestra en que no tenía pensado hacerle ni puñetero caso en la cara de placer que puso.

—Eso hago...

—Por dios, termina el bocado antes de hablar. ¿Acaso no comprendes que todas estas mierdas no te alimentan? Debes tomarte las vitaminas y seguir una dieta que... —Sarah repetía tantas veces en un día lo mismo que Noemí desconectó. Echaba de menos sus cascos, se los había dejado en su dormitorio y se planteó ir a por ellos—. ¿Me escuchas?

—Como para no hacerlo. No dejas de joder a todas horas. Quizás tu problema es que no dejas que Martín te dé un buen repaso. —Y se lo dejó claro en el movimiento de caderas que realizó contra la encimera. La representación gráfica la hizo reír, incluso Sarah asintió.

—Si no cuidadas de ti alguien deberá hacerlo.

—Otro día. —Y se acercó a coger la chupa de cuero, de camino hacia la puerta.

—No puedes huir de todo, no estás en condiciones. Quédate, métete en cama y yo...

—¡Vete a joder a Martín y déjame tranquila! No voy a dejar que me entierres antes de que llegue el día de mi muerte —gruñó Noemí dando un portazo tras ella.

Su primer instinto fue buscar a Carlos, llevaba demasiado tiempo evitándolo, tampoco sabía qué palabras usar. Caminó hacia él, llegó al portal y se detuvo. No lo odiaba, pero había algo que ahora se interponía entre ambos. La confianza, esa planta que habían regado durante años, estaba ahora marchita.

Completamente quieta, en el portal, pensó también en Edgar. Seguía deseándolo, cada vez se colaba con más frecuencia en sus sueños, en sus pensamientos. Esa extraña sensación de necesitarlo, de desear que se cruzasen por pura casualidad. Ambos hombres tan cerca y lejos, aunque por diferentes motivos.

Fue hasta una cafetería que había enfrente y pidió un café solo. Se sentó en la terraza, con los rayos de sol acariciando su piel y el suave aire moviendo sus cabellos. Sentada, dejando que el tiempo se alejase.

Era un placer sencillo, saborear un café, perderse en cada uno de los matices. En cada uno de los sorbos cerraba los ojos y gruñía, recordando los reproches de Sarah. Podría haberle explicado

sus motivos, haberlo intentado al menos, no obstante, ¿cómo confesarle que no hacía más que atiborrarse porque cuando nadie la miraba las náuseas la vencían y volvía a quedarse vacía? ¿Cómo podía hablarle de las llagas de la boca o el dolor de garganta continuo sin que la atase a su cama y la obligase a descansar? Ser sincera significaba que colocasen más algodones a su alrededor y no estaba preparada, seguía teniendo ganas de disfrutar lo poco que pudiera.

Estaba tan concentrada que no lo oyó llegar.

Cuando alguien tomó asiento ante ella, como si fuera el rey del lugar, estaba dispuesta a largarlo con viento fresco, pero cuando se quitó la mascarilla y se fijó en su rostro soltó un suspiro.

—Nos encontramos de nuevo, preciosa —dijo Edgar estirando la mano y acariciando su antebrazo—. ¿Debo creer en las casualidades o estabas sacando fuerzas para golpear mi puerta?

—¿Eso crees? —Noemí sacó la cucharilla y la chupó despacio sin despegar sus ojos de los de Edgar—. ¿Por qué querría verte de nuevo?

—¿No me has extrañado? Nuestra historia sigue inconclusa, ardo en deseos por volver a tenerte solo para mí —susurró mientras se acercaba el camarero.

—He estado ocupada. Puede que tengas razón, pero no es a ti a quien buscaba. A quien quería ver.

—Me sentiré ofendido si prefieres a quien te traicionó. ¿Tan bueno es en la cama para que pases por alto el estado en el que te encontrabas cuando nuestros caminos se cruzaron? —Edgar no tendía a rendirse, no cuando la mujer que lo observaba era tan hermosa, cuando recordaba lo que era sentirla entre sus manos y tenía la impresión de haber visto mucho más de ella de lo que solía mostrar.

Cuando Noemí estuvo con él, cuando se quitó la ropa guiada por la pena, Edgar la miró y quiso protegerla. Puede que la primera vez que se encontraron la hubiera deseado y detestado con intensidad, que le pareciera una mujer fría, llevada por sus instintos más básicos y vanidosa. No es que se dedicase a juzgar a la ligera a las hembras con las que se cruzaba, pero varias mujeres, que encajaban perfectamente con la descripción de femme fatale, le habían hecho mucho daño.

A pesar de eso no había conseguido apartarla de su mente cuando se la encontró de nuevo. Fue su mirada triste, la necesidad de cariño que presintió en ella, se supo perdido entonces y ahora lo corroboraba.

Cada vez que la observaba le parecía mucho más bonita que la anterior, su forma de mirarlo lo llevaba al límite.

—Solo somos amigos.

—Una mujer no llora de esa manera por un amigo. Yo estaba allí, a ti te rompieron el corazón, cielo. ¿Y si yo quisiera ocupar el hueco que ese capullo dejó y cuidarte? ¿Sería algo malo? —le preguntó mientras el camarero dejaba un café con leche ante él. También había pedido churros — ¿Quieres?

Noemí aceptó la invitación y tomó uno. El sabor le gustaba, aunque se notaba que no acababan de hacerlos. Lo mordisqueó y pensó en el tiempo y esfuerzo que se necesitaba para hacer que una relación funcionase. La idea de dejarse conocer, de pasar horas a su vera, con conversaciones eternas en las que se prepararían para amarse.

Los posibles besos, las caricias, las tórridas noches que serían la antesala de mañanas en las que no habría de despertarse sola. Una idea agradable, mucho más de lo que alguna vez creyó posible. Noemí supo entonces que si no estuviera enferma habría aceptado, que a su lado se veía esforzándose por algo que no fuera ella misma. Verlo sonreír, hacerlo feliz, le daba algo que podía ser adictivo, ganas de mucho más, de comerse el mundo.

Edgar comía mientras ella pensaba, pero la enfermedad estaba ahí. Si él se enteraba se iría, ¿y si se quedaba? Siempre tendría la duda de si fue la pena y la responsabilidad las que lo habían mantenido a su lado. No estaba preparada, todavía no. Además, ¿y si moría? No era necesario que nadie más sufriera.

La antigua Noemí se habría concedido un par de polvos, solo eso. Sexo sin compromiso que la calmasen momentáneamente. ¿Era capaz de separar el cuerpo de la mente, sobre todo en momentos en los que sabía que sus defensas se desmoronaban? El golpe de la enfermedad, de sentirse débil, de sentirse desfallecer cada dos días, había dejado todo fingimiento atrás.

—Una mujer llora por muchas cosas, no necesariamente amor. La traición duele cuando aquel que la realiza es alguien de plena confianza. ¿Cómo te sentirías tu cuando alguien a quien se lo has confesado todo, incluidos tus miedos y sueños, actúa en contra de lo que necesitas? Perdonar es sencillo cuando se cree que lo hizo por ayudarme, sin embargo, tengo la sensación de que no podría volver a abrirme. Él era mi pilar, me encontró en un momento de mi vida en el que había dejado de ser yo —confesó sintiéndose libre, pues Edgar solo la conocía a ella. Lo miró y se sorprendió de lo atractivo que era, con sus gestos arrogantes y sus cejas sumamente expresivas. Se podía leer en él el interés y el deseo, también una preocupación genuina—. Es mi amigo, pero lo quería a mi manera.

—¿Lo amas? —Ambos se sintieron estúpidos, él por preguntar y ella, porque, aunque la respuesta fuera un claro y rotundo no, tenía sus matices. Matices que explicaban las noches en las que le había ofrecido su cuerpo, matices que se difuminaban si se tenía en cuenta que Carlos sí sentía un sentimiento tan profundo por ella.

—No es algo importante. Nada lo es ya. —Ya no le quedaba café, Noemí siguió moviendo la cucharilla en el interior del vaso jugueteando con los restos de hielo—. Perdóname, estoy algo espesa estos días.

—No quiero que acudas a él cuando necesites hablar o confesarte. Quiero que llames a mi puerta, sin importar el día o la hora. Me gustaría que me buscaras.

—No te conozco.

—Ese es el problema que quiero que atajemos juntos. No podrás decirme que no, soy demasiado bueno en lo que hago. ¿No recuerdas mi lengua, mis dedos, mis manos recorriéndote? ¿Acaso no imaginas todo el placer que podría darte si me lo permitieras? Me necesitas en tu vida, solo que parece que todavía no te has dado cuenta. —Desde luego tenía la autoestima alta, ella tampoco encontró la mentira en dicha afirmación.

—¿Y cómo has llegado a ser tan bueno?

—He hecho mi doctorado en la anatomía femenina. Me gusta hablar con ellas, que me cuenten lo que les gusta, descubrir nuevos trucos siempre que puedo. Si el cuerpo humano es un circuito complejo de nervios, el de la mujer tiene muchos más de lo normal. —Se detuvo, observó a Noemí y sonrió cual león. Ella se sintió devorada, la ropa se desvanecía y la dejaba desnuda, desnuda y necesitada. Sintió la humedad del hambre, un ansia voraz por él por permitirle que la desnudase y tomase el placer que quisiera, para compensarla después, aunque fuera con simples migajas. Quiso dárselo todo, lo deseó y al saber que no debía tomarlo, que estaba prohibido, sintió algo que hacía mucho que no saboreaba. Se convirtió en su fruto prohibido—. Pero no tendría problema alguno en que fueras la única, no sé durante cuánto tiempo, no lo sé todavía. Sin embargo, me gustaría que nos diéramos la oportunidad de intentarlo.

—No soy una mujer de relaciones. Por muy apetecible que puedas parecerme no funcionaría. —Edgar no le permitió levantarse para irse y volvió a tomar su mano. Sus dedos enviaron descargas eléctricas por su columna vertebral. Ella despegó los labios, su respiración se volvió

más pesada.

—¿Seguro? ¿Acaso soy el único que disfrutaría?

—Lo disfrutaría, sin duda...

Y se detuvo. Tomó aire y quiso evitarlo. La arcada fue tan fuerte que se inclinó hacia delante. No podía vomitar, no delante de él, no quería que supiera nada.

—Noemí, ¿qué sucede?

—Nada, estoy bien.

Se incorporó, lo miró con ojos acuosos y respiró pausadamente. Cerró la boca, habló con un susurro que tenía los minutos contados. Debía salir de allí, debía hacerlo sin que él viera cómo se derrumbaba, cómo el cáncer y su tratamiento la convertían en una niña pequeña que lloraba mientras su estómago se salía por su boca.

Noemí lo miró, seguía deseándolo. Estaba ahí, le ofrecía lo que necesitaba y se rehusó a tomarlo. Lo hacía por él y también por ella misma, si debía sufrir lo haría desde aquel mismo momento.

Era una despedida, no debería ser muy complicado cuando seguían siendo desconocidos, sin embargo, le escocía. Quería cambiar de opinión, aferrarse a algo para poder darle alguna esperanza.

—Noemí, estás muy pálida.

—Pensé que te parecía hermosa, irresistible incluso —soltó ella para cambiar de tema. Le sonrió con los labios apretados, conteniendo las arcadas, sintiendo el sudor deslizarse por su piel como una culebra que la estrangulaba. Se puso la mascarilla con rapidez—. Quizás en otro momento. Nunca se sabe, no será ahora.

—¿Me estás pidiendo que espere por ti?

—No te estoy pidiendo nada.

Y fue hacia el piso de Carlos, sabiendo que si se metía en el baño de la cafetería él sospecharía y si se iba por la calle no avanzaría mucho. Corrió hacia allí mientras la decepción se pintaba en el rostro de Edgar. Él creía saber lo que sucedía, otra mujer enamorada que prefería soportar el engaño, la traición, aferrándose a promesas que estaban vacías desde el principio. Quiso creer que Noemí era diferente, pero supo a dónde se dirigía.

Edgar veía en los pasos de Noemí, en su determinación de regresar con Carlos, un acto de debilidad. La juzgó, aunque por dentro sabía que en parte también se dejaba influenciar por los celos. ¿Por qué lo elegía a él cuando juntos funcionaron como uno solo?

Noemí lo dejó atrás sintiendo que le dolía, sin motivo o explicación, le dolía no poder contarle lo que sucedía, le dolía que no pudiera haber mañana para los dos, le dolía su silencio, que no intentase perseguirla.

Subió las escaleras corriendo, tocando las paredes y con las manos sudorosas. Las piernas se le mecían cuando aporreó la puerta de su amigo.

Cuando Carlos abrió ella se desplomó sobre sus brazos. Se había arrancado la mascarilla y estaba cenicienta. Lo miró y quiso seguir avanzando. No pudo.

Y vació el contenido de su estómago en los zapatos de ambos, él la sostuvo. Carlos no hizo ningún comentario, la sintió más delgada, más consumida. Veía pequeños detalles que no le gustaban, pero notar cómo temblaba sin control al terminar lo consumió. La culpa de haberla dejado sola, de no haber luchado incluso contra ella.

La tomó entre sus brazos y la llevó al sofá. Repasó su rostro con un paño húmedo y besó su frente. Ella tenía los párpados caídos, aunque seguía allí.

—Perdóname, preciosa. Perdóname por no haber sabido ser tu amigo. —Ella giró la cabeza y

una lágrima se deslizó silenciosa. Estiró la mano y buscó la de su amigo—. Joder. No sabes lo difícil que es mantener la distancia. ¿Por qué no pudiste amarme? —preguntó entonces. Una pregunta que lo asolaba día y noche.

—No estaba escrito.

—Preciosa, lo jodí todo, pero pensé que era lo correcto. Si tú no luchabas por ti yo debía hacerlo. —Besó sus ojos, él también lloró como un niño—. ¿Te encuentras mejor?

—Ya no recuerdo lo que es sentirse bien. El no saber cuándo se terminará esta tortura —reconoció—. Si al menos tuviera una fecha a la que pudiera aferrarme para luchar, un día que, sin ninguna duda, pudiera decir que estaría completamente recuperada... —gimió aturdida. Lo miró y se sintió como siempre, sorprendida al descubrir que seguía siendo el mismo hombre que había sujetado su pelo cuando vomitaba por culpa del alcohol, el mismo que la recogió cuando lloraba por su madre y se ocultaba de Sarah. Era el que nunca la juzgó, el mismo que aceptó tenerla, aunque solo fuera unos minutos. Era su Carlos, alguien que la conocía sin maquillaje ni ropa, sin excusas o engaños. Era un amigo que saboreó su cuerpo, que accedió a su alma despacio y para quedarse.

Noemí supo que era ella la que le impedía avanzar. Con lo poco que le ofrecía él encontraba suficiente para aferrarse a la esperanza de que quizás algún día abriera los ojos y se descubriera enamorada. Ella sabía que eso jamás pasaría.

—Te recuperarás. Es duro, pero estaré contigo.

—No debes hacerlo.

—No empieces de nuevo. No nos jodas a ambos con ese orgullo que tantos problemas nos ha traído a todos —le pidió Carlos.

—Serás mi amigo, pero nunca más nos acostaremos. —Él asintió y ella se incorporó despacio. Tenía frío, más del normal. Se tambaleó cuando se puso de pie. Avanzó cual caracol hacia el servicio—. He conocido a alguien.

—Comprendo. —Carlos sintió un cuchillo afilado rasgándolo. Lo abrió en canal y dejaba sus entrañas para que ella las pudiera pisar. Era una mujer hermosa, buena, sin embargo, sobre todo eso, la sinceridad que había demostrado siempre fue uno de los motivos por los que se había enamorado. Fue esa sinceridad la que en aquel instante odió con más fuerza.

—No, no lo haces. He conocido a alguien que me gustó desde el minuto cero. No sé explicarlo, tampoco importa —comentó, una vez más, en alto, aunque en su mente no cesaba de repetirlo.

Edgar... una sombra que se movía sobre ella y debía apartar. De nada le servían los sueños imposibles.

—Noemí, sé que tratas de hacer lo que crees que es mejor para mí. Siempre tiendes a anteponer a los demás a tus propias necesidades. —Caminó hasta ella, la tomó con delicadeza y la llevó hasta el retrete, donde la joven se sentó. Noemí le dejó hacer, no había nada que no hubiera visto antes.

La desnudó y colocó en la bañera, la enjabonó sin que ningún pensamiento lascivo cruzara la mente de ambos. Lo hizo con cariño y cuidado, tratando de mitigar su malestar, de borrar los restos del vómito que habían quedado adheridos a su piel y cabellos.

Ella disfrutó de su masaje en las sienes, se relajó entre las manos de Carlos. Estiró el cuerpo y Carlos la sacó temiendo que pudiera dormirse en el interior. La envolvió y secó sin pensar en lo impropio y extraño que podía parecer dicha escena, ninguno de los dos lo contaría jamás.

—¿No lo notas? —inquirió entonces Carlos —Es más que sexo, ¿no lo notas?

—Ojalá lo sintiera —confesó ella—. ¿Crees que no lo he pensado? He pensado en ello en muchísimas ocasiones. Me habría gustado enamorarme de ti, lo he intentado. —Y que lo hubiera

intentado y no fuese capaz de conseguirlo terminó de hundirlo. No quiso mostrar el dolor que esas palabras le habían causado. Ella necesitaba que fuera fuerte, por ambos si era posible—. He tratado de no necesitar más, pero cuando acababa en los brazos de otros comprendía que faltaba algo importante. No sabía qué buscaba, qué necesitaba, solo que algo no estaba completo.

—¿Y lo has encontrado?

—No lo sé, eso creo. También lo he perdido.

—¿Por qué?

—No hay amor más bonito que aquel que sabe anteponer el bienestar de su amado sobre el suyo propio. —Sin contar con que él no podría amar a una mujer que se convertiría en incompleta en breve, que apenas podía mantener los ojos abiertos. ¿Y si moría? Noemí no dijo nada de eso—. Lo he dejado ir. Cree que hay algo entre nosotros.

Carlos comprendió que su amor debía ser puro pues, aun siendo solo amigos, supo que no había nada que pudiera apartarlo de su lado, excepto que ella misma se lo pidiera. No le importaba gozar solo de su amistad, estaría siempre a su vera para acompañarla y protegerla, la ayudaría y cuidaría hasta el final de sus días.

Capítulo 12

Un mes después

Nunca se me ha dado bien escribir un diario, ¿cómo podría comenzar? Tengo tanto que contar que, a pesar de que escribo a toda velocidad, siento que mucho de lo que quiero contar se escurre entre mis manos para perderse para siempre.

Comenzaré por el principio, no solo para dejar constancia en este papel, sino para aclarar mi mente. No encuentro otra manera, si hablo con alguien tratarán de consolarme y ya no busco sentirme mejor. Quiero enfrentarme a la muerte, a dicha posibilidad, con las cartas sobre la mesa, sin engaños.

Si he de tumbarme sobre la fría cama de una sala de operaciones quiero hacerlo sin arrepentimientos, sin ningún asunto pendiente. Lo tengo claro y, sin embargo, solo puedo pensar en lo que ha sucedido. Me miro los dedos y lloro... lloro porque creí que me libraría...

Fue una mañana como cualquier otra, solo que la fecha de la operación ya había sido fijada. Quise ponerme guapa y me planté ante el espejo. Me miré, me estudié viendo las profundas ojeras, la falta de color. Quise obviar los labios partidos o las diminutas manchas que se esparcían por mi piel. Lo obvié todo menos la tristeza.

Mis ojos pertenecían a otra, me devolvían la crudeza de lo que se cocía a fuego lento en mi interior. El miedo, la ansiedad, la frustración, emociones que me estaban contaminando despacio. Me senté cual reina y quise mostrarme lo más hermosa posible.

Todos se habían reunido para cenar juntos. Melanie, Carlos, Sarah, Martín y yo. No eran muchos los que esperaban que me recuperase, pero lo hacían de corazón. Cuando me contaron su idea me mostré reacia, no obstante, pronto comprendí que necesitaba hablar con ellos antes de operarme. Tenía mucho que decir.

Quería que durante unas horas me vieran como siempre, exultante, llena de vida, desafiante ante los demás. Era la Noemí atrevida, alocada, era... no obstante, la mujer que me oteaba estaba muerta. Casi podía sentir la mano de la dama de negro, la imaginaba observarme impasible desde la esquina, contando las horas.

Y pasé el cepillo una, dos... pronto me di cuenta de que el pelo caía. Se soltaba con tanta facilidad... por algún extraño motivo cuantos más cabellos caían como finos hilos de seda a mis pies más rápido me cepillaba. No podía detenerme, en alguna de las pasadas dejarían de caer...

Y aunque no me quedé calva cuando conseguí detenerme, cuando conseguí centrar la vista y calmar mi respiración, la mujer que lloraba en el espejo, la que se encontraba encerrada en una pesadilla e imitaba a los que la rodeaban para pasar desapercibida, esa mujer mostraba una espesura de pelo más bien escasa.

Recuerdo que las lágrimas fueron amargas, pues no encontraba forma de ocultar lo sucedido. La vergüenza de que me vieran en esas guisas... Quise pasar el cerrojo y hacerme una bola, impedir que volvieran a acercarse a mí.

No sé cuánto tiempo pasó, fue como despertar sin haber dormido. Ver mi rostro desfigurado

por el llanto sin recordar haberlo hecho.

— Ponte en pie. Has de ser valiente y actuar con normalidad —le dije a la mujer del espejo, a la que se escondía y rehuía la luz. La misma que siempre había disfrutado de la oscuridad y ahora directamente repelía la luz como si ésta la quemase.

Pero sus miradas cuando me vieron... sus miradas tristes y el grito de Sarah. Melanie me sostuvo cuando vi a Sarah llorar, esa noche me pareció eterna pues no me dejaban irme y tampoco conseguimos ser felices.

No queda nada de mí, ya no soy quién era, tampoco lo supe nunca.

Querido diario, mezclado con el miedo está el dolor. Extraño a Edgar, no dejo de pensar en él aun cuando no tengo motivos, aun sabiendo que es mi cobardía la que me impide buscarlo.

No castigaré a nadie más con mi condena, no ataré a nadie a una persona que puede que ya esté muerta.

Capítulo 13

Doce días después

Quedaban veinticuatro horas y necesitaba tomar el aire. Aprovechó para hacer las últimas compras, unas zapatillas de casa aquí y una bata allí. Se compró crema y una colonia. Tonterías que la mantenían ocupada y en movimiento. No lo vio aproximarte.

—Voy a pensar que estamos destinados a estar juntos —soltó alguien contra su oído. Ella gritó con fuerza y se volvió.

Ahora se cubría la calva con un bonito gorro rosa, Noemí se llevó la mano a la cabeza temiendo haberlo perdido o que se hubiera movido. Sintió un miedo atroz a que viera cómo era ahora.

—Qué... ¿Qué haces aquí? —Noemí se mostraba nerviosa, esquiva.

—Te vi y no pude evitar acercarme a saludar. Te ves hermosa, como siempre —susurró Edgar acercándose, dejando que su perfume masculino casi la ahogase. Noemí se sintió débil, lo había extrañado. Quiso sentirlo más cerca, tener el derecho de besarlo, abrazarlo y no soltarlo. La idea de que él tomase su mano cuando se despidiera, rumbo al quirófano, la hizo sonreír. Con él podría haber sido todo mucho más sencillo, tenía un efecto tranquilizante en su persona que no podía seguir negando. Bueno... tranquilizante no era la palabra exacta.

—Gracias. Tengo que irme.

—¿Tienes prisa? —preguntó él cerrándole el paso. La agarró con suavidad y la pegó a su torso —¿Puedo robarte un beso? No debería, no tengo derecho a pedírtelo, sin embargo, llevo soñando con la idea de tomar tus labios desde que te vi en el ascensor. De introducir mi lengua en tu boca mientras te quito la ropa... —Ella jadeó ante sus palabras, ante la sensación de sus dedos en su piel, incluso a través de las prendas que los separaban. Viva, esa era la palabra que estaba buscando—. ¿Y bien? Pídeme que me aparte o no me hago responsable.

—¿Y si guardo silencio?

—Me ahogo si no te beso. Solo necesité una tarde para caer rendido a tus pies, no sé qué tiene ese gilipollas para que hayas regresado a su lado, no obstante, si me dejaras... Podría hacer que lo olvidaras todo —aseguró, convencido de cada una de las palabras. Noemí encajaba en sus brazos, la sentía cálida, cercana, no hacía nada por alejarse. Casi habría jurado que el deseo era recíproco, que ella también se sentía ansiosa por probarlo a él. ¿Por qué entonces no lo había buscado? —Permíteme mostrarte que hay otra forma de amar, que la traición no es algo aceptable.

—No estoy con nadie. Ya te dije que es solo un amigo.

—Entonces, ¿por qué no me puedes decir que sí? Dime que sí y me volcaré en que seas feliz, te mostraré que nuestros cuerpos se necesitan, que mis manos y mi boca pueden llevarte al mismísimo infierno, pero nunca irás sola.

—Suena muy bien.

—No hay motivos para que...

—Los hay —lo cortó Noemí—. Hay un motivo que no puedo contarte. Solo te pido que me beses como deseas, como ambos lo hacemos. Quiero que me beses sin pensar en nada, no será un mal final para nuestra historia.

—No debe haber un final. No cuando no hemos descubierto todavía lo que podría ser.

Noemí no le permitió seguir, la estaba convenciendo y eso era muy peligroso. Estaba cansada, tan cansada que refugiarse en una utopía era demasiado sencillo. Podría ir a operarse incluso sabiendo que él estaba en la sala de espera, pero ¿y si la operación funcionaba? La idea de que la viera sin un pecho, sin pelo, sin fuerzas... No, él la quería como era ahora, la mujer hermosa capaz de todo. Quería conservar ese recuerdo en él, Edgar era el que mantenía a la Noemí que ella deseaba recuperar viva.

Noemí le bajó la mascarilla con rapidez, se arrancó la propia.

Lo besó ella pues la voz de Edgar, su proximidad, era un afrodisíaco. Lo besó cansada de mantenerse en pie o de dar explicaciones a su cabeza, pues su corazón se sentía mejor con aquel hombre que en cualquier otro lugar. Si se concentraba en él podía hacer que todo lo demás se desvaneciera, como sucedería con la peor de las pesadillas cuando la luz de la mañana nos obliga a despertar.

La lengua de Edgar la reclamó como propia, ella se unió a una danza capaz de hacerlos desear mucho más de lo que podrían hallar en medio de la calle, con gente sorprendida caminando a su alrededor.

Desde la llegada del coronavirus ya nadie se besaba en público, incluso tomarse de la mano era visto con malos ojos. El contacto ahora se reservaba a la intimidad, solo los más jóvenes seguían conservando las normas de antaño, como si un virus hubiera hecho temblar los cimientos de lo que creíamos correcto.

Noemí lo besó sin recordar dónde estaba, solo que era Edgar el que la sostenía y apretaba. La necesidad que Edgar demostraba en la fiereza de sus movimientos la elevaba, dándole algo que no tenía desde que supo que volvía a estar enferma. La hizo sentir normal, sexy, deseable.

Cuando se separaron ella se recompuso colocándose la mascarilla, él tardó más.

—¿Cómo puedes seguir negándote? Acabarás viniendo a mí.

—Eso espero... eso significaría que mi secreto ya no tiene poder sobre mí —reconoció ella.

Edgar colocó la mano en su nuca para volver a acercarla, para tomar sus labios. Ella alzó el rostro, no obstante, el gorro se quedó entre los dedos de Edgar. Noemí sintió el frío en su cabeza a cámara lenta, comprendiendo de paso que su secreto había sido descubierto.

Saltó lejos y le arrebató el diminuto trozo de tela que la protegía, que mantenía oculta su realidad ante los ojos de todos. Lo apretó y trató de ponérselo, pero él ya lo había visto. El pelo seguía cayendo y Noemí, en un alarde de valentía, había optado por cortárselo. No encontró otra manera de dejar de llorar cuando la almohada aparecía repleta de pelos, cabellos que le pertenecían y se iban sin dejar huella.

—¿Qué ha...?

—¡Vete! ¡No me mires! —No fue capaz de mirarlo hasta que se lo volvió a poner. Bajó el rostro y trató de pasar por su lado, él no se lo permitió.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

—Tengo prisa, perdona. —Edgar no se rindió ni la soltó. Ella lo oteaba aterrada, no quería ver esa mirada en sus ojos verdes, esos ojos esmeralda que tanto le gustaban solo debían albergar deseo y pasión.

—Habla conmigo. Cuéntame qué es lo que te ocurre. ¿Es este tu secreto? ¿Es lo que impide que

podamos estar juntos?

—No puedo hacerlo —susurró ella. Quería correr, correr lo más lejos que las piernas la pudieran llevar. Poner tanta distancia entre ambos como fuera posible, olvidar lo bien que se sentía cuando estaba con él. ¿Lo amaba? Se preguntó entonces, sorprendida por un pensamiento tan ñoño. Hubo un tiempo en el que había jurado que nunca caería en esa trampa.

Ni niños ni amor, se había dicho. Disfrutaría, viajaría, se permitiría descubrir lugares que el hombre apenas hubiera pisado. Quería escalar montañas y lanzarse en paracaídas. Eso era lo que quería, la realidad le demostró que los sueños raramente se cumplen.

En su lugar estaba encerrada en un país en cuarentena, infectada con una enfermedad que la consumía despacio, pero de manera efectiva. Los médicos le habían pedido que doblase sus esfuerzos para evitar contraer el coronavirus, su sistema inmune estaba demasiado debilitado. Era una prisionera que no había hecho mal alguno a nadie. Notaba las cadenas en cada movimiento.

Él era su aire fresco, su antigua vida, escurriéndose por el mismo desagüe que todo lo demás.

—Sí que puedes. Cuéntamelo, podemos luchar juntos. No me importa que...

—¿Qué es lo que no te importa? ¿Que la chica que acabas de conocer tenga cáncer? ¿Que pueda morir? ¿Te sentarás al lado de mi cama cuando ni siquiera nos hemos acostado en condiciones? No estamos preparados para que recojas mis mierdas y finjas que no desearías estar en cualquier otro lugar. No te cargaré con la responsabilidad de cuidar a quien apenas conoces. No soy más que una mujer que te has cruzado un par de veces, no tenemos nada lo suficientemente resistente para vencer. —Tomó aire, esquivaba su mirada. Noemí notó sus brazos firmes envolviéndola, el llanto cada vez acudía con más frecuencia. Ella, que nunca lloraba, ahora no lograba hacer otra cosa.

—Me gustas lo suficiente para que no me importe.

—Ahora... Ahora que no tienes ni idea del alcance de a lo que te comprometerías. No te dejaré entrar, no puedo.

Y lo empujó con fuerza para salir corriendo.

Él la observó marcharse apenado, con mil preguntas en su interior. De todo lo que podía interponerse entre ambos nunca se le pasó por la mente esa posibilidad.

Edgar no era de los que se dejaba vencer, no estaba en su naturaleza. Miró las nubes y tomó una decisión, lucharía por ella.

Capítulo 14

Noemí había protegido tantas veces a su hermana que, cuando Sarah abrió la puerta y ésta cayó sobre sus brazos, supo que algo estaba jodidamente mal. Nunca, ni siquiera en la muerte de su madre, había estado tan mal, al menos no con ella.

Tembló temiendo lo peor. ¿Acaso había noticias nuevas? Sarah sintió que su corazón se detenía. Arrastró como pudo a su hermana al sofá y tomó aire.

—Noe, ¿qué ocurre? —Noemí negó con la cabeza. Solo lloraba, pero sus labios permanecían tan apretados que prácticamente habían desaparecido—. ¿Qué sucede? Habla conmigo, estoy aquí. Noe, por favor.

—No puedo. No puedo.

—Noe, mírame. No llores y mírame. Sea lo que sea no estás sola, estoy contigo y no marcharé a ninguna parte. Cuéntamelo para que pueda ayudarte.

—No puedes hacer nada —replicó Noemí con la voz desgarrada. Sentía que dolía tanto que quería abrirse el pecho y sacarse el corazón al exterior. Estaba extenuada, ya no había más. Solo necesitaba arrastrarse a un lugar en el que apoyar la cabeza y dormir. Quería dormir, lo necesitaba mucho más que el aire que entraba en sus pulmones.

—Sé que ahora lo ves todo negro, pero siempre se puede hacer algo. La muerte es una luchadora incansable, pero yo también lo soy y no dejaré que te lleve con ella. Nos quedan muchos años juntas, me prometiste que me acompañarías al altar. También debes ser la madrina de todos y cada uno de mis hijos.

—Sarah. ¡Duele! —Fue un rugido desgarrador, el sonido de las cuerdas vocales al romperse, del corazón haciéndose añicos. Tantos años siendo la fuerte, soportando como podía los empujones de la vida. Dolía, dolía hasta en los huesos. Era un dolor que sentía en los músculos y se enterraba en sus entrañas. Le impedía respirar, pensar, solo lo sentía ocupándolo todo.

—Puedo llamar al doctor y pedir que te dé algo más fuerte.

—No es eso Sarah. —Y la miró con sus ojos castaños mucho más claros. Miró a Sarah preguntándose qué había en su interior que fuera tan diferente, ¿por qué ella estaba enferma? ¿Era acaso un castigo por alguno de sus actos? La miró y se alegró de que estuviera bien, incluso entonces prefería ser ella la que estuviera enferma—. Duele, duele aquí. —Y tomando su mano se la llevó al pecho.

Y Sarah se unió a su llanto. Conmovida. Viendo a su hermana doblarse ante el peso que llevaba sobre los hombros. A veces lo único que se podía hacer era estar ahí, sin decir nada, sin hacer nada, solo ser la sombra que ahuyenta la soledad.

Y sin preguntas, pero con el paso de los minutos fue la propia Noemí la que fue soltando palabras. Parecía que no tuvieran sentido al principio, pronto ganaron confianza y crearon una historia. Fue entonces cuando Sarah comprendió que no la conocía tan bien como creía y deseó hacerlo, amándola mucho más de lo que ya lo hacía y creía posible.

—Me miró con pena —lloriqueó Noemí, que seguía viendo el rostro de Edgar sin necesidad de cerrar los ojos. Su beso todavía palpitaba en sus labios, inflamados ahora por el llanto—. Ya no me verá como mujer, seré la tía enferma y querrá ser mi héroe.

—No lo sabes.

—Tú no estabas allí. No lo viste. Me deseaba, yo lo deseaba. Cuando me tocaba... —Y cerró los ojos, todavía húmedos, mientras con los dedos trazaba la forma de sus labios—. era especial. Era mi refugio de esta mierda, el único con el que podía hablar de todo sin que me hiciera preguntas que me recordasen que...

—¿Eso hago?

—No, yo... no quería decir eso. Sarah, no era mi intención hacerte sentir mal —respondió de forma nerviosa Noemí.

—Soy yo la que lo siente. Quizás no sea el momento, pero tenía tanto miedo de perderte que solo pensé en mí, en qué sería de mí si ya no estabas conmigo —repitió cabizbaja—. Debí ser tu apoyo y hacerte ver que no tenías que mantenerte fuerte. Es normal caer y no es de débiles permitir que te ayuden.

—No quiero volver a verlo —decidió entonces Noemí.

—No es el momento más adecuado para tomar este tipo de decisiones.

—No quiero volver a verlo jamás.

Capítulo 15

Eran las cuatro de la mañana y Edgar no había logrado conciliar el sueño. Cada vez que lo intentaba ella lo asaltaba, sus ojos con tantas lágrimas que derramar aquella tarde, su rostro asustado cuando se le cayó el gorro. Se odiaba por haber estado tan ciego, por no haber hecho las preguntas oportunas.

¿Vencería su orgullo o su necesidad por volver a verla?

Cuando se vistió a toda prisa y golpeó con fuerza la puerta de Carlos no tenía ni puñetera idea de lo que le diría o cómo debía comportarse. Estaba actuando como un demente, exigiendo información cuando Carlos no lo conocía de nada. Sin embargo, la idea de que a ella le sucediera algo y él nunca lo supiera, de seguir viviendo sin saber si ella estaba muerta...

Golpeó aquella puerta con cada vez más insistencia. Llevado por la furia, dispuesto a cruzar la ciudad a medio vestir si fuera necesario en aquel mismo instante.

—Pero, ¿qué cojones...? —Carlos no pudo terminar, Edgar no se reconoció cuando lo cogió por la camiseta y lo empujó. No era mera antipatía lo que Edgar sentía, era mucho más que eso. Pensar que el medio—hombre que zarandeaba la hubiera tocado, la hubiera poseído, la hubiera hecho suya, lo volvió posesivo.

—¿Dónde está? Dime dónde vive, dame su teléfono.

—¿Estás loco? ¿Es eso? —Carlos logró soltarse y dio un par de pasos para distanciarse. Edgar apretó los puños, bajó la cabeza conteniéndose. Si de esa manera conseguía lo que necesitaba, lo intentaría. La impaciencia lo azuzaba, quería correr y buscarla, aprovechar cada segundo que pudiera exprimir como si pudiera ser el último. Nunca sintió el avance del tiempo tanto como entonces, la noche se terminaría, quería estar frente a ella cuando amaneciera—. Ni siquiera sé quién eres.

—Tu vecino de al lado, imbécil. Quiero que me des el teléfono de Noemí. Necesito hablar con ella. —Quería moverse, estar quieto era una tortura. Sus miedos corrían por su interior acelerando su corazón. ¿Se trataba de consolarla a ella o a él mismo?

—¿Por qué la buscas? Si ella no te lo ha dado será por algo. Vete de mi piso si no quieres que te saque a hostias —lo amenazó. Nunca le había recriminado nada a Noemí, pero Carlos odiaba encontrarse siquiera en la presencia de sus múltiples amantes. Tener que tratarlos bien cuando no hacían más que robarle la atención de la mujer que amaba, cuando se quedaban con lo que siempre debió pertenecerle. Carlos sabía que Noemí no lo amaría nunca, pero saberlo con la cabeza no hacía que el corazón lo comprendiera. ¿Qué era lo que le faltaba?

—Cierto, ¿por qué habrías de hacer algo bueno por Noemí cuando solo sabes provocar sus lágrimas? Le haces daño y vuelve a ti.

—¿De qué hablas?

—¿Quién crees que la consoló cuando tú la traicionaste? —Y no dijo más pues tampoco lo sabía, dejó que Carlos intuyera que conocía toda la historia. Fue de farol, la culpa podía darle lo

que de otra forma le sería negado.

—Eres tú... —Carlos lo supo y fue el final de sus esperanzas. Miró al que debió ser él, lo odió con cada célula de su cuerpo.

—¿De qué hablas?

—Nada, no importa. —Sin prestarle más atención corrió hacia un vaso y la botella de vodka que guardaba para las penas. Apenas la había probado desde que la compró, sin embargo, aquella noche sentía que podría vaciarla varias veces.

Edgar miró a su contrincante y lo siguió. Aceptó el vaso que le ofrecía sin intención de probar su contenido. Aguardó sintiendo que era capaz de hacerlo reaccionar a golpes.

—¿Y bien? —preguntó Edgar cuando habían pasado más de diez minutos de reloj, y lo sabía porque no había despegado los ojos del que Carlos tenía colgado en el pasillo y se veía desde allí. El minuterero se reía de ambos, el tick—tack era un sonido que se le estaba introduciendo entre las neuronas y lo aborrecía.

—¿No te has parado a pensar en que si ella no te lo ha dicho ha sido por algo?

—Sí, porque es tan estúpida como tú —replicó Edgar molesto.

Carlos apretó la mano hasta que sintió que el vaso se quejaba, solo el temor a que acabase rompiéndose y le causase una herida de considerable gravedad lo hizo aflojar su agarre.

—No vuelvas a hablar así de ella.

—¿En serio? ¿Ahora te preocupa? No lo hacía cuando la hiciste llorar. No lo hacía cuando vino a mí. Triste, completamente abatida. Así la encontré tras salir de tu piso, yo fui el que la sostuvo y consoló. Ahora necesito dar con ella para quitarle todos sus estúpidos miedos de golpe, para obligarla a comprender que su enfermedad no es importante. —Y se detuvo. No iba a contarle sentimientos que, de pronto, se esclarecían ante él. Ella era mucho más que un cuerpo que no había tenido por completo. Era la primera vez que una mujer que no había compartido su cama le interesaba hasta tal punto, aunque siendo totalmente fiel a la verdad nunca se había sentido tan interesado por nadie.

—Te ayudaré, espero que te joda vivo y no quiera ni verte, pero te lo daré. —Vació otro vaso de un solo trago. Ya no le abrasaba la garganta, simplemente descendía dándole calma y afianzando su pulso—. Ella es mucha mujer para ti, pero parece que le gustas. Sabrá dios el motivo.

—Quizás porque soy mucho más hombre que tú y no tengo intención de hacerle daño.

—¿Eso crees? —Sonrió cansado, tentado a sacarlo fuera y olvidar sus palabras anteriores. Podría hacerlo, sin embargo, incluso ahora, la posibilidad de que aquel tío pudiera ayudar a Noemí en lo que fuera lo retuvo. Noemí lo merecía y él se sentía cada vez más lejos, ella se iba apartando de su camino y no podía seguir reteniéndola. A veces lo mejor es soltar la cadena y dejar que se vaya—. Espero que tengas razón.

Carlos se inclinó sobre una libreta y tras unos minutos arrancó una hoja. La dejó caer sobre la isla sin mirarlo, girándose mientras Edgar la recogía y se largaba.

Carlos recordó el momento exacto en el que supo que amaba a Noemí, que buscaba estar con ella cada vez que podía, incluso inconscientemente. Debió haber puesto distancia, haber visto que ella jamás lo vería. Se convirtió en su perro, en alguien que besaba el camino que pisaba la joven. Carlos no se avergonzaba, solo temía el futuro.

Su teléfono sonó, era Melanie informándole del estado de Noemí. Se lo había pedido días atrás, sintiendo que las respuestas secas y cortas de ella eran demasiado para él.

Melanie “Está durmiendo algo. No la dejaré sola.”

Carlos asintió y miró el cielo nocturno por la ventana. Desde donde se encontraba no podía ver

las estrellas, incluso la luna parecía haberse ocultado de él. La ciudad estaba dormida, las calles vacías, pero seguían conteniendo millones de historias. ¿Existía alguna mujer que pudiera calmar su pena? ¿Existía un final feliz también para él?

Si Noemí sobrevive buscaré el amor lejos de su persona, se prometió.

Capítulo 16

Tenía su teléfono y dirección y, para evitar problemas, decidió plantarse directamente en su casa.

Se puso unos vaqueros rotos y una camiseta negra que le aportaba seguridad. Colonia y algo de crema. Se miró por undécima vez ante el espejo, no porque le preocupase verse guapo sino para buscar lo que le diría, qué argumentos esgrimiría para que le permitiera franquear la puerta.

Eran las seis, se escabulló con la mascarilla ocultando su rostro. Avanzó como un fantasma y cuando llegó necesitó serenarse. Agradeció al imprudente que dejó la puerta del portal abierto y timbró apartándose lo justo para que no pudiera verlo por la mirilla.

No tuvo que esperar mucho.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Era ella, Edgar salió de su escondite. Su reacción no fue la que esperaba—. ¿Quiere algo?

La de Edgar tampoco fue la mejor. Cuando la miró bien, cuando la luz que provenía del interior del piso le ayudó a fijarse en los detalles fue su pelo largo y hermoso el que lo dejó confuso. ¿Lo había engañado? ¿Por qué? No era posible...

—¿Noemí? No comprendo cómo... —tartamudeó él confuso —¿Querías jugar conmigo? Es la excusa más cruel que podías haber usado si lo que querías era que te dejase en paz. ¿Es eso? Me repugna que hayas sido capaz...

Pero se acercó a ella. Sarah lo miraba atónita, cada vez que iba a hablar Edgar lo hacía antes.

—Yo...

—¿Qué excusa pondrás? Puedo ver con mis propios ojos que no te pasa nada. —Y se aproximó, tomando uno de los mechones de Sarah entre los dedos—. Joder, no tienes ni puta idea de lo mal que lo he pasado pensando que podrías estar enferma. Incluso ahora te necesito, ¿por qué? —Y tiró de ella para acercarla.

Sarah estaba nerviosa, quiso apartarse y mantuvo las manos entre ambos. Una barrera que él respetó.

—No soy Noemí —declaró ella mirándolo fijamente. Edgar negó cansado, se apartó dispuesto a irse—. Espera, si quieres respuestas sígueme.

—No voy a ser un muñeco con el que puedas jugar a tu antojo. Creí ver algo entre los dos, quizás solo estaba en mi cabeza —aseguró viéndose ridículo al haber corrido hacia ella, al haber puesto todas sus esperanzas en alguien que en ningún momento fue sincera. ¿Qué había creído ver?

—Ya has llegado hasta aquí, ¿qué podrías perder?

Y caminó siguiéndola por pura curiosidad, se dijo, aunque mentía. Lo hizo pues apartarse de esa mujer era demasiado difícil, pues lo que sentía a su lado, lo que se retorcía en su interior al pensar en Noemí era demasiado intenso. Sin embargo, desde que había abierto la puerta algo iba mal, no sabía el qué, pero era como si la llama a su lado, aquella noche, se hubiese apagado.

—Yo, no... —Ella levantó la mano y le pidió que guardase silencio. Se detuvieron y ella se internó en una habitación.

Edgar escuchó susurros, ¿de verdad pretendía presentarle al que sin duda compartía su vida?
¿Qué tipo de sádica escondía en su interior Noemí?
Lo que vio a continuación lo dejó aturdido. ¿Se había dado un golpe en la cabeza?

Capítulo 17

Doble, veía doble.

Una estaba intacta, su cabello largo, su piel inmaculada, sus labios rojos y llenos de vida. No obstante, fue la otra. Su mirada esquiva, sus labios agrietados, su cabeza casi desnuda... No podía ser...

—Noemí... —la llamó pues había descubierto su error, pues era ella la misma que lo tenía hechizado. Incluso ahora, con las ojeras y su palidez, incluso con aquella postura cansada y el temblor de su cuerpo quedando patente en sus movimientos, incluso ahora la deseaba. Algo en el interior de la mujer tiraba de él, lo invitaba a quedarse por siempre con ella. Si algo deseaba era quedarse como su compañero, para las buenas y las malas. ¿Qué culpa tenían ellos de haberse encontrado en las malas? Llegarían momentos mejores, debía ser así —Noemí, te he encontrado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Noemí. Sarah la empujó con suavidad sin terminar de soltarla, estaba presenciando algo insólito. Su hermana, la misma que creyó inmune al amor, estaba temblando por un hombre que, a todas luces, no esperaba que fuera a presentarse en su piso. Lo veía y seguía sin creérselo, pensó Sarah.

A pocas horas de la operación la sorpresa fue mayúscula. Quiso tocarlo, pero la avergonzaba que al acercarse la viera detalladamente. Sin maquillaje ni gorro, sin vestidos bonitos ni pendientes. Solo ella, una ella que no tenía fuerzas ni para besarlo, pero deseaba que él la tomara. Se dejaría hacer, ansiosa por sentirlo como fuera.

Triste, no era más que un cuerpo que apenas conseguía moverse. Una mujer más fantasma que mujer.

—Necesitaba verte, hablar contigo —se sinceró Edgar. Entre ellos siempre hubo demasiados secretos, demasiadas preguntas que nunca tuvieron respuesta—. Si creías que dejaría que te quedases con la última palabra no me conoces en absoluto.

—¿Es eso? Di lo que desees, aceptaré todo de cuanto quieras culparme —aceptó ella, apoyándose en la pared y deseando dejarse caer.

—¿Me acompañas? —Y sin esperar una respuesta tomó a Noemí del brazo que tenía libre y se la llevó consigo. Sarah se lo permitió, retirándose de un momento que debía ser íntimo—. Estás hermosa —susurró contra su oído.

—No tienes que mentir. Casi soy una moribunda, no se lo contaré nada a nadie. Confíesate, estoy horrenda, nadie me querría así y me querrá aún menos cuando terminen conmigo.

Edgar no se lo pensó. Tomó sus labios con la necesidad de un sediento que se descubre ante si una fuente. Los besó desesperado por hacerle comprender que no le importaba, que ella seguía siendo sensual, delicada, preciosa.

La lengua de Edgar la buscaba, la tentaba. Gruñó con posesividad sobre sus labios, ella se aferró a él con todas sus fuerzas, deseando creer esa necesidad. Las mariposas se despreciaron en su vientre, ella sonrió porque él conseguía acelerar el tiempo y disipar sus dudas.

Noemí pasó de pensar que no lo superaría, que no había motivos para hacerlo, a esperar tener suerte.

—Preciosa, sigues siendo la misma. Tus labios siguen siendo los más deliciosos que he tenido el placer de saborear —sentenció él, acariciando su mejilla, dejando que su mano izquierda vagase por su rostro, hasta llegar a su nuca. La otra fija en su cintura, ella suspiró con fuerza.

—No lo hagas. No me hagas promesas y sueltas hermosas palabras que se evaporarán cuando... —Tomando la mano izquierda de Edgar se la llevó al pecho—. ¿Lo sientes? Se irá, mañana ya no estará ahí.

—Comprendo, pero...

—No, no lo haces. No digas nada, no merece la pena. Mañana estaré incompleta, ¿suena extraño? ¿Cómo me enfrentaré a no ser yo? ¿Cómo podría estar contigo si ni yo misma soportaría estar en mi piel? —Escondió el rostro en el pecho de Edgar, sintiéndose feliz de que no le hubiera hecho caso, de que la hubiera buscado.

—Te amaré por los dos. Para mí serás tan perfecta que será suficiente. Te enseñaré que eres mucho más que un cuerpo, eres única a mis ojos y quiero seguir conociéndote.

—No será suficiente. No lo será, puedo sentirlo —confesó aferrando sus hombros con tanta fuerza que las uñas de Noemí lo arañaron. Se ancló a él y de pronto, todo el cansancio que había ido acumulando, las noches que se había pasado imaginándose cómo quedaría después, le pasaron factura.

Entre sus brazos halló el descanso que llevaba días esquivándola. Sintió los párpados caer sin que pudiera evitarlo, la lucha fue infructuosa y Edgar guardó silencio.

Edgar acunaba su cuerpo, besaba su frente, disfrutaba de tenerla dormida, con la guardia baja. La miraba absorto, sintiendo pena, pero no por su físico, sino por la batalla que sentía que se desarrollaba bajo la piel. Quiso absorber sus miedos, poder evitar que cuando la realidad le mostrase el resultado de la operación ésta la golpease con demasiada dureza.

—Mi pequeña sirena, llevas tanto tiempo en el inmenso mar que has olvidado que nadar entre una multitud te esconde. Mi pequeña sirena, crearé un mar solo para ti, para nosotros. Eres mía y te lo demostraré. Todavía no lo sabes, pero yo te pertenezco desde el primer día en el que nuestros caminos se cruzaron.

Y ella sonrió en sueños, pues en ellos Edgar también estaba. La amaba sin restricciones, ambos perfectos, ambos sonrientes. Se miraban y se devoraban hambrientos de la piel del otro, necesitados del consuelo y felices porque ya no estaban solos.

Capítulo 18

Quedaba mucho por decir entre los dos. Rodeados por Melanie, Sarah y Martín, se mantenían cerca, pero en silencio.

Noemí se había dejado tomar la mano, él aceptó ese gesto como suficiente por el momento. Debía acompañarla y dejarla marchar, esperar las noticias en una sala sin más compañía que su miedo a perderla.

Ella se mostraba segura de sí misma, dejar que la mutilaran era la única opción que le quedaba. Nadie podría asegurarle el éxito, como bien había dicho la doctora corrían el riesgo de que hubiera metástasis. Nunca se podía asegurar que lograrían extraer todo el cáncer, lo intentarían al menos.

Llegaron al hospital y Noemí se detuvo. Cuando sus ojos se conectaron con los de Edgar él asintió despacio. Se quedaron atrás, unos minutos que los demás les concedieron.

—¿Estás segura? Puedo acompañarte, seguro que lo comprenderán.

—Debo hacerlo sola. ¿Estarás ahí cuando despierte? —preguntó Noemí entonces. Edgar temía que fuera a mandarlo a la mierda, que le pediría que la dejase en paz, en lugar de eso reconoció que lo necesitaba y eso hizo que la amase más. Hacía mucha más valentía en eso que en rechazarlo.

—Nadie podrá impedírmelo.

—¿Me besas? —imploró ella.

Cuando él la sintió entre sus brazos quiso llevársela lejos, evitarle toda la agonía que tras aquellas puertas la esperaba. Tensó la mandíbula frustrado.

¿Por qué no lo aceptaba con ella durante lo que habría de convertirse en una tortuosa espera? Porque la bata, la vía, la propia habitación, le restaría la poca confianza que conservaba. Le quería lejos, conservando una visión de ella en la que era valiente, la más valiente de todas. ¿Y si se le escapaban las lágrimas? ¿Y si deseaba salir corriendo? Él no lo sabría nunca, no vería su cara de terror cuando avanzasen por los pasillos, ni como habría de cerrar los ojos para no ver a tanta gente rodeándola mientras la sedaban.

Dormir era el descanso que le concedían mientras la operaban, algo que agradecía de corazón. Si hubiera tenido que estar despierta no habría podido evitar volverse loca.

Sin embargo, antes de que todo eso sucediera, antes, volvió a tomar los labios de Edgar por segunda vez. Lo necesitaba y él se lo dio, la abrazó y ella respiró su aroma masculino queriendo memorizarlo, conservarlo eternamente.

—Estaré ahí —le prometió Edgar mientras la veía entrar y Martín se acercaba a él.

—Estará bien —dijo el recién llegado con una sonrisa cansada que no servía de nada—. ¿Tomamos un café?

Capítulo 19

Fueron horas interminables. Edgar sintió que las dudas tenían más poder que la cordura, que podía perderse en sus miedos sin ser consciente de ello, despertando de vez en cuando para verse inmerso en una conversación con Martín o Sarah que no recordaba que se hubiera iniciado.

En ocasiones contestaba sin más, las primeras palabras que cruzaban su mente eran las que salían por sus labios, aunque la mayor parte el tiempo escogía el silencio como único refugio.

Aquel bar debía estar acostumbrado a bregar con gente triste, apenada, pues no dijeron nada cuando los cuatro, con una Melanie que no dejaba de entrar y salir, continuaron allí pasada la hora de la comida.

El estómago de Edgar rugía, ni se planteó saciarlo. La idea de hacer algo tan insignificante cuando Noemí se enfrentaba a la muerte era repulsiva para él.

—Deberías tomar algo. No le servirás de nada en este estado. Lo que Noemí precisa es que seamos fuertes por ella, que le demostremos que nada ha cambiado. —Sarah no consiguió su cometido. Edgar no se movía.

—Amor, déjale. Solo de imaginar que hubieras sido tú siento ganas de... —No encontró una palabra que pudiera expresar el miedo, la preocupación, la frustración que habría sentido. La idea lo quemaba, dio gracias al cielo porque la mujer que amaba estuviera sana. Es más, la había acompañado él mismo a hacerse una revisión a fondo.

Martín besó a Sarah guiado por su necesidad por ella. Por el amor tan inmenso que crecía día a día, cuanto más la conocía más seguro estaba de que había conocido a un ángel que lo había bendecido al hacer que un sentimiento tan inmenso fuera recíproco.

Edgar tuvo que apartarse por no estallar contra el mundo mismo. Ver a Sarah era como ver a Noemí, como saber lo que podría tener, mientras sentía que Noemí se alejaba de él, quizás para siempre. ¿Y si no tenía la oportunidad de conocerla a fondo? Quería hacerla sonreír, reír con fuerza. Llevarla a patinar, ver juntos la puesta de sol. Disfrutar de su cuerpo, pero también de largas conversaciones en las que se internarían en cuestiones sin importancia para terminar en largos debates existenciales.

Cuando el teléfono de Sarah sonó todos temblaron. ¿Era mejor tener noticias o no tenerlas?

Corrieron como nunca, solo Martín tubo la cabeza de tomarse el tiempo necesario de pagar la cuenta.

Se plantaron ante la doctora exigiendo más que pidiendo explicaciones, no la culpaban a ella, pero en el estado de nervios en el que se encontraban no había mucha diferencia. Nadie podría culparlos, la doctora estaba más que acostumbrada a tratar con los familiares y se llenó de paciencia. Muchos decían que operar era complejo, para ella, sin embargo, esta era la peor parte.

—¿Cómo se encuentra? ¡Díganos algo de una vez! —Solo Sarah era familia directa, no obstante, Edgar no tenía intención de alejarse. Ambos se aproximaron tanto a la doctora que ella se sintió incómoda.

—La operación ha ido bien, ahora tendremos que esperar a que despierte. Hemos tenido que extirparle más tejido del que esperaba y temo que la recuperación será lenta. No deberá hacer esfuerzos los primeros días, han de desinfectar la herida cada día y... mucho me temo que ha perdido todo el seno derecho. —La doctora tomó aire, bajó el rostro apenada pues, aunque la vida era más importante que un solo trozo de cuerpo, la repercusión psicológica que tenía en las pacientes era demasiado importante. ¿Cómo recuperar el cuerpo cuando el alma no soportaba estar en él? Quizás otros doctores se rieran de ella, sin embargo, esa doctora en concreto había visto demasiado para una sola vida. Tantos pacientes y enfermedades, tantas noches velándolos cuando, tras turnos de veinticuatro horas, de tratar por todos los medios conseguir extender sus vidas, perdía a alguno... Siempre veía la mirada triste en sus pupilas, congelada en un grito eterno —. Estaré arriba, si me necesitan solo tienen que llamar a una enfermera.

—¿Podemos verla? —inquirió Sarah casi sin voz, queriendo correr a su lado y con miedo ante lo que pudiera encontrar.

Era algo por lo que pasaban tantas personas al año y Sarah comprendió entonces la fortaleza que, tanto los familiares como los pacientes, mostraban. Seguir con una falsa normalidad, fingiendo que un catarro o una simple gastroenteritis podría llevarse a los que no hacían más que luchar. Era una lucha continua, paso tras paso, una carrera agotadora que los dejaba a todos sumidos en la preocupación constante.

—Sería mejor que pasasen de uno en uno. —Y Sarah y Edgar se miraron, él dio un paso atrás y ella le dio las gracias en un movimiento de labios que no reprodujo sonido alguno. ¿Cómo tratar de argumentar cuando él no era más que un visitante en su vida?

Pasaron dos horas hasta que Sarah salió. Edgar entró despacio, el dolor que sintió al verla allí tumbada, al tomar su mano y comprobar que ella no respondía... Fue una agonía física, una puñalada certera que lo dejó atontado, que hizo que besase su mano tantas veces y con tanta devoción que en cada uno de ellos quiso hacerla volver.

Edgar no quería mirar, sus ojos lo traicionaron. Quedaba tan patente que el otro pecho no estaba, esa ausencia de una curvatura bajo la sábana, prefirió que durmiera por el momento.

—Mi princesa hermosa, lucha. Lucha y quédate conmigo. —Le chispeaban los dedos por tocarla, quería abrazarla y que lo usase a él como colchón.

Miró hacia la puerta sintiendo que hacía una travesura, verse libre de miradas inquisitivas hizo que se moviera. Se aproximó al lateral de la cama y se tumbó despacio. No llegó a moverla, prácticamente la mirada de su cuerpo estaba fuera del colchón, apenas la rozaba, sencillamente disfrutó de apoyar la cabeza sobre su brazo y mirarla, imaginarse que dormía.

—Una guerrera capaz de vencer a la muerte, capaz de convertirme en tu esclavo. Eso soy preciosa y necesito que despiertes para demostrártelo. Quiero ser tuyo siempre, siempre. Sobrevive por mí. —Edgar acarició su cabeza, notando la piel que había debajo, apenas unos cabellos que habían plantado batalla y mostraban el hermoso tono que antes enmarcaba su rostro —. Te lo han quitado todo, eso dijeron, te lo han quitado todo y no regresará. Has ganado, lo has hecho.

Y quiso creerlo, necesitaba hacerlo.

Capítulo 20

Un día y medio tardó en despertar. Callada, silenciosa. Pidió ayuda y lo primero que hizo fue ir al baño. Se encerró como pudo y se plantó ante el espejo. Miró su reflejo aturdida, se puso de lado y se aferró al lavabo sin apretar demasiado, sintiendo los tirones en la herida.

—Noemí, ¿estás bien? —preguntó Edgar golpeando la puerta con suavidad. Ella dio un paso, rozó la tosca madera que los separaba y dejó que su peso reposase sobre ella.

—Cansada. Quizás deberías irte a comer y ducharte, ¿no es eso lo que suele decirse? —replicó Noemí mirando las feas y toscas baldosas de aquel servicio, muchas de ellas tan desgastadas por el tiempo que la sorprendió que siguieran en su sitio. Al menos estaba limpio y eso ya se agradecía —Temo que no me darán hoy el alta —añadió riendo cual hiena, nerviosa, no quería salir de allí. Volver a una sala aséptica y triste, de colores sobrios que ya anticipaban un triste final.

—No me iré a ningún lado, solo me alejaré de ti cuando tenga que ir a mear —soltó él con desparpajo—. Aunque creo que tendrás que compartir tu comida.

—¿En serio vas a robarle comida a una enferma? —Sonrió mirando el grifo, el retrete, mirándolo todo sin que nada le llamase la atención. Las piernas le temblaban, se mecían avisándola de que era mejor que regresase a la cama, no les hizo caso, poniéndolas a prueba.

—Soy un chico muy malo. También pienso seducirte y llevarte a pecar conmigo. Ya tengo tantas ganas de que te recuperes del todo, es que, aunque sea una confesión impropia, la bata me hace recordar películas que siempre me gustaron cuando era joven. —Ella se tocó la mejilla húmeda, limpió las lágrimas despacio, cansada.

—No creo que...

Edgar miró tras él y, al ver que Sarah se había ido con Martín a tomar algo, continuó. No la dejó adentrarse en la reflexión, en su situación actual.

—Volver a recorrerte con la lengua, saborearte. Quizás tenga que esperar para tomarte como te mereces, pero puedo adorarte. Eres mía, preciosa. Eres mi tesoro y tienes que acompañarme y dejar que te cuide —le pidió entonces—. Abre.

—No estoy preparada.

—Lo estás, solo que aún no lo sabes —le explicó él como si hablase con una niña.

Noemí se sintió tambaleante y recorrió el cerrojo.

—Soy muy caprichosa, huirás antes de dos semanas. Ni dos días tardarás en salir corriendo. —Gimió al sentir el dolor traspasarla.

Edgar entró y la ayudó a caminar, se convirtió en su bastón. Cuando quiso beber era su mayordomo, cuando coger la cuchara de la sopa fue difícil él lo hizo por ella. Convirtió el proceso de comer en algo divertido, trató de hacerlo con todas las pequeñas pruebas que se le fueron presentando.

Capítulo 21

Dicen que nada es real hasta que lo vemos con nuestros propios ojos. Que nuestro cerebro nos diga que algo ha sucedido no le da validez a un hecho, no hasta que nuestros ojos le aportan pruebas que guardar al lado de la información. No hay nada más real que lo que nuestras retinas reciben, dos gemelas chismosas que no engañan, que son crueles en demasiadas ocasiones.

La enfermera dejó la bandejita ante ella, se tomó su tiempo y lo hizo con tanta delicadeza como tenía a su disposición. Estaban solas, les habían pedido que los demás salieran de la habitación. Noemí la miró y trazó una mueca sombría que estaba destinada a reflejar una tranquilidad que se escurría rumbo al desagüe, mientras su cuerpo se tensaba ante los pequeños toques de dolor.

Era una venda larguísima, eso pensó a medida que la enfermera la desenvolvía cual momia. ¿Estaría apergaminada también? Se miró de reojo los dedos, como cerciorándose de que no era más que un pensamiento infantil y estúpido.

Cuando terminó y la piel quedaba al descubierto Noemí cerró los ojos. La enfermera la dejó para que volviera a vestirse, ella lo hizo con los ojos tan apretados que veía un precioso color blanco.

—Debe aplicarse esta crema y... —Cuando dejó una hoja de papel con las instrucciones de cuidado a su lado Noemí la miró.

—¿Se puede vencer del todo? Temo llegar a la revisión y que se haya reproducido. —Podía oler su presencia, sentirla bajo la piel. El cáncer la acompañaba incluso ahora, incluso cuando todos le repetían que se había ido. Una pregunta resonaba en su cabeza, ¿desde cuándo? Recordaría siempre la fecha en la que le dieron los resultados, pero, ¿cuánto tiempo habían convivido ambas? —Ya no me hago ilusiones. —Se encogió de hombros—. No importa, no hace falta que me conteste.

—Me gustaría hacerlo —replicó entonces la enfermera deteniéndose y mirándola—. Aunque quizás no es lo que buscas. —Se acercó a la ventana, pocas veces tenía tiempo de pensar en su trabajo. Era de las personas que era incapaz de estarse quieta, sus manos siempre buscaban algo en lo que estar ocupadas, no obstante, la mujer que la observaba le había recordado por qué había decidido ser enfermera.

Actualmente las personas ya no buscaban aquello que les pedía el alma, muchas veces el alma no dirigía sus ojos hacia oficios que estuvieran bien remunerados, o preferían no invertir tanto esfuerzo en lograrlo, la realidad era que cuando elegían el oficio que querían desempeñar el resto de su vida muchas veces eran elecciones aleatorias o hechas por conveniencia. Con María, la enfermera cansada y de mirada adusta que le daba la espalda, no había sido así.

María tenía un corazón duro, cuando tenía que curar las heridas de los pacientes no veía sus rostros, no quería escuchar sus historias. Tantos años en esa profesión le habían mostrado más tristeza y dolor de las que nadie debería presenciar. Aunque era eso lo que buscaba, pensó, incluso sin ver sus rostros los atendía con cuidado, tratando de mejorar, dentro de lo posible, el

presente de los pacientes que llegaban a ella.

—Yo tenía dos hijos. Rebeldes, lo cierto es que me dieron mucho trabajo. Era ama de casa y les dediqué cada minuto de mi día y demasiados de mis noches. Mi marido trabajaba y yo hacía todo lo demás, no me quejo, siempre disfruté de la posibilidad de compartir sus vidas. Todos los recuerdos que tengo se los debo a que mi marido me dejase quedarme con ellos. —María tomó aire. Era mayor, cualquiera pensaría que en breve se jubilaría, a nadie le contaría que ya debería haberlo hecho. No obstante, allí seguiría mientras las piernas y las manos siguieran respondiéndole—. Tenía dos hijos guapos y estúpidos, demasiado estúpidos. —Miró al fondo, sus ojos se nublaron, pero había pasado demasiado tiempo desde entonces y había logrado, tras mucho esfuerzo, controlar esas emociones. Se volvió despacio—. Ellos tenían toda la vida por delante y eso lo sentían en la sangre. Un error, un solo error y todo terminó. Quizás te sientas condenada, sin embargo, lo cierto es que la muerte puede suceder por tantos motivos y en tantos momentos que no tiene sentido que pienses en eso. ¿Tienes cáncer? Es jodido, tampoco tiene que ser el motivo que el forense encuentre como causa el día que mueras. Nadie puede ver el futuro, si lo hubiera sabido mis hijos no habrían bebido aquella noche y no habrían cogido el coche. Yo no estaría aquí, no me refugiaría en mi trabajo para no volver a una casa vacía.

—Lo siento mucho. No lo sabía...

—¿Cómo podrías? —María la miró y sonrió, se notaba el sufrimiento en su gesto, había pasado por algo que una madre no debería sentir nunca. La pérdida había reconducido sus pasos, se había aferrado a los libros primero y al trabajo después. Se alzó sobre unas cenizas que le habían gritado demasiadas veces que simplemente se lanzase al vacío desde el balcón y abrazase el final. Era vieja, a nadie le importaría. No la llorarían porque los que debían hacerlo partieron antes, sin avisarla con tiempo suficiente para despedirse.

—Soy una egoísta.

—No lo eres. Pensar en la muerte es lógico, pero si has llegado hasta aquí, ¿quién podría destruirte? —Recogió la bandeja, en su mente ya se había tomado demasiado tiempo en un descanso que todavía no había llegado. Ella siempre había sido muy rigurosa. Muchos la criticaban por su manera de ser, María estaba orgullosa. Se cuadró recuperando fuerzas, las necesitaba. Temía a la vejez más que a la muerte pues la primera la dejaría aislada, sola, recluida en unas paredes que antaño llamó hogar—. Las mujeres somos fuertes, mucho más de lo que pensamos. Lo descubrirás, tienes que hacerlo. Lo veo en tus ojos.

Noemí se levantó entonces con las palabras de la enfermera resonando en su cabeza. Fue hacia el espejo y abrió la bata. Aquel trozo de tela, si es que podía llamársele tela, que apenas conseguía ocultarla. No cubría nada, aunque daba acceso a los médicos a todo cuánto necesitasen si era necesario. La vergüenza quedaba en segundo plano cuando entrabas allí. Era una cláusula más que todos conocían e ignoraban, tratando de diversas maneras de conservar algo de intimidad. Al menos el coronavirus había ayudado en eso, las visitas eran escasas y mal recibidas por las enfermeras.

Se meció. La cicatriz era enorme, roja, resaltaba sobre su piel como una luz en la oscuridad. Lloró y lo hizo sin saberlo. Las lágrimas descendieron, le temblaban las manos. Era ella, era ella, sentía la herida, era ella... repetía sin control.

Tenía que aceptarlo, que aceptarse. Se concentró en memorizar su nueva realidad, la oteó durante tanto tiempo que se quedó aturdida. Solo el golpe en la puerta consiguió hacerla despertar.

—Noemí, ¿puedo entrar?

Y fue una pregunta que encerraba mucho para ella. ¿Entrar dónde? En su corazón ya lo sentía, lo calentaba despacio, pero lo calentaba. ¿En la habitación? Lo haría, aunque ella se negase.

Quería luchar a su lado, ella no tenía fuerzas para rechazarlo cuando solo su presencia le daba algo de alegría.

Asintió sabiendo que no la veía, tardó unos segundos más en conseguir soltar un seco “sí”.

Lo miró cuando cruzó la puerta. Él se acercó y le tendió los brazos.

—Es horrible, peor de lo que pensaba.

—Mejorará. —Quiso calmarla, ella levantó el rostro sin tapar su llanto, sin intención de ocultarlo. Estaba cansada, lo necesitaba más que respirar. Quería que la besase, que la sostuviera hasta que la tristeza desapareciera. Necesitaba sentir sus manos, sus labios, ¿qué sucedería cuando la viera? Quizás era como quitarse una tirita, mejor de un tirón enseñándosela ya, lo dejó correr por tenerlo con ella.

Se aferró a Edgar con las uñas. Mordió su hombro mientras lloraba, gimiendo como una niña chica. No había máscaras, no tenían sentido.

—Soy horrible, ya no queda nada que puedas amar. ¿Y si te pidiera que te quedaras a pesar de todo? ¿Soy egoísta? —Él sonrió y la atrajo hacia su cuerpo, la veía tan indefensa que necesitaba sentirla. Fundirse en uno solo, era lo que ambos deseaban en el fondo.

—¿Y si yo deseara tenerte para siempre en mi vida? ¿Soy egoísta? No puedo explicar lo que me ata a tu lado, pero desde que te vi se que no podría estar en otro lugar más que aquí. Verte, oír tu voz, poder rozar tus manos y, si tengo suerte, tu boca. Esa es ahora mi felicidad.

Ella alzó el rostro, él la besó. Introdujo la lengua en la boca femenina desesperado por revivirla. Quería la misma pasión que la primera vez, necesitaba arrancarle notas de placer que creasen la melodía perfecta. Ella era mucho más que lo que ahora mostraba, lo sentía en su interior.

La sostenía como si pudiera romperse y la devoraba cual león hambriento. Necesitaba una intensidad que no podía pedirle por miedo a dañarla, pero esa necesidad de palparla, de saber que era real y no una fantasía fruto de algún sueño...

Ella se alejó jadeante.

—Así es como te ves más bonita —Ella iba a recolocarse el pelo y no encontró nada. Su viejo gesto de nerviosismo la hizo recordar que ya no poseía su melena, ni su pecho. Ya no bailaba sintiendo cada músculo, cada hueso. Su piel estaba ajada, sus labios rotos. ¿Cómo podía gustarle?

—No es cierto...

—Me gusta cuando peleas y niegas lo evidente, pero eso no cambia la realidad. Me gustas incluso con el ceño fruncido, me gustas. —Besó la punta de su nariz—. Me gustas. —Besó su mejilla—. Te ves hermosa con ese nuevo corte de pelo. —Ella abrió los ojos sorprendida y él depositó otro beso en su ceja—. Guapa y tentadora.

—No estoy preparada.

—Tendrás que hacerlo. Te obligaré a quererte tanto como yo lo hago.

Capítulo 22

Y le dieron el alta y el piso se convirtió en su cárcel particular.

Pasaron los días, las semanas. En la revisión todo iba bien, ella seguía pensando que algo se les escapaba, pero sonrió ante todos.

Sus pensamientos vagaban libres cuando el martes notó que Edgar llegaba más tarde de lo normal. Eran las siete y todavía nada, ni siquiera una llamada. No quiso ponerse nerviosa, no lo haría. Era ella la que le había dicho que tenía que salir, que podía quedar con amigos o disfrutar de la luz del sol sin sentirse culpable. No obstante...

—¿Le habrá sucedido algo? —Le preguntó a la pared.

A las nueve ya no puedo evitar mandarle un mensaje:

“¿Hola? Perdona que te moleste, pero quería saber si te ha pasado algo.”

El doble check indicaba que lo había visto, sin embargo, no hubo respuesta. No quiso pensar en ello cuando Sarah la llamó para cenar.

Iba envuelta en su bata rosa, mullida, sintiéndose segura. Estaba abatida, se quedó sorprendida.

Edgar estaba sentado en la mesa, le sonreía conocedor de un gran secreto. Solo habían colocado dos servicios.

—¿Qué pasa? ¿Me pierdo algo? —preguntó Noemí mientras se acercaba para coger un vaso de agua. Lo llevó hasta los labios, aunque apenas la probó.

—Nuestra cita —espetó Edgar levantándose para apartarle la silla.

—¿Estás loco? —inquirió Noemí, a la que le había ido creciendo el pelo y ruborizado la piel. Se veía mejor, al menos en parte. Sonrió y le siguió el juego.

—Tu hermana me contó que te estaba buscando novio.

—¿Eso hacía? —Y miró a su gemela, que se alejaba por el pasillo.

—¡Os dejaré algo de intimidad! ¡A este no lo asustes que me ha costado mucho encontrarlo! —aulló Sarah levantando la mano a modo de despedida por esa noche.

—¡Te dije que no quería que planearas más encerronas! —gritó Noemí dejándose llevar.

Edgar la miraba en silencio, le había servido espaguetis y se sentía ridícula mientras la observaba comer. Se estaba manchando, al final dejó el cubierto pues su estómago se había cerrado.

—¿No vas a hablar? Es una cita, tenemos que conocernos mejor.

—¿Mejor? Me has visto desnuda.

—Y me gustaría repetir, aunque creo que tendré que esperar un poco. —Estiró los dedos y rozó los de ella—. Quiero que sea especial.

—¿Más que en la cocina con un bote de nata? —Ella lo tentaba, quería que la deseara, a pesar de que él tenía razón. No estaba preparada, ¿lo estaría algún día?

No lo creía posible. Desnudarse, dejar que alguien la viera, que Edgar la viera. No era tan fuerte.

Edgar decía que se veía hermosa, lo dijo incluso cuando ella no encontraba nada a lo que aferrarse. Había dejado de ponerse sus camisetas y blusas, había descubierto entonces que sus escotes eran demasiado pronunciados.

Su forma de vestir, de comportarse, se había recluido en sí misma. En lo que más se notaba era en sus movimientos, en su forma de bailar.

La tarde anterior Edgar había querido bailar con ella. Sarah, que era toda una bocaza, le había contado cuánto disfrutaba Noemí dejándose llevar y él quiso hacerla feliz.

No supo negarse y se dejó tentar, al menos hasta cierto punto. No conseguía liberarse de las cadenas que la mantenían rígida. La libertad de volar entre las notas, de que su cadera se meciera de tal manera que recordase a una culebra tentadora, alguien capaz de romperse y volver a montarse a sí misma en cuestión de segundos. Ella había sido capaz de moverse de tal forma que los deseos de los hombres cogían prestado su nombre, ahora... Sus manos siempre cubrían su pecho derecho, se había encogido de tal forma que ya no recordaba lo que era caminar con la espalda recta.

—Tengo muchas ideas que me encantaría reproducir contigo —confesó Edgar, la miró como si pudiera desnudarla, ella incluso colocó la servilleta de papel entre ambos.

—¿Sabes lo que solía hacer? —Noemí necesitaba alejar el deseo, hablar de cualquier otra cosa—. Espantaba a todos los hombres una vez los probaba. Repetir podía llevar a cogerle cierto cariño o incluso aprecio y siempre he huido de ese tipo de lazos.

—¿Temes enamorarte?

—¿Enamorarme? Temo que es una palabra demasiado inmensa. El amor no está destinado a mí, el amor duele demasiado. —Edgar se levantó, ella también lo hizo—. Estoy cansada.

—¿Qué sucede?

—¿Acaso no lo ves? ¿Cómo puedo quererte cuando no soy capaz de quererme a mí misma? No soportaré que me mires, que me toques sabiendo que... —Negó con fuerza, ni siquiera quería decirlo en voz alta—. Debes irte. Vete. Vete y no vuelvas.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo? —La voz de Noemí mostraba su nerviosismo. Edgar tiró de su mano rumbo al dormitorio, ella trató de negarse, pero él la arrastraba. Estaba decidido y ella necesitaba huir—. No me tocarás. No puedes hacerlo.

—No vamos a follar si es lo que piensas. —Ella respiró más tranquilamente—. Solo voy a verte desnuda. Piensa en mí como si fuera el doctor.

—¡Estás loco! ¡Antes te quito los ojos con las uñas! —aulló. Creyó que Sarah saldría a averiguar qué sucedía, mas su puerta no se abrió —No te dejaré hacerlo —aseguró cuando él la llevó al dormitorio y cerró con suavidad—. ¡¿No me escuchas?! —

—Lo hago, pero no me interesa lo que dices. ¿Tienes miedo? Preciosa, ¿me tienes miedo? — Fue el orgullo el que la mantuvo con la mandíbula apretada—. ¿Y bien?

Las lágrimas fueron las que llegaron, se deslizaron al tiempo que sus párpados caían.

—No lo hagas, por favor...

—Preciosa, no me pidas que me detenga. Debes hacerlo, nada en ti me podría resultar horrendo y necesitas...

—Vete... no me obligues —lo cortó al tiempo que suplicaba. Había cerrado los ojos sabiendo que si se lo pedía lo dejaría mirar, pero ella no podría hacerlo. Ver la repulsión en los ojos de Edgar, no podría soportarlo—. No puedo hacerlo.

Él la llevó ante el espejo y se colocó a su espalda. Habló sobre el oído de Noemí, un gesto que ella misma le había confesado que le encantaba. Sensual, según las propias palabras femeninas la

hacía estremecerse de pies a cabeza. Necesitaba hacerla reaccionar, ver la realidad, no solo lo malo.

—Mírame. Hazlo, preciosa.

—Edgar, vete. Hazlo ahora mientras ambos conservamos un buen recuerdo del otro. Si lo haces no querré volver a verte, no podré hacerlo. —Era una amenaza aderezada de miedo. Los brazos tan tiesos a ambos lados de su cuerpo que temía que, si trataba de moverlos, estos se romperían como el cristal. Finalmente le hizo caso.

El reflejo de una pareja, el hombre del espejo abrazaba a una mujer sombría. Ella estaba atónita ante la sonrisa masculina, sintió que su piel se erizaba cuando los dedos de él se posaron en su hombro.

—Debo arriesgarme, preciosa. Si no lo hago te encerrarás en tu crisálida y necesito ver a la mariposa. Te amo. —Ella volvió a apretar los ojos mientras su cabeza lo negaba, un movimiento taimado de alguien que se veía incapaz de enfrentarse a la afirmación de Edgar—. Te amo y no dejaré que te hundas.

—Quizás algún día, no será hoy cuando me enfrente a mis miedos.

Ella hizo amago de irse, él solo necesitó abrazarla y besar su nuca. Aspiró el aroma femenino y pensó que no había mejor fragancia en el mundo. Si hubiera podido habría embotellado dicha substancia para llevarla siempre consigo, rociaría cada almohada en a que tuviera que apoyar la cabeza, sus camisetas para sentirse siempre abrazado por Noemí.

—No debes enfrentarte a ellos sino a mí. Soy tu fantasma, tu sombra. Si levantas un brazo yo necesito hacer lo mismo, ¿acaso tú no me desearías si me faltase un huevo?

—¿Un huevo?

—No se me ocurría ejemplo mejor. —Besó la sonrisa de ella de refilón. Al tiempo que los labios de Edgar tocaban su piel la sonrisa desaparecía—. Voy a desnudarte, yo haré lo mismo. Voy a adorarte ahora y siempre, nada de lo que pueda ver me asustará o asqueará.

—No puedes estar seguro.

—¿De verdad? A mí me encanta este hombro tentador y lo que sigue más abajo. —Y otro beso cayó como gotas de rocío calmando el incendio que se había desatado.

Ella se tensó cuando él deslizó la tela de su camiseta, si no hacía nada descubría la enorme cicatriz, mucho antes incluso de tener la necesidad de quitarle el sujetador. Un sujetador que por sí solo tampoco era precisamente bonito.

Pensándolo con frialdad a Noemí aquel sujetador le parecía un engaño, era como haberse ocultado tras un complemento de plástico que rellenaba sus camisetas, pero no era cálido ni tenía la capacidad de sentir.

—No lo hagas...

—Déjame seguir. Quédate conmigo, no me abandones. Si es necesario me pondré de rodillas, suplicaré si es lo que tengo que hacer para que comprendas que no solo tú lo necesitas. —Y la desesperación que él mostraba la hizo ceder. Lo quería, lo necesitaba.

El espejo, apenas iluminado, hizo ver la piel de Noemí blanca como la nieve cuando aún no ha sido contaminada, cuando desciende directamente de las nubes y no ha tocado el suelo. Perfecta, suave, pero el gran secreto gritaba con demasiada fuerza.

Ella iba a taparse, él la retuvo.

—Detente ahora. Ya puedes imaginar lo que escondo, no podrás olvidarlo. No quiero que cuando pienses en mí sea eso lo que venga a tu mente. Podemos tener sexo, solo quiero conservar la camiseta. ¿Es mucho pedir?

—No te tendría por completo y no me gusta compartir, ni siquiera contigo misma. Si te hago el

amor lo quiero todo. Eres mía por completo, ¿verdad?

—Nunca he querido una pareja, ni novio, ni nada parecido. Solo sexo, solo eso. Yo soy más de encuentros rápidos y furtivos, la versión romántica no va conmigo —aseguró, aunque su corazón deseaba más no se veía capaz de prolongar en el tiempo una relación tan seria con alguien, pero ¿y si ese alguien era Edgar?

Sintió el impulso de girarse hacia él, se retuvo. Él deslizó la lengua por su cuello, ella se movió para darle un mayor acceso.

Rodeó su cintura, la pegó para que sintiera su dureza. Ella disfrutó del contacto y la urgencia. Después de tanto tiempo la tomó por sorpresa, pues creía que dicha necesidad se había ido ahogando en la pena.

—A mí sí que me quieres. Dímelo, pídemelo que me quede contigo. Necesito que me digas que notas la misma necesidad que yo, que tu día también comienza cuando estamos juntos. Por favor, preciosa. Sirena mía...

Su silencio le dolió, por un momento se preguntó si había malinterpretado sus sentimientos. No podía seguir con ella, con su amor creciendo día a día, si llegaría el momento en el que lo apartaría sin miramientos.

Iba a darle lo que tanto le había pedido, se alejaba para dejarla sola, pero los dedos de Noemí aferrados en su camisa lo detuvieron. No lo miraba, tampoco lo soltaba.

—Era feliz conmigo misma, hasta cierto punto me había acostumbrado. Ahora no lo soporto, no creo poder recuperarme. ¿Y si jamás vuelvo a ser la misma?

—Ahora lo ves así porque estás triste, porque es demasiado reciente. Lo superaremos, solo necesito que me dejes entrar. Que abras tu mente y compartas el peso que soportas. Quiero lo bueno y lo malo, porque lo bueno llegará, preciosa. Estoy convencido.

Ella quiso creerlo y tiró de él suavemente, sin mover nada más que su mano.

Dejarse caer sobre sus brazos con los ojos cerrados, sabiendo que puede que no la atrapase. De eso se trataba lo que él le pedía, confianza. Entre los dos había un silencio sobrecogedor, sus respiraciones agitadas era lo único que lo rompía.

Los dedos de Edgar desabrocharon el sujetador, ella lo dejó caer. Fue la oscuridad su compañera y amiga, su negativa a abrir los ojos cuando él comenzó a acariciarla.

—Soy una hipócrita, siempre dije que la belleza no era tan importante, pero en el fondo necesitaba la mía. Me gustaba cada detalle y ahora... Me siento incompleta, me da miedo que los ojos de desconocidos se percaten de mi secreto. —Tomó aire y, temerosa, dejó que sus párpados se levantasen. La luz era escasa y tardó unos segundos en verlo bien—. Llevo ese sujetador con un pecho falso y, aunque sé que es imposible, temo que los que me miran lo descubran. Como si fuera papel higiénico y, si no tengo cuidado, una punta se pudiera salir de la camiseta.

—No te lo pongas.

—Yo... Es una locura. No me atrevería a salir del dormitorio. No, no puedo, no puedo, no puedo —repitió cegada.

—Shh, tranquila. No importa. —Y él la besó, girándola para tenerla frente a frente—. Sigues siendo hermosa, más si cabe. Distinta, única. Tu fuerza me tiene obnubilado y espero estar a tu altura.

Se arrodilló y ella quiso hacer lo mismo, él no la dejó.

—¿Qué haces? Levántate ahora mismo. Por favor, no hagas el tonto.

—Hueles a pecado y te ves como una delicada diosa. Tuve miedo de perderte, ¿no lo comprendes? No importa lo que opinen los demás, eres sencillamente perfecta. —Y él acercó su boca al vientre femenino, lamió su ombligo jugueteando con él—. ¿Podemos jugar? Dime que me

dejarás ser un niño muy malo.

—Estás loco. —Lo acunó entre sus brazos, Edgar mordisqueaba su cadera.

—Por ti y quiero mucho más que esto. —Ella iba a protestar, él atajó antes—. Aun no estás preparada, lo comprendo. Ahora te pido a ti que comprendas que esta espera acaba conmigo. Eres mía y aun no lo sabes —comentó bajando un poco más la boca y hablando sobre el pantalón del pijama—. Deja de esconderte, eres el único refugio al que deseo regresar y todavía no he entrado. ¿No te parece injusto?

—¿Tan cruel soy?

Ella no se apartó mucho, temía que la distancia dejase que Edgar tuviera otra perspectiva de la herida. Edgar deshizo el lazo del pantalón con dedos trémulos, un nerviosismo que creía haber superado años antes.

Estar con Noemí, llegar hasta el final, era muy importante. El sexo, ya no era solo eso. Se trataba de cerrar una promesa, de asegurar que estaría a su lado, que eran algo a lo que ella no quería o no podía poner nombre.

Iban a hacer el amor, en el que había mucho más amor que otra cosa. Se necesitaban, él quería cogerla cuando cayera, ella refugiarse bajo sus atenciones y sentirse de nuevo especial. Noemí ya no controlaba nada, no había prisas ni un plan para cuando terminara. No usaría ninguna estrategia ni ocultaría nada de su persona, Edgar lo sabía absolutamente todo. Habían usado un camino demasiado largo para llegar hasta allí.

La desvistió y la tumbó, Noemí lo devoró despacio al tiempo que Edgar hacía un steaptease en toda regla, con cara de tonto y monerías sendas.

Se tumbó sobre ella y buscó sus manos. Besó su cuello, permitió que su instinto y hambre por hacerla gozar, por llevarla al paraíso y recordarle que quedaba mucho en el mundo todavía, que nada de lo que tuvo que pasar le impedía volver a ver la luz del sol, guiasen sus movimientos.

Enlazó las piernas acercándolo lo máximo posible, las apretó hasta que lo sintió tensarse, lo retuvo para que no se moviera y él se vengó comiéndole los labios, mordiéndoselos, llenando su boca con su lengua. Ella gimió, se arqueó y recordó que mostraba demasiado, retuvo su impulso, Edgar se percató.

—Tendré que hacerlo mejor para que dejes de pensar en cualquier otra cosa que en mí. —Y bajó la mano hasta que rozó el centro de Noemí, su centro en medio del placer, húmedo solo por él.

Y ella le fue dejando acercarse.

Rozó su entrada y quiso atravesarla con tanta contundencia que se rompieran ambos en el proceso.

—¿Qué estás esperando? ¿Te has arrepentido?

—No hables, estoy tratando de ser tierno y tomarme mi tiempo para darte todo lo que mereces.

—Pues deja de decir gilipolleces, nunca me ha gustado suave.

—¿No? ¿Y cómo te gusta exactamente? ¿Fuerte? —Y se deslizó arrebatiéndole la inspiración, ella boqueó y él sintió sus músculos arder por proseguir—. ¿O suave? —Y salió con tanta lentitud que pareciera que nunca terminaría de hacerlo.

—Yo también sé jugar a eso. —Giró la cara y miró la pared del fondo—. Lo sabía...

—Tómame preciosa. Necesito darte todo lo que tengo y lo que soy. No me importa lo que digan los demás, solo necesité verte una vez para saber que estábamos destinados. Quizás si no te hubiera visto me conformaría con otra, pero ahora sé que nadie más podría ocupar tu lugar. No te escondas, no ahora que te necesito conmigo. Quiero ver el brillo en tus ojos cuando trato de llegar al centro de tu ser. ¿No lo entiendes? Te amo, te amo y en el amor el físico no importa.

—Siempre importa, fue lo primero que hizo que reparases en mí. Te atraigo y solo eso ha conseguido que me busques. Solo eso.

—Al principio puede que fuera cierto. Ahora, sin embargo, podría decirte diez cosas que no tienen que ver con tu cuerpo y me tienen loco.

—¿Diez? ¡Qué generoso eres! —Quiso reírse, se moría por saber más—. ¿Y bien? ¿No vas a compartirlo conmigo?

—Te encanta esa bata peluda en la que te envuelves cuando estás en casa. Te ves diminuta en el interior, cual elfo juguetero. —Volvió a penetrarla—. Cuando te veo con esa bata tengo ganas de hacerte cosquillas durante horas para hacerte reír. Eso me lleva al segundo punto.

—¿Una bata? ¿Y si se estropea? ¿Tendré que remendarla toda la vida para ti?

—¿Lo harías? ¿Has dicho toda la vida? Creo que me gusta como piensas. —Y al gran Edgar, el que jugaba con dos y con tres mujeres al mismo tiempo en la cama, el mismo que sabía postergar su orgasmo el tiempo suficiente para que todas las que rozaban entre sus sábanas disfrutasen, tuvo que concentrarse para no derramarse en su interior.

Noemí lo llevaba al límite, cuando se movía o mecía las caderas para acudir a su encuentro le hacía perder la razón.

Y esa larga conversación que antes se intuía terminó de forma abrupta.

Edgar buscó más y se movió sin control, ella jadeó y gimió, se aferró con uñas y dientes al hombro masculino mientras el placer le daba una liberación momentánea, dejando sobre su cuerpo la cálida sábana del sueño.

—Deberías irte —sugirió ella.

—¿Y si te envuelvo entre mis brazos y protejo tus pensamientos?

Ella se encogió de hombros, él no necesitó más.

Capítulo 23

Necesitó más sesiones de quimio. Edgar trató de hacerla entrar en razón cada vez que decía que era suficiente, que el dolor no merecía la pena.

Cuando Noemí sugirió la muerte como opción, cansada, tan debilitada que había dejado de intentar moverse de cama, Edgar quería golpearlo todo. Se sentía como un león enjaulado que nada podía hacer, la impotencia lo hizo atacarlos a todos menos a ella.

Sus ojeras, las náuseas, prácticamente gemía en lugar de hablar. Murmuraba con tanta suavidad que había que guardar silencio total para llegar a discernir lo que trataba de contarles.

Fueron semanas difíciles, en las que el ambiente del piso se enrareció. Sarah trató de mantenerse fuerte, de acercarse, pero Noemí la apartaba con rabia. No soportaba verla.

No dejaban de decirle que era por precaución, por acabar con las pocas células cancerígenas que pudieran quedar. Noemí se sabía engañada.

Era jueves, el fin de semana se acercaba y como siempre no tenía grandes planes en mente. El aire se había vuelto más cálido, aderezado por finas gotas de lluvia que caían como alfileres desde las nubes. Olía a mojado, se sentía bajo la piel.

Aquella tarde Noemí se acercó a la ventana y extrañó caminar, la idea de avanzar sola bajo la tormenta, de escuchar los rayos más fieros sobre su cabeza la hizo sonreír. Esa misma mañana habían dicho que ya no necesitaría más quimio, ahora tocaba recuperarse del todo. ¿Era un milagro? Se lo había llegado a plantear, pues pensó que jamás llegaría ese día.

Sonrió sintiendo el frío del cristal, lo sintió anestesiando parte de su tristeza. ¿Era posible? ¿Era eso?

Se dirigió al dormitorio para vestirse, Edgar la miraba sorprendido. La siguió y ella no trató de cerrar la puerta del baño. Él entró y la observó desnudarse, mejerse bajo la ducha con cuidado y comenzar a enjabonarse.

Se sentó sobre el retrete mientras Noemí suspiraba sintiéndose un poco mejor.

—¿Puedo ir contigo? —Edgar ya no sabía qué era lo que hacía bien y en qué metía la pata. Ella reaccionaba de la manera más imprevista, él se aferraba a su amor para no rendirse, sabiendo que lo necesitaba. La amaba y era un lazo que, como él había descubierto, era mucho más fuerte de lo que se podía pensar.

—Claro. —Se aclaró sin prisa, saberse tan cerca del otro mundo le hizo comprender que no había motivo para correr. Nadie la convencería para tomar otro camino que no fuera el que creía correcto—. Vamos a mojarnos.

—¿Es una proposición?

—Quizás más tarde. —Edgar la tomó de la mano cuando buscaba la toalla y se la llevó a los labios. Lamió de su piel las gotas de agua—. No me retengas, necesito pasear. Llevo demasiado tiempo aquí encerrada.

—Totalmente de acuerdo, pero es culpa tuya. ¿Qué esperabas que sucediera cuando te veo

desnuda? Me tienes muy necesitado, preciosa. —Ella asintió, había aprendido a creer. Quizás fuera duro aceptar su reflejo, pero lo creía cuando decía que seguía pareciéndole hermosa.

Y caminaron cogidos de la mano, con sendas mascarillas volviéndolos anónimos en una gran ciudad. Se internaron en sus calles, se dejaron engullir por el gran gigante.

Ella se mostró más sonriente, él no se dejó convencer. Últimamente sus cambios de ánimo eran extremos, él era el ancla que la mantenía serena cuando nada más funcionaba.

—Se que he sido injusta.

—No pasa nada.

—Sí, lo hace. —Se volvió en plena calle y lo miró a los ojos. Se bajó la mascarilla, él la imitó —. Debo darte las gracias.

—¿Vas a dejarme?

—¿Es lo que temes? —Acarició el rostro de Edgar sintiendo que su corazón latía con más fuerza. Incluso después de tanto tiempo con él, días en los que deberían haberse aburrido el uno del otro, seguía sintiendo las mariposas en el estómago y viéndolo como el más atractivo del mundo.

Edgar era tan alto que ella tuvo que ponerse de puntillas, Edgar envolvió su cintura y la alzó al tiempo que la apretaba contra él.

—¿Entonces?

—Yo también te amo, loco mío. Te amo y eso me aterra, ¿me querrás cuando todo esto pase? Hoy me he dado cuenta de que puede que sí que exista un mañana, me gustaría que estuvieras en el mío.

—¡Sí que has tardado en darte cuenta!

Capítulo 24

Edgar se asombraba todavía de lo bien que encajaban. Ella ya tenía un pelo suave, corto, pero hermoso. Su rostro era el de un elfo travieso que disfrutaba cabalgándolo, que había aceptado que no todo era controlable.

El amor que surgió con tanta fuerza había ido mutando, se convirtió en complicidad, en confianza. Una mirada era suficiente para que supieran lo que anidaba en la mente del otro.

Sarah estaba en la sala, Noemí quería su opinión con respeto a un tema al que ambos llevaban días dándole vueltas.

Tomaron asiento en silencio, en la mesa los papeles con toda la información. Edgar la miraba, era Noemí la que debía tomar la palabra.

—Hermanita, me alegro que te sientas mejor, pero habla rápido que tengo que probarme el vestido. Ahora que lo pienso, deberías acompañarme. También he escogido uno perfecto para ti —aseguró Sarah con una mueca traviesa.

—Algo me dice que vas a vengarte de lo que os he hecho pasar —susurró Noemí. Sarah se acercó y la abrazó por detrás. Las dos rieron, liberadas en parte de la nube negra que pendía sobre sus cabezas.

Sarah había temido tanto perderla que también se había apartado en parte, ahora no se despegaba de ella. Eran una, no importaba que tomaran diferentes caminos, no solo se parecían por fuera. Era casi la misma persona, se querían por encima de a cualquier otro, una conexión que muy pocos podían comprender.

Ellas amaban con locura a los hombres que habían tenido la suerte de encontrar, no obstante, si tuvieran que elegir... Noemí se sintió dichosa al contar con personas, pocas, pero las únicas que importaban, que le habían demostrado que no estaba sola.

—He estado buscando información sobre la reconstrucción de mamas. Me aterra volver a entrar en el quirófano y la recuperación será dura, pero creo necesitarlo. —Les extendió los papeles—. Me gustaría que estudiáramos juntos las posibles complicaciones. También me gustaría daros algo. Antes de que me digáis que no sucederá nada necesito hacerlo. Nunca se sabe cuánto terminará mi camino y prefiero que las tengáis con vosotros.

—No tienes que hacerlo, sabes que no hace falta. Eres hermosa tal cual —objetó Edgar, tomando sus dedos, pero negándose a coger el sobre.

—Que no sea necesario no implica que no lo necesite. He aceptado mi reflejo, ahora quiero amarlos como te amo a ti. —Y ninguno de los dos pudo objetar nada.

—Espero que no te pongas más tetas, no quiero sentirme en inferioridad —dijo Sarah.

—¿Una ciento veinte? Mmm... solo con imaginármelo... —soltó Edgar con la risa escapando sin control de su interior al ver a Noemí.

Su novia, y esperaba que pronto prometida, golpeó su brazo con fuerza.

Edgar llevaba varios días con un precioso anillo en el bolsillo, buscando el momento

adecuado. Sentía que debía dejar que se recuperase del todo antes de soltar la gran pregunta. Lo que menos quería era que aceptase porque lo necesitaba, debían estar juntos porque estar separados los destrozaría a ambos.

—Yo me pondré una ciento veinte el día en el que tú te hagas un alargamiento de pene —replicó Noemí.

—¿Y desde cuando necesito yo tal cosa? —Edgar la escaneaba con una ceja levantada, más que dispuesto a llevársela al dormitorio y hacer que se tragase esa insinuación. Aunque primero la saborearía de pies a cabeza.

—Chicos, esperad hasta que me vaya. Tengo que disfrutar de estos días en los que soy soltera y lo que hago con Martín podría considerarse...

—Cochinota —se rio Noemí tirándole una goma que había sobre la mesa a la cabeza—, ya me lo contarás más tarde. Yo tengo que explicarte lo que “postura69” —Señalando a Edgar—, me ha enseñado a hacer. Seguro que Martín me lo agradece.

—¿Postura69? —Sarah no comprendía nada.

—Noemí, no cuentes...

—Es que a mi chico le encanta usar la lengua y, dado que es su instrumento favorito y a mí siempre me ha encantado ser generosa, se ha convertido en una postura recurrente.

—Mejor os dejo solas, creo que necesito hablar con alguien con un poco de testosterona en el cuerpo.

Y mientras Edgar salía las gemelas se rieron viendo un mañana, un futuro en el que ambas estaban bien. Todavía recordaban la muerte de su madre, la tristeza y soledad. Sin embargo, el sol había salido para quedarse.

Epílogo

Sarah

La curiosidad pudo con ella, la carta que Noemí le había dado le quemaba en el bolso y... tampoco tenía que decirle que la había abierto.

Era tan dichosa como mujer casada que no creía que pudiera ser más feliz. Mientras las manos de Martín le pedían que se quedara un poco más en la cama, ella cogía el sobre de la confesión. Eso fue lo que encontró en las letras de Noemí, en esa carta le había abierto su alma.

Querida hermana,

Siento que quizás si lees esto es que me ha ido jodidamente mal, pero no me importa. Estas últimas semanas creí que la vida era solo una sucesión de momentos tristes en los que, si tenía suerte, podría tener un ligero respiro. Me aferraba a seguir respirando por ti porque eres tú mi mayor motivo para continuar.

El día que mamá murió supe que debía cuidarte, tienes un corazón enorme, tan grande que tiende a sufrir demasiado. Me centré tanto en ti que no me di cuenta de que yo también estaba herida, que sangraba día a día mientras me obligaba a mí misma a sonreír.

Es extraño comprender que mamá se ha ido varios años después de que haya sucedido, pues hasta hace muy poco aun la sentía a mi lado. Cuando la pena me vencía era la mano de mamá la que se apoyaba en mi hombro y ella mi única confesora, no obstante, he comprendido que es mejor centrarse en lo que sigue en mi vida que en lo que he perdido.

Eres mi familia, mi hogar. No importa que haya encontrado a Edgar o que, si todo ha ido mal, haya muerto. Eres mi familia y lo serás, aunque deba irme. Al igual que mamá, yo seguiré velando por ti, protegiéndote. Ahora bien, no debes dejar que el hecho de que ya no esté te detenga, no me perdonaría nunca que te aferrases a la tristeza como hice yo y la pusieras como excusa para penar en vida.

Eres yo, lo eres desde el mismo instante en el que nacimos. Eres mi sonrisa y mi alegría, eres lo que me da fuerzas para mantenerme en pie.

Te amo, hermanita. Lo hago porque no sé no hacerlo, porque sencillamente es algo que comencé a hacer mucho antes de que lo comprendiera.

Por eso te pido que si ya no estoy no sufras, no derrames lágrimas que ensucien tus bonitos ojos. Deja que me recuerden en tu sombra, en el reflejo del espejo que muestra tu sonrisa.

No sé si tendré hijos, si los he tenido ya o lo que me depara el futuro. Nadie puede adivinarlo y es lo mejor.

Si mi futuro es largo veré como tu cabeza se cubre de nieve y te arrugas mientras yo continúo hermosa. Si es corto... si es corto habré tenido más suerte que nadie al haber tenido un ángel siempre a mi vera.

Te quiero, te he querido y te querré siempre.

Noemí.

Sarah lloró de felicidad, pues Noemí estaba bien. Lloró porque no habría podido explicar mejor lo que ella misma sentía. Lloró porque daba gracias a dios por no habérsela llevado.

Si su intención era no decirle nunca que la había leído, Sarah estaba convencida que cuando, poco después del amanecer se personó en su habitación y se lanzó en sus brazos, la había descubierto. La besó como cuando eran niñas, la abrazó con fuerza hasta que sencillamente se aburrió.

Ninguna dijo nada, era lo bueno, no necesitaban hablar.

Epílogo 2

Edgar

Tras la visita de Sarah él mismo se escabulló para leer su carta. Se encerró en el baño y contuvo el aliento, como si Noemí pudiera descubrirlo haciendo una travesura.

No esperaba lo que iba a descubrir.

Mi querido Edgar,

He dudado mucho antes de decidirme a escribirte. Me pregunté hasta qué punto tenía derecho o hasta qué punto te beneficiaría. Espero haber hecho lo correcto.

Supongo que he muerto, por eso quiero recordarte algo que me dijiste en su día. Ningún dolor que creas que puede acabar contigo lo hará realmente. Solo necesitas seguir caminando y, aunque ahora te cueste, llegará un momento en el que será sencillo. Nadie es indispensable, ni siquiera yo.

Te amo, descubrirlo fue asombroso, llevaba demasiado tiempo negando lo evidente.

El día que nos conocimos creí que eras un creído repelente. Me puse tan nerviosa que me temblaban las piernas y se me secó la boca. Ahora sé que era el deseo inmenso que anidaba en mi interior, necesitado de tus besos y caricias. Aquel día creí que tenía mala suerte, pues habías desestabilizado mi mundo, ahora sé que era el destino o quizás mi madre que me enviaba al único capaz de hacerme reaccionar.

Pasar por una enfermedad tan devastadora fue una prueba que, en demasiadas ocasiones, me venció. Duele reconocerlo, mas es cierto. Era mucho más débil de lo que siempre he creído, pero te tenía a ti. Has recogido tantas veces mis pedazos que ya no sé si lo que has hecho ha sido crear a una mujer diferente.

La Noemí que ahora veo es tan fuerte e independiente que la de antes era solo una niña. No temo lo que puedan decirme, ni las opiniones ajenas. No temo el paso del tiempo en mi cuerpo ni en el tuyo, no temo, en eso se resume todo. He comprendido que no importa que tu piel se aje, que tu pelo se caiga, que tu cuerpo pierda las fuerzas suficientes para mantenerte en pie o simplemente que tu mente te traicione. No importa porque te amo y te amaré pase lo que pase.

Si por mi fuera estaría contigo hasta el final, me habría gustado que fuese el mismo día, en el mismo segundo. Tomar tu mano, mirarte a los ojos y sencillamente desearte buenas noches. Me gustaría que dicho final se produjese tras décadas compartidas e hijos y nietos que nos recordasen, siempre con una sonrisa en nuestro rostro.

Ahora te pido que no sufras ni me guardes luto. Encuentra a otra mujer, enamórate y vive. Vive como me has enseñado que se podía, comparte y mira el mañana sin rencor.

Temo que si sufres yo también lo haré, allí donde esté.

Te amo ahora y siempre.

Tuya eternamente.

Noemí.

Edgar se tocó las mejillas, las sentía húmedas. Miró su reflejo y supo que era el momento.

Cuando salió del servicio Sarah había ido a preparar café, él aprovechó para cerrar la puerta del dormitorio con llave. Le habría gustado ser mucho más romántico, se trabó.

Tanto por decir sin las palabras adecuadas que se transformó en un acto desesperado.

Hincó rodilla y le enseñó el anillo, todo ello aderezado con ojos de corderito degollado. Noemí sonrió y asintió, tampoco ella podía expresar la inmensa felicidad que la inundaba.

Y sus diez razones eran detalles que a otros podrían parecerles insignificantes, aquí os las dejo para veáis lo que hace el amor...

La primera razón por la que la amaba era porque parecía un elfo juguetón en su enorme y mullida bata.

La segunda que tenía el corazón más grande del mundo, anteponiendo la felicidad de los que amaba a la suya propia.

La tercera que le encantaba bailar y en su rostro, cuando verdaderamente se dejaba llevar, podía verse la felicidad más pura, la inocencia, el placer... Ella era la musa de cuantos poetas, pintores, músicos o escultores tuvieran el placer de verla danzar. Se convertía en el trazo de la pluma del mismísimo diablo, que seguramente habría de componer una melodía que los mortales no podrían escuchar sin perder la razón.

La cuarta era un gesto, esa sonrisa tímida cuando se veía descubierta llorando en una película ñoña, las mismas películas que siempre aseguó odiar.

La quinta englobaba la serie de detalles que tenía con él o con su hermana. Pequeños ante los ojos de los que no se fijaran, pero hermosos.

La sexta era su forma de mover el pie cuando estaba inquieta o nerviosa.

La séptima su voz, esa voz capaz de cantar como los ángeles y gemir como las drogas en busca de más. Ella convertía un suspiro en pura electricidad.

La octava que era muy innovadora a la hora de buscar cómo darle placer, pero son detalles que es mejor que no conozcáis. La intimidad y tal...

La novena su forma de mirar a los bebés, Edgar estaba más que convencido de que en breve saldría el tema.

¿Y la décima? La decima es extraña, pues es una razón que no existiría si no estuvieran juntos. La décima se resume en el amor que veía en los ojos de Noemí cuando lo miraba, como si en cada instante le estuviera regalando cuanto era, cuanto sería, como si le diera su alma y solo le pidiera que la tratara con cariño. Se lo daba todo y él agradecía esa confianza por encima de cualquier otra cosa.

Edgar amaba a esa mujer testaruda.

Agradecimientos

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es @A_R_Cid

Facebook: EscritoraARCI

Instagram: a_r_cid

Os espero...